TAMARA

Gill



El Diamante de la Temporada

El Diamante de la Temporada

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Otras Obras de Tamara Gill
Acerca de la autora

CRÉDITOS

El Diamante de la Temporada
La Heredera, Libro 1
Copyright 2025 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Estaba destinada a encontrar marido, pero enamorarse de su tutor nunca formó parte del plan.

Lady Rosalind tiene un solo objetivo para su temporada en Londres: asegurarse un marido respetable que le proporcione a ella y a sus hermanas menores la estabilidad que su difunto padre nunca les dio. Como nueva pupila del enigmático y peligrosamente atractivo duque de Ravensmere, debería centrarse en conseguir un matrimonio ventajoso. En su lugar, se siente atraída por el hombre que no puede tener.

Lord Nathaniel Blake nunca esperó heredar un ducado, ni tampoco anticipó convertirse en el tutor de seis jóvenes damas arrojadas al despiadado mercado matrimonial de la sociedad. Atado por el deber y el honor, sabe que Rosalind está fuera de su alcance. Pero cuando ella le roba un beso bajo la sombra de un sauce, su cuidadosamente construida contención comienza a desmoronarse.

Decidido a mantener el decoro, Nathaniel intenta mantener la distancia, pero la pasión arde entre ellos. Y cuando surgen rumores de escándalo —la familia secreta de su padre, una compañera intrigante con planes sobre el duque y rivales ansiosos por ver a Rosalind arruinada— ella se da cuenta de que asegurar un matrimonio es la menor de sus preocupaciones.

Con el riesgo más alto que nunca, ¿arriesgará Rosalind su reputación por el único hombre que su corazón desea? ¿O acaso el deber y el engaño los separarán antes de que tengan una oportunidad de amor?

CAPÍTULO
UNO

1801, Hampshire

Rosalind ahogó una maldición y apretó los puños a sus costados. La ira palpitaba en su interior, y sin embargo, no habría alivio ni consuelo para lo que acababa de escuchar. Era tan típico de su padre haber hecho esta última y terrible cosa: un intento final de hacer sus vidas más miserables de lo que ya eran.

Pateó una piedra, haciendo una mueca cuando el cuero fino y desgastado de su zapato no ofreció barrera alguna contra el afilado guijarro. Maldijo de nuevo, sus uñas se clavaron en sus palmas. ¿Podría este día empeorar? No lo creía, pero la vista de un carruaje que se acercaba por el camino de grava le indicó lo contrario.

¿Quién los visitaría el día de la lectura del testamento de su padre? Una lectura que no pudo soportar y agradeció cuando terminó. Necesitando escapar al aire libre y alejarse de los rostros devastados de sus hermanas, decidió dar un paseo para aclarar sus pensamientos. Sentarse y ver todas sus esperanzas, sus corazones aplastados una vez más por un padre que las despreciaba a todas por no ser los varones que quería, los varones que necesitaba para continuar su ducado que amaba mucho más que a cualquier otra persona, incluso más que a su pobre madre fallecida, era algo más que reprensible de parte de su progenitor.

Se detuvo y se protegió los ojos mientras observaba el vehículo, habiendo olvidado coger su cofia para salvar su tez del sol. Su boca se frunció en una línea de disgusto. Sin duda, era el nuevo Duque de Ravensmere, también conocido como el Conde Harrow, que venía a reclamar su herencia: su hogar, que ahora era suyo para tomar.

Probablemente las echaría a todas a la calle, exigiendo que abandonaran su nueva propiedad, aunque fuera a ser su nuevo tutor. Quién hubiera pensado que ellas, mujeres adultas todas menos su hermana menor, Lady Clementine —aunque ella estaba a solo un año de los dieciocho, así que ya no era tan pequeña—, estarían bajo la autoridad de un extraño.

Rosalind siguió caminando, o más bien acechando, sin querer saludar a Lord Harrow antes de estar verdaderamente en el estado de ánimo adecuado para hacerlo. Podía irse al diablo, en lo que a ella concernía en este momento, junto con el abogado de su padre, quien, al igual que su difunto papá, las veía más como seis plagas que como seres humanos.

Bastardos.

La lectura del testamento más temprano ese día lo había explicado todo. Ninguna de las seis hijas —ella y sus hermanas— heredaría nada. En cambio, todo iría a parar a Lord Nathaniel Harrow, un conde de Londres con su propia finca en Surrey. Ni siquiera era un pariente. De hecho, era una conexión tan distante que bien podría haber nacido en la luna.

¿Cómo iba a ser civil con semejante hombre? Llegando el mismo día en que habían enterrado a su padre en el mausoleo familiar y habían leído el testamento. El hombre actuaba como un buitre que se cernía sobre un cadáver apenas frío.

Suspiró y pateó otra piedra, enviándola rodando colina abajo. Sus hermanas habían tomado la noticia con calma y dignidad, mucho mejor que ella. Pero como la mayor, Rosalind entendía más las implicaciones. Su padre no les había dejado nada: ni dote, ni siquiera las joyas de su madre. Cómo le habría encantado tener una baratija de la única persona que las amaba por quienes eran. Su querida mamá. Cómo deseaba que estuviera aquí en un día como hoy.

Su única opción, como había explicado el abogado, era vivir en Escocia con su tía abuela Camilla. Pero la idea de dejar su amado condado de Hampshire por el frío y remoto clima de Escocia era demasiado para soportar.

No podía pensar tan lejos en el futuro, no todavía. Primero, debían conocer a Lord Nathaniel Harrow y ver qué podían hacer con él. Tal vez mostraría algo de bondad hacia sus pupilas ahora que estarían bajo su cuidado. Quizás el hombre era anciano y le encantaría la idea de tener hijas a quienes cuidar.

Tal vez estaba siendo demasiado fantasiosa y necesitaba controlar sus esperanzas y pensar de manera realista por ella y sus hermanas. Había poco sentido en esperar un futuro mejor cuando aún no se conocía el carácter de la persona que tenía todas sus vidas en sus manos.

Vagó por las colinas durante un tiempo, probablemente más de lo que debería. Era descortés de su parte evitar al nuevo Duque de Ravensmere, como se le conocía ahora, pero su piel se erizaba ante la idea de ser civil con el caballero todavía. En su lugar, Rosalind trepó por cercas y visitó a dos granjeros arrendatarios en las afueras de la finca, agradeciéndoles sus buenos deseos y sinceras condolencias.

No es que imaginara que muchos lamentaran realmente a su padre. Había sido un hombre brusco y cruel. Varios edificios de la finca necesitaban reparaciones desde hacía años, y los arrendatarios habían solicitado durante mucho tiempo nuevos techos, solo para ser ignorados. Pero su padre, demasiado ocupado disfrutando de las diversiones de Londres, había descartado los "asuntos insignificantes" de los pobres.

Cuando el sol se hundió bajo, proyectando sombras doradas a través de los campos, Rosalind se dirigió a casa.

La luz de las velas brillaba desde las ventanas de la casa mientras el personal se movía a través de sus tareas vespertinas, corriendo cortinas y cerrando postigos. La vista le provocó una punzada en el pecho. Todo esto pertenecía ahora a un extraño. Qué injusta era la vida al no conceder a las mujeres los mismos privilegios que a los hombres. Simplemente porque había nacido mujer, debía irse, ceder el paso a un hombre que no amaba su hermoso hogar, ni sus bonitas tierras. Ni conocía a los trabajadores que se afanaban en los campos hasta que sus nudillos quedaban al descubierto para mantener rentables las granjas de la casa.

Entró en el vestíbulo, entregando su abrigo y guantes a un lacayo que esperaba.

—Su Gracia la está esperando, Lady Rosalind —dijo el lacayo—. Está en la biblioteca, mi señora.

—Gracias, James —Rosalind se dirigió hacia la biblioteca. La puerta estaba entreabierta, y el fuego parpadeante proyectaba sombras cambiantes en las paredes. Llamó una vez y una voz profunda, mucho más baja que la de su padre, le indicó que entrara.

Se sentía extraño escuchar la voz de otro hombre proveniente de la habitación, después de todos estos años de solo conocer a su padre ocupando el espacio. Cuando se molestaba en viajar a casa y hacer uso de él.

Entró. El alto sillón de respaldo alto estaba girado, ocultándolo de su vista. Armándose de valor, esperó junto al escritorio, sabiendo que tendría que hacer una reverencia en nombre de la propiedad, aunque resentía el acto.

Él se giró.

Y por un momento, Rosalind se olvidó de respirar.

Este era Lord Nathaniel Harrow, el buitre que venía a tomar todo lo que poseían, simplemente porque sus padres no habían producido un hijo varón. Este era el nuevo Duque de Ravensmere. De alguna manera, se había imaginado que el caballero sería como su padre en apariencia y estatura.

Cuán equivocada estaba...

La oscura mirada de Su Gracia se encontró con la suya, estrechándose ligeramente en reflexión.

—Presumo que usted es la mayor, Lady Rosalind —dijo.

Observó cómo él organizaba unos papeles, sumergía una pluma en un tintero antes de firmar un libro de cuentas. ¿Qué posibles asuntos podría tener ya? Acababa de heredar. ¿Habría traído su propia contabilidad consigo?

—Lo soy, Excelencia —Rosalind hizo una rígida reverencia, obligándose a mostrar un semblante acogedor y no descontento. Qué humillante era que un extraño cuestionara quién era ella en su propia casa. La casa en la que había nacido y debería haber heredado—. Bienvenido a la Abadía de Ebonmere —Cómo logró escupir esas palabras y que sonaran tan dulces como lo hicieron, nunca lo sabría. Quizás debería estar en el escenario en lugar de languidecer en el campo.

Él se reclinó en su silla, estudiándola. ¿Estaba complacido con lo que veía o simplemente toleraba su presencia? No podía decirlo.

—Gracias por la cálida bienvenida —su voz destilaba ironía.

Quizás sí percibía un poco de su desagrado. No era apta para el escenario después de todo.

—Espero que haya conocido a mis hermanas.

—Sí. Fueron muy educadas y me dieron una amable bienvenida. Lamento la pérdida de su padre.

Ella hizo un gesto hacia una silla.

—¿Puedo sentarme, Excelencia?

—Por supuesto.

Se acomodó en el borde del asiento, con las manos cuidadosamente colocadas en su regazo mientras elegía sus siguientes palabras con cautela.

—Aunque le agradezco sus condolencias, mi padre era un hombre cruel, especialmente con sus hijas —dijo sin rodeos, sin ver razón para ocultar su disgusto hacia su progenitor por más tiempo. Había sido terrible con ellas, nunca una palabra amable o un gesto de amor. Solo resentimiento y decepción—. Y aunque entiendo las normas cuando se trata del fallecimiento de alguien, por favor no piense que estamos en estado de luto. Podemos estar vistiendo de negro, pero es solo por el decoro —Hizo una pausa—. Pero lo que me gustaría discutir es qué piensa hacer ahora que ha heredado la propiedad. ¿Y nosotras, sus hijas, junto con ella?

Él se frotó la mandíbula con la mano, atrayendo su atención hacia el corte fuerte y angular, cubierto por la barba de un día. ¿Había estado viajando mucho tiempo? Londres estaba solo a tres días en carruaje. Seguramente podría haberse detenido en una posada para refrescarse.

—Antes de que usted saliera precipitadamente de la lectura del testamento...

Ella alzó las cejas. ¿Qué hermana o sirviente le había informado de eso?

—De nuevo, Excelencia, a menudo discrepaba con mi padre. Pero si me perdí algo importante, confío en que me lo aclarará.

—De hecho, se perdió algo.

Su curiosidad se despertó antes de que él continuara.

—Hubo una gran salvedad que usted no escuchó. He heredado el ducado, lo que me otorga el título de Ravensmere y las propiedades vinculadas. Sin embargo, su padre no las dejó tan desamparadas como cree. Les dejó a cada una una considerable dote.

Se le cortó la respiración.

—¿Una dote? —Eso no podía ser cierto. Su padre nunca habría sido capaz de tal presupuesto, o por esa razón, amor por sus hijas. Siempre se había asegurado de que llevaran vestidos que estaban tres temporadas pasados de moda, y nunca nuevos. Eran las hijas de duque con peor aspecto de Inglaterra, Rosalind estaba segura.

—Sí, una dote. Diez mil libras cada una. Los fondos no están directamente bajo su control, sino en fideicomiso conmigo. Si se hubiera quedado el tiempo suficiente para escuchar la lectura completa del testamento, habría oído que ahora es una heredera y bastante capaz de crear un futuro que no esté dictado por mí o su padre, sino por usted misma. Si le complace hacerlo.

Su boca se abrió y luego se cerró. ¿Le complacía hacerlo? ¿Tomar decisiones y ganar el corazón de un caballero que la amara y hiciera realidad todos sus sueños?

Bueno, por supuesto que le complacía.

—En cualquier caso —continuó él—, con esa dote, cada una de sus hermanas tendrá una temporada en los próximos años. Usted, Lady Rosalind, irá primero, ya que es la mayor. Además, como se me ha instruido para ser su tutor y el de sus hermanas, me aseguraré de que se hagan todos los arreglos para que su entrada en la sociedad londinense sea un éxito.

¡Una dote! Papá nunca mencionó tal cosa...

—¿Está seguro, Excelencia?

—Está escrito en el pergamino en el cajón del escritorio de la biblioteca si necesita leerlo —Su tono era pragmático, como si su asombro fuera de poca importancia y sentido. El hombre claramente nunca había conocido a su papá.

Rosalind se burló, incapaz de ocultar el tono de sarcasmo en su respuesta.

—Sé que no estaba interesada en la lectura del testamento antes, pero está ahí en blanco y negro. La tinta se ha secado. Tal vez su padre no era tan terrible como pensaba, mi lady.

Delirante. El hombre estaba claramente delirando. Su padre nunca se había preocupado por ninguna de ellas. No eran los hijos que él había anhelado.

—¿Y debemos ir a Londres para una temporada? —preguntó, todavía tratando de asimilar el cambio en sus circunstancias.

—Usted sí —confirmó él, poniéndose de pie y caminando hacia la chimenea. Tiró del cordón de la campana con un tirón brusco—. Tenemos un mes aquí en la propiedad, y luego partiremos hacia Londres. Contrataré a una dama de compañía como carabina. Y si la fortuna nos favorece, debería estar casada al final de todo esto.

Matrimonio. La idea no carecía de atractivo. Un hogar propio, un futuro donde podría asegurarse de que sus hermanas hicieran su debut. Pero tal seguridad dependía de encontrar un partido adecuado, preferiblemente uno acaudalado. Un hombre que fuera amable, que no se pareciera en nada a su padre.

El nuevo Duque de Ravensmere, aunque cortés, parecía inflexible, distante y algo frío. No acogía la disposición de tutor más de lo que lo hacía ella.

—¿Mis hermanas lo saben? —preguntó.

—Sí. Estaban complacidas. Sorprendidas, como usted.

Ella arqueó una ceja.

—Es asombroso, en efecto. No pensé que padre nos hubiera dejado algo.

—¿Hay algo más, Lady Rosalind, que desee discutir? Si no, puede retirarse —Su tono dejaba claro que esta conversación había llegado a su fin.

—Solo una cosa más: ¿tiene intención de quedarse con nosotras durante el próximo mes?

—Soy su tutor. No esperaba que me impusieran seis pupilas, pero está hecho. Y las manejaré a todas lo mejor que pueda.

Rosalind se levantó, haciendo una reverencia.

—Gracias, Excelencia, por la aclaración. Le desearé buenas tardes si me disculpa.

—Puede retirarse —dijo él sin apartar la mirada del fuego ante el que ahora estaba de pie.

Rosalind salió rápidamente, con pasos ligeros mientras se apresuraba a subir las escaleras hacia los aposentos de sus hermanas. Sus ojos se abrieron de par en par cuando entró, su emoción reflejando la de ella.

—¡Hermana, ¿has oído? ¡Tenemos una dote! —exclamó Evangeline.

—Papá no era tan insensible como pensábamos —murmuró Isabella—. Quizás se ablandó antes de morir, aunque nunca lo vimos.

Rosalind cerró la puerta, uniéndose a todas ellas frente al fuego.

—Tal vez. Y son buenas noticias. Encontraré un pretendiente en Londres y luego mandaré a por todas ustedes. Estaremos juntas, y veré a cada una casada y feliz.

—¿Qué opinas del nuevo duque? —preguntó Clementine, la hermana menor, con una sonrisa traviesa—. ¿No es terriblemente apuesto?

—¡Oh, sí, sus ojos! —exclamó Cordelia, suspirando y dejándose caer dramáticamente sobre la alfombra Aubusson—. Tan verdes y hermosos.

—¡Sus hombros y su estatura! Juro que se me secó la boca cuando lo vi entrar en la sala durante la lectura del testamento —dijo Angelica, con un ligero rubor en las mejillas.

—Apuesto, sin duda —admitió Rosalind—. Pero no parece muy complacido de tener a seis jóvenes bajo su cuidado. Nos tolerará, pero no diría que está contento de que vengamos con el título.

—Eso es cierto —dijo Evangeline—. Quizás se encariñe con nosotras, siempre y cuando no lo molestemos demasiado.

—Poco probable —suspiró Angelica—. Siempre estamos metidas en algún lío.

Rosalind se rió.

—Espero con ansias ir a Londres: los vestidos, los bailes, los cortejos.

—¡Debes montar a caballo en Hyde Park! —exclamó Clementine—. Quizás un caballero te lleve a pasear en uno de sus finos corceles. Tal vez galopes por Rotten Row.

Rosalind se rió.

—Quizás ahora, pero recuerda que no se permite galopar. Sin embargo, con diez mil libras cada una, podremos elegir a nuestros pretendientes en lugar de conformarnos con menos de lo que merecemos. O peor aún, tener que vivir en Escocia con la tía Camilla —Se estremeció ante la idea—. Seré una de las debutantes más mayores, pero al menos tengo una dote para suavizar esa desventaja.

—Cierto —concordó Angelica—. Y eres una de las mujeres más hermosas de Inglaterra.

—No digas tonterías —la corrigió Rosalind. Nunca se había considerado especialmente bonita. Era alta, sus rasgos eran fuertes en lugar de delicados, y tenía una voluntad que no siempre la hacía simpática a los hombres. Algunos dirían que tenía madera de arpía. Y a los

veintitrés años, difícilmente tenía la edad ideal para ser debutante.

—Su Excelencia... —reflexionó—. Si mantenemos las distancias, supongo que nos llevaremos bien hasta que me vaya a Londres.

—¡Londres! Ojalá pudiera ir ahora —dijo Angelica—. Pero en dos años me uniré a ti. ¡Qué maravilloso será!

—Sin duda. Deberíamos practicar todas nuestro baile y nuestra etiqueta.

—Especialmente tú, Clementine —bromeó Cordelia—. Te encanta sorber la sopa.

—¡No lo hago a propósito! —protestó Clementine—. Simplemente me encanta la sopa.

Rosalind se rió.

—Qué queridas son todas. Y pensar que temíamos que nos enviaran a Escocia. Qué deprimente habría sido.

—Ciertamente. Pero se está haciendo tarde. Deberíamos prepararnos para la cena.

—Sí —asintió Rosalind—. Debemos comportarnos lo mejor posible. Su Excelencia está atrapado con nosotras, y debemos demostrarle que no somos una carga. Tenemos que hacer que nos aprecie, si podemos.

—¡Sí! —dijo Isabella, empujando a las hermanas más jóvenes hacia la puerta—. Pónganse sus mejores vestidos, niñas. Debemos esforzarnos esta noche.

—No tenemos los más finos —murmuró Rosalind—. Pero nos las arreglaremos —Les sonrió a todas, por fin esperanzada con su futuro.

CAPÍTULO
DOS

Nathaniel estaba sentado a la mesa, incapaz de ocultar su desagrado mientras examinaba la supuesta bandeja de frutas, que pretendía servir también como decoración.

Tenía un aspecto poco apetecible.

La fruta parecía tener una semana: manzanas marrones, peras demasiado maduras y uvas que empezaban a pudrirse. Una en particular parecía haber abandonado la lucha y yacía medio desinflada. Esto no podía ser. Había mucho que cambiar en esta propiedad ahora que era suya y no podía concebir que el difunto duque fuera tan indiferente a lo que ocurría en su casa. ¿Acaso aquel hombre no se preocupaba por nada ni por nadie?

Sentado a la cabecera de la mesa, esperaba a sus seis pupilas. Mujeres que no esperaba que vinieran con la propiedad para acompañarle. No es que ellas pudieran evitar haber sido abandonadas, olvidadas por su desalmado padre. Pero sin importar lo que el duque hubiera previsto para sus hijas, Nathaniel no podía permitir que eso ocurriera. Él era Ravensmere ahora, y ellas eran su responsabilidad, y con esa decisión y honor, se había asegurado de que cada una recibiera una dote. Podía dejarles creer que su padre, durante sus últimos meses, finalmente había pensado en ellas, y no las desengañaría de ese pequeño placer.

Después de varios minutos, y una copa de vino más tarde, cada una de las seis damas entró una por una, completamente despreocupadas de que él hubiera estado esperando durante el último cuarto de hora. Cada una se sentó, acomodando sus faldas y sonriendo amablemente en su dirección.

Su guardia se alzó.

—Buenas noches —murmuraron mientras colocaban las servilletas sobre sus regazos.

Él asintió. —Buenas noches —respondió, preguntándose por qué tenía la sensación de que tramaban algo.

La mayor, Lady Rosalind Ravensmere, se sentó en la silla a su izquierda. Alcanzó su vaso de agua, tomó un pequeño sorbo y le ofreció una agradable sonrisa.

No estaba seguro de qué pensar de ella. De todas sus pupilas, ella era particularmente astuta, creía él, y no toleraría a los tontos. También era hermosa, sin duda. Pero había algo en ella que lo ponía en guardia. Independiente. Con opiniones propias, sin reparos. No dudaba que expresaría su opinión si lo consideraba apropiado.

Pero también era ferozmente protectora con sus hermanas. Podía notarlo por la forma en que las observaba mientras se acomodaban para la cena, ofreciéndoles pequeñas sonrisas de aliento, asegurándose de que estuvieran cómodas.

Una vez que todas estuvieron sentadas, hizo un gesto al lacayo para que comenzara a servir. Llegó el primer plato y, una vez más, no cumplió con sus expectativas.

Estudió el plato de sopa de rabo de buey, sin estar seguro de si era lo que se suponía que debía ser. ¿Se había cocinado correctamente? ¿Se suponía que debía parecer agua sucia? Apartó su plato. Un lacayo, siempre atento, lo retiró inmediatamente.

Menos mal.

Las hermanas comían, su conversación tranquila y comedida, nada que llamara su atención. Pero entonces, las conversaciones de las mujeres rara vez le intrigaban.

Una vez que la propiedad estuviera correctamente administrada, y se hubiera contratado a una institutriz para guiar a las damas más jóvenes que permanecerían en la propiedad, junto con una acompañante para Lady Rosalind durante la temporada, se marcharía y esperaría su llegada a Londres.

—Esperamos que se haya instalado, Su Excelencia —dijo Lady Rosalind, tomando su comida sin vacilación, como si no hubiera nada malo en lo que se había servido.

La observó llevarse una cucharada de comida a los labios y luchó por controlar su expresión. Por mucho que pudiera deleitarse con la vista de su bonita boca, la comida en sí estaba lejos de ser apetecible.

—Me estoy instalando bien, gracias.

—Espero que los libros de contabilidad de la propiedad no estén en muy malas condiciones —dijo ella—. El administrador de nuestro padre hizo todo lo posible por gestionarlo todo sin la orientación de padre.

—Están en mejor estado de lo que pensaba, y no creo que pase mucho tiempo antes de que tenga todo funcionando como en mi otra propiedad. —No había necesidad de decirle a Lady Rosalind que quedaba muy poco dinero, y la razón por la que la propiedad tenía muchos menos sirvientes de los que necesitaba era prueba de ello. ¿Acaso las damas de la casa no habían notado los muebles polvorientos, las comidas insípidas y las habitaciones frías? Quizás estaban tan acostumbradas a las condiciones en las que habían estado viviendo que simplemente no lo notaban.

Ella le dedicó una pequeña sonrisa. —Padre rara vez vino aquí en los últimos años de su vida. De hecho, creo que habían pasado cinco años desde que celebró la Navidad aquí antes de fallecer.

—En efecto, no lo hizo —confirmó Lady Evangeline—. Han pasado efectivamente cinco años desde que pasó la Navidad aquí. Lo tengo anotado en mi diario.

Nathaniel consideró sus palabras. El difunto duque de Ravensmere había sido un hombre extraño, frío y distante, incluso en Londres. De hecho, podía contar con los dedos de una mano cuántos caballeros le dirigían la palabra al duque en White's. Era un milagro que sus hijas hubieran resultado tan cálidas y amables entre sí como lo eran. Pero quizás esa era la razón: habían encontrado amor, compañía y orientación entre ellas, en lugar de en su padre.

—¿Cree que pasará la Navidad aquí, Su Excelencia? —preguntó una de las hermanas más jóvenes, Clementine, según creía.

—Posiblemente —dijo—. Tengo otra propiedad en Surrey que demanda mi tiempo, pero ahora que Ravensmere es mía, supongo que debo dividir mi atención entre las dos.

—¿Cree que podríamos volver para Navidad y las vacaciones? —preguntó Isabella—. Este es nuestro hogar. Nos dolería perderlo por completo una vez que estemos casadas.

Nathaniel asintió. No veía ningún problema en que las damas visitaran su hogar de la infancia, siempre y cuando él no estuviera allí. Podrían disfrutar de sus reuniones sin su presencia perfectamente bien.

—Eso sería perfectamente aceptable. Puedo hacer que el personal esté preparado cuando

deseen regresar. Aunque tengan en cuenta que puede que yo no siempre esté presente.

Se encontró con la mirada de Rosalind y se dio cuenta de que lo estaba estudiando. ¿Era eso decepción en sus ojos? Seguramente no, ¿qué le importaría a ella si él regresaba cuando ellas estuvieran presentes o no?

Retiraron el primer plato y lo reemplazaron con un segundo plato mucho más apetecible.

—¿Puedo preguntar —se aventuró Rosalind— cómo es su casa en Londres, Su Excelencia? Nunca hemos estado en Londres, ni una sola de nosotras. Papá nunca nos llevó, verá. Pero estamos ansiosas por saber cómo será la temporada.

Nathaniel reprimió un suspiro. No tenía ningún deseo de hablar de Londres o de sus diversiones. Pero supuso que tenía pocas opciones. Las mujeres, a pesar de sus modales y el perfecto comportamiento que había notado hasta ahora, estaban lejos de estar listas para su debut. Serían las debutantes más inexpertas y mayores de la ciudad.

—Es bulliciosa —dijo simplemente, centrando su atención en la comida—. Hay mucha gente y carruajes, deben tener cuidado cuando salgan.

Sintió la mirada de Rosalind sobre él, pero no ofreció más explicaciones. Londres era muy diferente del campo. Pasaba la mayor parte de su tiempo en clubes, rara vez asistía a bailes. ¿Y Almack's? Bueno, preferiría morir de aburrimiento antes que asistir a ese antro. Pero ahora, supuso, tendría que ir y cumplir con su pupila.

—¿Tiene usted una vida social muy activa en Londres, Su Gracia? —preguntó la hermana más joven, Clementine—. ¿Organizaremos bailes o simplemente asistiremos a ellos?

—Oh sí, cuéntenos, Su Gracia —añadió Angelica—. Cumplo veinte años este año. Si Rosalind encuentra pareja, no pasará mucho tiempo antes de que yo haga mi debut.

—¿No seremos todas las debutantes más mayores de Londres? —dijo Evangeline con sequedad—. Qué humillante será, pero supongo que es un mal necesario.

Nathaniel comió más rápido, ansioso por que terminara la cena. No deseaba ser interrogado ni bombardeado con más preguntas sobre la temporada.

—¿Está usted contento de haber heredado, Su Gracia? —preguntó finalmente Rosalind—. Por mucho que mamá lo intentó, nunca tuvo un hijo varón, solo a nosotras seis. Así que... —Hizo una pausa—. Convertirse en Duque debe ser emocionante, imagino.

Nathaniel se aclaró la garganta, sin querer repetir lo que había dicho en el momento en que le informaron. Tales maldiciones no eran para oídos de damas, pero solo había sido por la mera conmoción. Eso y la siguiente sorpresa al descubrir lo muy pobre que era el título. —Me sorprendió, Lady Rosalind, ser el primero en la línea de sucesión para el título.

—Bueno, creemos que usted hará un trabajo excelente, Su Gracia. No podemos agradecerle lo suficiente por acogernos y apoyarnos durante nuestras temporadas en la ciudad. Que nuestro padre pensara en nosotras en sus últimos días es un gran consuelo, y estaría complacido de saber que su heredero es un hombre íntegro y considerado.

Nathaniel apuró su vino y apartó su silla. Él no era un hombre íntegro. Demonios, en Londres tenía la reputación de ser todo lo contrario, especialmente cuando se trataba del sexo opuesto. Era soltero, y ahora con dos títulos, su popularidad se duplicaría. Tener que escoltar a Lady Rosalind por la ciudad también lo colocaría en situaciones sociales que había evitado hasta ahora. Por mucho que le deleitara ser duque, también tenía sus desventajas.

—Disculpen, mis señoras. Disfruten su velada. —Se marchó rápidamente, manteniendo la mirada al frente y no en las expresiones sorprendidas, y se atrevería a decir, heridas de sus pupilas. Sus pasos apresurados no se detuvieron hasta que estuvo encerrado en el santuario de la biblioteca. Cerró la puerta con llave, esperando poner fin a cualquier otra conversación por esa

noche. Quién hubiera imaginado que las mujeres pudieran hablar tanto o hacer tantas preguntas. Estaba completamente exhausto.

Y tendría que hacerlo todo de nuevo mañana.

El pensamiento era como un toque de difuntos en su mente.

CAPÍTULO
TRES

Más tarde esa noche, Nathaniel, sentado en su escritorio, escuchó las suaves y melodiosas notas del pianoforte que flotaban desde el salón de baile. Dejó a un lado su pluma, se reclinó en su silla y permitió que la música lo envolviera. Era Beethoven, aunque no podía identificar la pieza específica. Sin embargo, lo transportó, ofreciéndole un respiro momentáneo de sus responsabilidades.

La curiosidad pudo más que él. Levantándose de su silla, se dirigió hacia el salón de baile, atraído por la hábil interpretación. Al acercarse, vio la puerta entreabierta y se detuvo, quedándose en las sombras mientras observaba a Lady Rosalind al piano. Estaba completamente abstraída del mundo, sus dedos se deslizaban sobre las teclas con facilidad, su expresión serena.

Dudó si marcharse, pero como su tutor, era prudente conocer sus talentos; tales habilidades eran invaluables para asegurar un buen matrimonio. Al menos, eso se decía a sí mismo. Armándose de valor, empujó la puerta y entró en el salón de baile, deteniéndose solo cuando estuvo al lado del piano.

—Toca usted muy bien, Lady Rosalind —se apoyó en el instrumento hasta que ella terminó su canción—. Dígame, ¿comparten sus hermanas su talento?

Rosalind pasó ligeramente los dedos por las teclas de marfil, aparentemente maravillada por la fina artesanía del pianoforte antes de cerrar suavemente la tapa. Levantó la mirada para encontrarse con la de él, y por primera vez desde que se habían presentado, notó cuán llamativos eran sus ojos azul oscuro: almendrados y enmarcados por largas pestañas. La confianza y la inteligencia brillaban en ellos, y por un fugaz momento, se sintió desconcertado. Con las distracciones de la cena, incluso sentado a su lado, no había reparado mucho en su apariencia, pero ahora...

—Mi hermana menor, Lady Clementine, también disfruta tocando, pero mis otras hermanas no comparten nuestro entusiasmo —respondió ella—. Prefieren el bordado y la pintura, aunque ninguna de nosotras es maestra en ningún arte —sonrió con nostalgia antes de añadir—: Siempre hemos estado más inclinadas hacia las actividades al aire libre: montar a caballo, explorar y cuidar de nuestros animales, para disgusto de nuestro padre. Es probablemente la razón por la que todas estamos plagadas de pecas.

La mirada de Nathaniel se desvió hacia su nariz, notando la tenue salpicadura de pecas sobre su piel clara. Era innegablemente hermosa, y ese pensamiento por sí solo lo inquietó. Se enderezó, apartando la idea.

—Su habilidad con el piano ciertamente le será de gran utilidad en Londres —dijo—. ¿Y qué hay del baile? ¿Son todas ustedes competentes, o debería contratar a un maestro de danza para instruirlas?

—Oh, no, todas sabemos bailar, mi lord... quiero decir, Su Excelencia —le aseguró, aunque momentáneamente había olvidado su título recién heredado—. Fuimos criadas con toda la etiqueta adecuada esperada para una Temporada en Londres por nuestra querida madre antes de que falleciera. No debe preocuparse por eso.

—Muy bien —esperaba que así fuera. Sin pensarlo, Nathaniel extendió su mano—. Tal vez deberíamos poner a prueba sus habilidades de baile. ¿Nos concede este honor?

Los ojos de ella se agrandaron, pero tras una breve vacilación, se puso de pie, ajustando su vestido y alisando la tela antes de acercarse.

¿Qué demonios estoy haciendo? Es tu pupila, hombre. No hay necesidad de bailar con la muchacha.

Consideró retirar la invitación, pero era demasiado tarde. Había venido a evaluar sus habilidades, no a bailar con ella. Y sin embargo, cuando ella se acercó a sus brazos, el calor de su cuerpo y el suave roce de su vestido contra sus piernas lo hicieron agudamente consciente de cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había sostenido a una mujer a la que no había pagado por sus servicios. Una mujer de calidad y buena crianza.

Antes de venir al campo, había estado demasiado consumido por las exigencias de su propiedad como para justificar entrar en sociedad y tratar de encontrar una esposa aceptable. Ahora, en una casa llena de seis jóvenes, siendo la mayor la que más lo distraía, esa ausencia se estaba volviendo demasiado evidente.

Los guio en un vals, poniendo a prueba su habilidad, y mientras ella se movía con facilidad, no pudo evitar admirar su gracia. Era una bailarina excepcional, superando con creces sus expectativas. Cuando ella lo miró, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios, se encontró impactado por su belleza.

Esto estaba mal.

Él era su tutor, encargado de asegurarse de que ella encontrara un partido adecuado. No importaba que solo hubiera unos pocos años entre ellos. Se le había confiado su cuidado, no entretener pensamientos impropios.

—Tendrá usted muchos admiradores en Londres, Lady Rosalind —rompió el silencio al fin —. Con su dote y belleza, no le faltarán pretendientes. Dígame, ¿qué tipo de caballero espera desposar?

Ella consideró su pregunta cuidadosamente antes de responder:

—Un hombre amable. Uno que me valore por algo más que mi dote, que no sea cruel ni dominante. No podría soportar estar casada con un hombre que tenga una amante.

Nathaniel inclinó la cabeza.

—Un deseo digno, aunque no siempre fácil de cumplir. Muchos caballeros mantienen amantes mientras mantienen a sus esposas en esferas respetables.

Ella frunció el ceño, un ligero rubor besando sus mejillas.

—Entonces viviría arrepentida de mi elección.

Algo en su tranquila certeza lo inquietó. Ella merecía algo mejor que eso, por supuesto. Había visto el destino de demasiadas esposas dejadas de lado por sus maridos infieles. La idea de que Rosalind sufriera tal destino no le sentaba bien. Aunque disfrutaba tener a una prostituta en su cama, siempre había favorecido la idea de casarse con una mujer que satisficiera sus necesidades, y tales aventuras extramaritales no fueran necesarias.

—Haré todo lo posible por guiarla hacia un buen partido, uno que no le traiga tales arrepentimientos.

Ella le sonrió y su respiración se entrecortó. Cuando sonreía, todo su rostro se transformaba,

sus ojos se iluminaban con confianza y brillaban hermosamente bajo la luz de las velas.

—Eso es muy amable de su parte, Su Excelencia. Espero que los caballeros no me encuentren demasiado mayor.

—¿Demasiado mayor? —se burló—. Usted tiene veintitrés años, la edad perfecta para tomar una decisión reflexiva. A los dieciocho, uno es demasiado joven para entender el peso del matrimonio. Yo era imprudente y arrogante a esa edad. Nadie debería haberme deseado como marido.

—Supongo que tiene razón. Y le agradezco su honestidad.

Vaciló, luego añadió:

—Una querida amiga mía se casó joven, pero su marido ahora pasa la mayor parte del tiempo en Londres, mientras ella permanece en el campo con sus hijos. No deseo tal destino.

Nathaniel asintió.

—Nos aseguraremos de que tome una sabia elección, Lady Rosalind.

Continuaron su vals, y por un momento se encontró olvidando la impropiedad de su baile incluso sin la música para guiarlos. Ella encajaba bien en sus brazos, sus movimientos instintivos y elegantes. Le iría excepcionalmente bien en Londres.

—¿Y qué hay de usted, Su Excelencia? —preguntó ella—. ¿Está buscando esposa?

—No estoy buscando activamente, pero si conozco a una dama que cumpla con mis requisitos, lo consideraré.

Ella sonrió con ironía. —Entonces que ambos encontremos felicidad y satisfacción.

—En efecto.

Él la hizo girar hasta detenerse con gracia y se inclinó. —La veré por la mañana para nuestro paseo a las granjas de los arrendatarios.

—Sí, Excelencia. Gracias. —Ella le dedicó una pequeña sonrisa y, durante varios segundos, él se encontró incapaz de apartar la mirada.

Sacudiéndose de su ensimismamiento, salió a grandes zancadas del salón de baile y regresó a su biblioteca, asegurándose de cerrar firmemente la puerta tras de sí.

Se desplomó contra ella, frunciendo el ceño. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Había ido a observar su talento musical, no a bailar con ella. Y, sin embargo, lo había hecho de buena gana. Peor aún, lo había disfrutado.

Eso no podía volver a suceder.

Él era su tutor. Su deber era verla casada, no entretenerse con pensamientos inapropiados. Se aseguraría de que la temporada de Lady Rosalind y sus hermanas fuera un éxito, y no se interpondría en su camino, o peor aún, no se colocaría en su trayectoria.

CAPÍTULO
CUATRO

A la mañana siguiente, Rosalind salió a caballo con el nuevo duque, decidida a mostrarle la propiedad que tanto amaba y asegurarse de que comenzaran las reparaciones para los granjeros arrendatarios. Parecía un hombre afable, el tipo de caballero que cuidaría la tierra y a las personas que trabajaban en ella. No era una tarea menor, considerando que la propiedad era vasta, con extensos terrenos y cientos de acres de bosque, perfectos para que los ciervos y la caza prosperaran. Un pabellón de caza que su abuelo había construido y usado con frecuencia, aunque su padre apenas lo había utilizado.

Cuando llegaron a los establos, los caballos estaban listos.

—He preparado a Brisa para usted, Su Gracia —dijo el mozo de cuadra—. Pensé que tal vez querría probar uno de los caballos de la propiedad hoy. Debería servirle bien para recorrer los terrenos.

—Muy bien, gracias —dijo el duque, antes de montar su caballo con gracia sin esfuerzo, sus fuertes muslos flexionándose mientras se acomodaba en la silla. El caballo medía al menos diecisiete palmos de altura, pero parecía no hacerle ninguna diferencia.

Rosalind lo observó, impresionada a pesar de sí misma. Luego, con un gesto al mozo de cuadra, utilizó su ayuda para montar, aunque hoy no tenía intención de montar a mujeriegas.

El duque alzó una ceja ante su elección, pero no dijo nada. En su lugar, dirigió su caballo hacia las puertas del patio de los establos.

—Por aquí, Su Gracia. Iremos primero hacia el oeste y visitaremos al señor Arthur antes de que esté demasiado ocupado por el día.

—Por supuesto. La seguiré.

Partieron, Rosalind considerando qué decir. El duque no era dado a la charla ociosa, pero era amable. El hecho de que hubiera accedido a salir y ver los problemas que su padre había dejado atrás decía mucho sobre su carácter.

—Tenemos ciervos y faisanes en los terrenos, Su Gracia. Es bienvenido a invitar a huéspedes para que se queden y cacen. Las habitaciones están siempre listas. Mi padre nunca hizo mucho uso de la propiedad, pero el personal mantiene todo preparado, por si acaso.

—Bueno saberlo —dijo él—. ¿Usted caza, Lady Rosalind?

Ella se volvió para mirarlo mientras cabalgaban por un sendero muy transitado a través del bosque, la luz del sol moteada filtrándose entre las ramas. El aire aún conservaba un frío persistente del invierno, pero el aroma de la primavera comenzaba a agitarse.

—Sí, Su Gracia. He montado desde que era niña. Antes de que mi madre muriera, insistió en que todas sus hijas aprendieran. Aunque tres de mis hermanas detestan el deporte, siempre he creído que mientras el animal no sufra y nada se desperdicie, entonces la caza es aceptable. La

gente debe comer, después de todo.

—Una visión práctica.

Ella asintió, sin estar segura de si él aprobaba o simplemente encontraba su postura interesante o estaba completamente aburrido por la conversación que estaban teniendo. Era difícil saberlo con este hombre.

—Conocí a su padre una vez en Londres —añadió él—. No diría que lo conocía bien, pero uno podría haber supuesto que no tenía hogar en absoluto por el tiempo que pasaba en sus clubes.

Rosalind meditó sobre sus palabras. Confirmaba lo que había sospechado durante mucho tiempo: su padre apenas había pasado tiempo en casa. Y si los rumores eran ciertos, había mantenido a una amante en sus últimos años. ¿La amante de su padre se habría quedado con algo cuando él falleció? Lo dudaba. No era el tipo de hombre que se desprendía del dinero fácilmente, ni siquiera para los más cercanos a él. El hecho de que su propia dote hubiera permanecido intacta era asombroso.

—Me sorprende que nunca le mencionara que usted heredaría, Su Gracia. Cuando lo conoció en Londres —dijo ella—. Seguramente debía saber que nuestro primo había fallecido para entonces. Hace varios años que se fue.

—Si lo sabía, nunca dijo una palabra. Aunque, de nuevo, nunca tuvo mucho que decirme; yo era solo un conde, después de todo.

Rosalind se rio entre dientes. —Eso suena como mi padre. Era un elitista de pies a cabeza.

Cabalgaron en un silencio agradable durante un rato hasta que llegaron a un pequeño claro, donde apareció a la vista una cabaña con techo de paja. Era una casa bastante bonita, de dos pisos con ventanas relucientes y una delgada columna de humo que se elevaba de la chimenea.

—Esta es la cabaña del señor Arthur —dijo Rosalind—. Es uno de los guardabosques. Papá le hizo pagar alquiler, aunque es un anciano y apenas es capaz de realizar una jornada completa de trabajo. —Sacudió la cabeza ante la idea. Su padre había hecho que el anciano continuara pagando, a pesar de sus décadas de lealtad y su salud en declive.

—¿Todavía está pagando actualmente? —preguntó el duque.

—Sí, Su Gracia. Sus ingresos no son lo que eran antes, así que... tal vez eso podría modificarse. —No presionó el asunto, pero podía ver que el duque ya lo estaba considerando. Si hubiera sido su elección, habría detenido el requisito del señor Arthur. Pero la propiedad, aunque era su hogar, no le pertenecía, ni su administración.

—Revisaré los libros de cuentas y veré qué se puede hacer. Aún no he examinado las cuentas de la propiedad, pero tiene mi palabra: me ocuparé de ello.

—Gracias, Su Gracia.

Se detuvieron frente a la cabaña, y el señor Arthur salió apresuradamente, su rostro curtido abriéndose en una amplia sonrisa.

—¡Buenos días, Lady Rosalind! —exclamó.

Rosalind desmontó y fue a estrechar sus manos. —Señor Arthur, espero que lo encontremos bien en esta hermosa mañana.

—Oh, bastante bien —dijo él—. Acabo de poner la tetera, son bienvenidos a acompañarme para una taza.

—Oh, eso sería encantador, pero primero, ¿puedo presentarle a Su Gracia, el Duque de Ravensmere? Ha heredado la propiedad de mi padre.

Los ojos del señor Arthur se abrieron de par en par, y se apresuró a hacer una reverencia, aunque sus viejos huesos protestaron y gimió. —Su Gracia, es un honor.

—¿Cómo está usted, señor Arthur? —dijo el duque cortésmente.

—No hay necesidad de eso, señor Arthur —dijo Rosalind rápidamente, ayudándolo a enderezarse—. El duque está aquí para ver los daños en el techo y la paja por la última tormenta. ¿Tal vez podríamos ver la habitación de arriba?

El señor Arthur asintió ansiosamente. —Oh, eso sería de gran ayuda. Anoche, juro que había una rata en la casa, rascando por la habitación vacía. He tenido que mudarme de ella, ¿sabe? Y cuando llueve, ¡el agua simplemente entra a raudales! No importa cuánto he intentado parcharlo, no puedo mantener fuera a los roedores.

—Echaremos un vistazo —dijo el duque—. Si el techo se puede salvar, lo repararemos. Si no, reemplazaremos la estructura por completo.

El anciano parpadeó sorprendido. —Oh, Su Gracia... eso es más de lo que me atrevía a esperar.

—Es como debe ser, señor Arthur.

Una vez dentro, como prometió, el señor Arthur les sirvió té. Suspiró contentamente mientras se acomodaba en su silla, sus huesos crujiendo lo suficientemente fuerte como para que Rosalind los oyera.

—Aprecio mucho esta casa. Mis hijos se criaron aquí. Mi querida esposa... Nos casamos en la iglesia local, pasamos toda nuestra vida juntos aquí antes de que ella falleciera el año pasado.

—Puedo entender el sentimiento —dijo el duque, con la mirada vagando por la habitación antes de posarse en Rosalind.

Ella mantuvo su mirada, intentando leer sus pensamientos. ¿Se sentía agobiado por todo lo que su padre le había dejado? ¿O era tan rico que el coste de las reparaciones no significaba nada?

Nunca lo sabría con certeza. Pero el hecho de que estuviera aquí, escuchando y dispuesto a actuar, le decía que había hecho bien en confiar en él.

Después de terminar el té, siguieron al señor Arthur arriba para evaluar los daños. La visión del techo desaparecido era peor de lo que Rosalind recordaba.

El duque negó con la cabeza. —¿Cuánto tiempo ha estado así? —preguntó, probando una de las vigas.

—Desde el invierno pasado, Su Gracia. La tormenta antes de las primeras nieves se llevó el techo por completo. Intenté recoger la paja y la madera, pero la mayoría estaban demasiado dispersas y rotas para usarlas.

—Muy bien. Enviaré a mi mayordomo con trabajadores mañana. Si el techo no se puede salvar, lo reemplazaremos por completo.

El señor Arthur agarró la mano de Rosalind, con los ojos llenos de lágrimas. —¿Lady Rosalind? Usted es la mejor de todos. Gracias por traer al duque aquí hoy. Por fin tengo esperanza.

Ella le apretó la mano, tragando el nudo en su garganta. —Lamento que haya tenido que vivir así durante tanto tiempo.

El señor Arthur suspiró antes de llevarlos de vuelta abajo. —Yo también, mi lady. Pero no la hago responsable, así que basta de eso.

Salieron al exterior, y Rosalind sacó un paquete envuelto de comida de su alforja. —La cocinera envió galletas para usted.

El señor Arthur sonrió, levantando el paquete de tela a su nariz y respirando profundamente. —¡Un techo nuevo, mis galletas favoritas, y he conocido al Duque de Ravensmere, qué día tan grandioso!

El duque se rió, y por primera vez, Rosalind lo vio sonreír. Una sonrisa real y sin reservas. Y maldita sea, era un caballero muy apuesto cuando lo hacía.

Algo revoloteó en la parte baja de su estómago. Tragó saliva con fuerza y se volvió hacia su caballo, tratando de ignorar la sensación.

—Vamos, Su Gracia —dijo, montando en la silla—. Tenemos otro inquilino que visitar.

Y, si no tenía cuidado, otro problema que enfrentar: su repentina conciencia física del Duque de Ravensmere.

CAPÍTULO
CINCO

Terminaron su día recorriendo las granjas de los arrendatarios y las tierras de la finca Ravensmere solo cuando los pintorescos tejados del pueblo de Beaulieu aparecieron a la vista.

—¿Le gustaría almorzar en la taberna, Excelencia? Preparan un buen estofado y se dice que la cerveza es de buena calidad.

Nathaniel miró a Lady Rosalind, sin estar seguro de haber oído bien. ¿Taberna? ¿Cerveza?

—¿Me está diciendo que usted bebe cerveza, mi lady?

Ella se rio, y el sonido lo envolvió como un bálsamo reconfortante. Tenía una risa bonita, y su rostro se iluminaba como la luz de la mañana, calentando todo a su paso.

—No lo hago, pero pensé que eso es lo que beben los caballeros cuando cruzan las puertas de una taberna.

Sonrió, esperando que él decidiera si quería comer en la taberna del pueblo o no. La idea tenía sus atractivos, especialmente considerando al cocinero de la finca. No quería ni imaginar lo que el cocinero habría preparado y estaría sirviendo a todos.

Se estremeció ante la idea. —Creo que un almuerzo en el pueblo sería justo lo apropiado, mi lady. Guíe el camino.

Sin más preámbulos, Lady Rosalind dirigió su caballo hacia el pueblo y lo puso al trote.

Nathaniel la siguió y se dio cuenta de su error en el momento en que su pupila levantó su trasero respingón en el aire y lo bajó de nuevo con cada paso del caballo. Durante varios latidos, sus ojos se fijaron en sus redondos glúteos antes de que ella mirara hacia atrás, quizás sintiendo su interés, y él se vio obligado a desviar la mirada por encima de sus hombros y enfocarse en el pequeño campanario de la iglesia.

Solo tomó unos minutos, y llevaron sus caballos a caminar por la calle principal del pueblo.

Varias personas que deambulaban por las calles se detuvieron para mirar y saludar. Varios de ellos llamaron a Lady Rosalind, y ella los saludó a todos por su nombre con un agradable saludo de vuelta.

¿No había nadie que esta hija del difunto duque no conociera? No pudo evitar concluir que ella había asumido el papel de duque cuando su padre no estaba y hacía todo lo posible por mantener feliz y contento a su personal doméstico y a los de la comunidad en general.

Una tarea difícil cuando uno no tiene los medios financieros para ayudar y solo la capacidad moral para apoyar.

Se detuvieron frente a la taberna Duck and Dog y ataron sus caballos a los postes de amarre proporcionados. La posada, afortunadamente, estaba tranquila cuando entraron en el comedor, y una joven camarera, vestida con un discreto vestido de muselina marrón, su gran vientre

redondeado, sin duda por las últimas etapas del embarazo, se acercó a ellos balanceándose con una sonrisa de bienvenida en su rostro.

—Lady Rosalind, buenos días, mi lady. Es un placer tenerla aquí. ¿Qué puedo ofrecerle, querida? —preguntó, dirigiéndole solo una mirada superficial a él.

Rosalind, como con todas las personas que encontraba, sonrió y extendió la mano, tomando rápidamente la mano de la joven.

—Una mesa para dos, por favor. Vamos a almorzar aquí hoy. —Lady Rosalind se volvió y le hizo un gesto—. Este es el nuevo Duque de Ravensmere, Mary.

Los ojos de la joven camarera se abrieron de par en par, y ella hizo una torpe reverencia.

—Excelencia, bienvenido a Beaulieu. Qué placer y honor es servirle esta tarde.

Nathaniel desestimó sus honores con un gesto, no queriendo ser señalado frente a los pueblerinos presentes. —Me complace estar aquí. Lady Rosalind habla muy bien de su establecimiento. Dice que hacen un estofado muy bueno.

—Así es, en efecto. —Hizo un gesto para que la siguieran—. Vengan, los sentaré cerca de la ventana delantera con vista a la plaza del pueblo. Es una vista más bonita que el patio de los caballos de la posada.

La siguieron y pronto estuvieron sentados. Solo tomó unos minutos antes de que llegara su comida, humeante, con una bondad que olía tan deliciosa como se veía. El estómago de Nathaniel gruñó, y Lady Rosalind se llevó la servilleta a los labios y se rio.

—Me disculpo. Parece que tengo más hambre de lo que pensaba.

—No hay necesidad de disculparse. Pensé que le gustaría comer fuera hoy. Me temo que no está sobrellevando tan bien como mis hermanas y yo la cocina de Cook.

Él hizo una mueca, tomó su cuchara y comenzó a comer su estofado. —Se dio cuenta, ¿verdad? Me temo que, en efecto, tiene razón, y mi garganta está sufriendo.

—Le pido disculpas. Nuestra cocinera ha estado con nosotros desde antes de que mi madre se casara con mi padre. Cumple ochenta y cinco años este año, y me temo que su cocina se ha vuelto menos que ideal. Temo que tendrá que reemplazarla pronto.

Nathaniel meditó las palabras de Lady Rosalind y pudo escuchar la preocupación en su voz.

—Si piensa que voy a echarla sin un sustento para el resto de sus días, tenga la seguridad de que ese no es el caso. Le ofreceré una casa en la finca; estoy seguro de que hay algunas que están vacías, aunque necesiten reparaciones. Será bien atendida.

Podía sentir su mirada sobre él y, incapaz de resistirse a mirar a su llamativa pupila, levantó la vista de su estofado. Las lágrimas contenidas en sus ojos hicieron que el pánico corriera por su sangre, e instintivamente extendió la mano y tomó la de ella. —¿Qué sucede? ¿Está enferma?

—No, nada de eso. —Ella sostuvo su mano a cambio y no parecía querer soltarla pronto—. Qué amable de su parte ser tan considerado. No estamos acostumbrados a tal trato, como bien sabe. Temía por nuestros arrendatarios y el personal de la gran casa, pero usted es verdaderamente un ángel enviado del cielo. Estoy tan aliviada de que no sea terrible.

Él se rio. —También me alegro de que no me encuentre así.

Nathaniel retiró su mano y reanudó su comida, ignorando el hecho de que su corazón se había acelerado varios latidos ante el toque de Lady Rosalind. La mujer era inusualmente bonita y amable, y temía que le gustara demasiado, más de lo que pensaba.

Eres su tutor, recuerda. Prometiste encontrarle un buen partido.

Se escuchó un alboroto en el bar justo afuera de la habitación en la que estaban cenando, antes de que la puerta se abriera de golpe y varios hombres tropezaran y cayeran en la habitación. Gritos y varias palabras que ninguna mujer debería oír resonaron por toda la sala.

Lady Rosalind jadeó y se puso de pie, justo a tiempo, antes de que un hombre en plena pelea a puñetazos con otro volara por el aire y aterrizara sobre el cuenco de estofado, rompiendo la porcelana y la mesa, destrozando su comida y la mesa en pedazos.

Antes de que Nathaniel pudiera llegar a ella, un puño se conectó con su mandíbula. Él trastabilló hacia atrás.

—¿Qué demonios está pasando? —dijo, recuperando el equilibrio e intentando entender la pelea. Cuando otro fue a atacarlo, posiblemente solo porque estaba cerca, agarró al tipo por las solapas de su chaqueta de lana gruesa y le propinó un sólido golpe en la nariz, observando con cierta satisfacción cómo el hombre se tambaleaba hasta caer al suelo, inconsciente.

Podía ver a Lady Rosalind intentando hacerse lo más pequeña posible en la esquina, y todo lo que podía pensar era en llegar a ella, en mantenerla a salvo.

Ella gritó cuando un hombre cayó a sus pies, intentando levantarse usando sus faldas.

El tabernero, un hombre corpulento y grande que llevaba un garrote, entró en la habitación y arremetió contra los hombres que discutían.

Nathaniel agarró al hombre que se atrevió a aferrarse a las faldas de Lady Rosalind y lo apartó de un tirón antes de ir hacia ella. Ella se arrojó a sus brazos, aferrándose a él como si su vida dependiera de su protección.

Y en este preciso momento, quizás así era.

Él la empujó hacia la esquina, la presionó contra la pared e intentó mantenerlos a ambos lo más pequeños e inadvertidos posible.

Ella temblaba en sus brazos, claramente aterrorizada, y sin embargo —maldita sea su alma libertina—, podía sentir cada curva de su cuerpo, los suaves senos presionando contra la parte baja de su pecho, sus dedos aferrándose a su camisa bajo la chaqueta. La sensación era muy reminiscente de una sexual, y se odiaba a sí mismo por disfrutar tenerla tan cerca de su persona.

Era un canalla y merecía ser azotado.

—Su Excelencia, le sangra la nariz.

Ella se estiró e intentó limpiar la sangre de su rostro, y la sensación de su mano acunando su mandíbula calmó su corazón frenético.

Sus miradas se encontraron y se mantuvieron, y sin importar el ruido detrás de él, no podía apartar la vista.

La atención de ella se desvió hacia sus labios, al igual que la de él hacia los de ella.

Maldita sea, *no lo hagas* fue su último pensamiento antes de inclinar la cabeza.

CAPÍTULO
SEIS

Rosalind se quedó inmóvil, con el corazón latiéndole frenéticamente en el pecho —un pulso implacable que no cesaba— y no podía culpar enteramente a la pelea que se desarrollaba a su alrededor.

En cambio, los fuertes brazos y el cuerpo cálido y musculoso que la sostenían cerca, que acunaban la parte posterior de su cabeza y la atraían hacia un abrazo cálido y reconfortante destinado a mantenerla a salvo, eran la causa. Nunca se había sentido más al borde de un precipicio que en ese momento, tambaleándose antes de caer. Jamás había sido abrazada por un hombre antes, y nunca en tales circunstancias. Su cuerpo no se sentía como el suyo; hormigueaba y se calentaba, relajándose en medio del caos y volviéndose dócil entre sus brazos.

Si cerraba los ojos, casi podía imaginar que Su Excelencia la sostenía por una razón completamente diferente a la mera necesidad de protegerla: un tierno abrazo similar al de un amante acunando a la mujer que adoraba.

Su mano se deslizó de la mandíbula de él, la barba incipiente le raspó ligeramente la palma, una sensación nueva y no desagradable. Los pensamientos se arremolinaban en su mente. ¿Cómo se sentiría su piel contra la de ella? ¿Sería su beso tan suave y cariñoso como su abrazo? Su mirada se desvió hacia sus labios, que tenían una forma encantadora; no demasiado carnosos para un hombre, pero lo suficiente como para enfatizar su atractiva boca.

Sus nervios dieron un vuelco en su estómago, y se quedó quieta cuando él inclinó la cabeza hacia ella. ¿Iba a besarla aquí, en el comedor de la taberna, frente a un grupo de rufianes peleando?

Sí, por favor...

—¡Basta! —rugió el posadero. Rosalind dio un respingo cuando la sala quedó en silencio.

La interrupción pareció suficiente para sacudir la determinación del duque. Se echó hacia atrás, girándose —pero manteniéndola detrás de él— mientras examinaba la sala y los muchos hombres en varios estados de desorden.

—Todos ustedes están expulsados de la taberna hasta que ya no esté enojado con ustedes. Váyanse ahora, antes de que llame al magistrado y los meta a todos en el calabozo.

Los hombres, sin deseos de meterse en problemas con la ley, salieron tambaleándose como perros regañados con el rabo entre las piernas, mientras otros gemían mientras se ponían de pie y los seguían.

—Su Excelencia, Lady Rosalind, cuánto lamento que su almuerzo se haya arruinado. Me disculpo profundamente y espero que este incidente no les impida volver a cenar aquí.

Rosalind seguía aferrada a la espalda del abrigo del duque, desesperada por prolongar la sensación de él —su aroma, una mezcla de sándalo y cuero, sin duda adquirido durante sus

muchas horas de cabalgata.

—No se preocupe —dijo el duque—. Mi nariz sanará, y estoy seguro de que Lady Rosalind, aunque conmocionada y un poco alarmada, está perfectamente bien. Pero nos marcharemos. Espero que no haya demasiados daños en su establecimiento, aunque me temo que esta sala se ha visto gravemente afectada.

—Es usted muy amable, Su Excelencia. Gracias. Los acompañaré a la salida.

Sacaron sus caballos de los establos, ya abrevados y cepillados. Ella se acercó a su montura, pero antes de que el mozo de cuadra pudiera llevar su caballo al montador, el duque se acercó y le ofreció su ayuda. Juntó las manos, y ella colocó su pie en el estribo improvisado. Sujetándose a las riendas y a la silla, se impulsó hasta su asiento.

—Gracias, Su Excelencia.

Él asintió sin decir palabra mientras se dirigía a su caballo y subía sin ayuda. El hombre era atlético, y ella dudaba que hubiera algo que no pudiera hacer.

—¿Había algún otro lugar al que deseara escoltarme esta tarde, Lady Rosalind, o regresamos a la casa?

—Creo que a casa, Su Excelencia. Tal vez a su ayuda de cámara le gustaría echar un vistazo al desastre que su nariz ensangrentada ha causado en su atuendo —miró su camisa, donde gotas de sangre manchaban el lino, una visión que sugería que sería mejor quitársela cuanto antes.

—Es cierto. No necesito otra reprimenda por ensuciar mi ropa.

¿Acaso el nuevo duque acababa de intentar bromear sobre su altercado de esa tarde? Ella sonrió antes de sacar su montura del patio, y en una hora habían llegado de vuelta al establo de la propiedad. Hablaron muy poco en el camino a casa, excepto por las pocas veces que Rosalind señaló los límites de la propiedad y la ubicación del pabellón de caza anidado entre el grupo de árboles que pasaron.

Una vez que devolvieron sus caballos, se dirigieron de vuelta a la casa.

—Gracias por el día de hoy, Lady Rosalind. Es un mérito suyo que esté tan comprometida con las personas que trabajan aquí y con aquellas que laboran en las tierras de la propiedad.

Una calidez la invadió ante las palabras del duque. No es que ella buscara elogios —nunca había sido vanidosa—, pero era reconfortante saber que alguien reconocía sus esfuerzos, aunque su padre nunca lo hubiera hecho.

—Es lo mínimo que podía hacer. Amo esta casa, sus tierras y la gente que vive aquí. He crecido con todos con quienes hablamos hoy; han estado más presentes en mi vida que mis propios padres. ¿Cómo podría no preocuparme por lo que les sucede? Simplemente estoy agradecida de que, ahora que me iré de aquí, estarán bien atendidos. Odiaría casarme y mudarme a otro condado, sabiendo que el nuevo duque fuera de la misma calaña que mi padre.

Entraron en el vestíbulo y entregaron sus sombreros, abrigos y guantes a dos lacayos que esperaban.

—Los vimos llegar de su paseo, Su Excelencia, Lady Rosalind, y hemos dispuesto unos sándwiches y una taza de té caliente en el salón, por si desean tomar un refrigerio.

—Gracias, Dennis. Será muy bienvenido —respondió ella, especialmente porque su almuerzo había sido aplastado en el suelo por los aldeanos que se peleaban.

—Me reuniré con usted allí en breve, Lady Rosalind. Debo cambiarme antes de que terminemos nuestro almuerzo.

—Por supuesto.

Rosalind entró en el salón y aprovechó la oportunidad para servir el té y colocar varios sándwiches en los pequeños platos proporcionados. El duque se unió a ella después de varios

minutos, ahora vestido con una camisa y chaqueta limpias. Se sentó a su lado, y Rosalind tuvo que admitir que disfrutaba tenerlo tan cerca.

—Gracias por servir. Esto se ve realmente bien.

—Sí —respondió ella, sorbiendo su té y observándolo—. Los sándwiches de la cocinera nunca dejan de agradar, aunque le falte algo en otros platos.

Sus ojos brillaron con diversión. —Maravilloso.

Comieron en silencio, lo que le dio a Rosalind la oportunidad de reflexionar sobre cómo se había sentido en los brazos del duque en la taberna y lo que eso podría significar. Le agradaba, eso lo sabía. Era amable y para nada displicente, muy diferente del hombre frío y altivo que había imaginado. Era cálido y afable, una verdadera bocanada de aire fresco en sus vidas grandiosas pero estancadas.

—Estos están realmente deliciosos —dijo el duque mientras tomaba varios sándwiches más y los colocaba en su plato.

—Lo están, estoy de acuerdo, y lamento que nuestro encantador almuerzo haya sido interrumpido tan bruscamente. Lo estaba disfrutando enormemente.

—Yo también —su mirada se encontró con la de ella, y la piel de Rosalind se erizó de conciencia. Él desvió la mirada hacia las ventanas, y ella lo estudió, preguntándose si él también se sentía desconcertado como ella, como si algo estuviera ocurriendo entre ellos, algo que no podía nombrar. El duque podría estar más en sintonía con lo que se estaba desarrollando entre ellos, pero ella no lo estaba, un predicamento, supuso, común entre las damas que aún no habían tenido su temporada o se habían casado.

Después de todo, nunca la habían besado, y se preguntaba si sus sentimientos por el duque eran simplemente el brote de una amistad platónica o si las tumultuosas emociones que se agitaban en su interior señalaban el comienzo de algo que podría florecer en mucho más.

—Espero que no haya resultado herida, Lady Rosalind. Sé que varios cuerpos chocaron contra nosotros antes de que pudiera alcanzarla.

Ella negó con la cabeza y dejó su taza de té sobre la pequeña mesa de madera frente a ellos.

—En absoluto, solo me sobresalté, pero no estoy herida. Gracias por protegerme, Excelencia. Es usted muy amable.

—No podría permitir que le sucediera nada, mi lady. Eso no sería propio de un caballero, ni de un amigo, que creo que nos estamos convirtiendo...

—En efecto —una calidez se extendió por su cuerpo ante sus palabras—. Creo que también lo somos, y en el espíritu de esa amistad, por favor llámeme Rosalind. Después de todo, usted es mi tutor, y no creo que necesitemos ser tan formales.

Su boca se torció en una sonrisa pícara, y el estómago de ella se anudó.

—Solo si usted me llama Nathaniel a cambio.

CAPÍTULO
SIETE

Al día siguiente, Rosalind despertó cuando su doncella Mary la sacudía para despertarla, con una expresión agitada en el rostro.

—Lady Rosalind. Despierte. Hay noticias, y debemos prepararla.

Rosalind se incorporó y se frotó la cara, concentrándose en su doncella, que ahora corría por la habitación, sacando su maletín del vestidor contiguo, antes de rebuscar en el armario como si el mismo diablo la persiguiera.

—¿De qué se trata todo esto? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó Rosalind. Afortunadamente, a pesar del semblante preocupado de Mary, no se había olvidado del chocolate caliente matutino de Rosalind. Rosalind alcanzó la taza y dio un delicioso sorbo reconfortante para comenzar el día. La bebida de chocolate era rica y cremosa, dulce y deliciosa, justo como a ella le gustaba.

—El duque me ha ordenado empacar sus cosas. Usted partirá hoy hacia Londres con Su Excelencia. Escuché al mayordomo mencionar que tiene algo que ver con que el duque necesita regresar a la ciudad antes de lo previsto, así que usted viajará con él. Debemos empacar sus cosas inmediatamente, pues ya han pasado quince minutos de la hora asignada. —La doncella hizo una pausa en su embalaje y arqueó una ceja—. Usted no es la dama más fácil de despertar, como bien sabe.

Rosalind apartó las sábanas y se levantó de la cama, dejando a un lado su chocolate caliente. ¡Londres! Iba a ir a Londres. Nunca había estado en la gran ciudad, y la idea de comenzar su futuro —posiblemente encontrar un marido, un gran amor que eclipsara las más grandes historias de amor de la historia— hizo que la emoción vibrase en su interior.

—Bueno, debo vestirme. Terminaré rápidamente mis abluciones matutinas y luego podrás peinarme. No es necesario que sea nada grandioso, pues estaré en un carruaje la mayor parte del día y nadie me verá, en cualquier caso.

—Por supuesto, mi lady. Continuaré empacando mientras tanto.

Antes de que pudiera dar otro paso, la puerta de Rosalind se abrió de golpe y, una por una, sus cinco hermanas entraron tropezando en la habitación, sus rostros una mezcla de tristeza y emoción. Rosalind abrazó a cada una de ellas, limpiando las lágrimas de Clementine, la pequeña de la casa a quien más extrañaría y por quien más se preocuparía.

—No puedo creer que vayas a dejarnos, hermana. Te extrañaremos mucho —dijo Clementine, sacando un pañuelo de su bolsillo y secándose los ojos.

—Vamos, vamos, no me iré para siempre, y si encuentro una pareja, discutiré la posibilidad de que todas vengan a vivir conmigo para que siempre estemos juntas.

—¿Crees que el duque permitiría tal cosa? Él es nuestro tutor ahora —dijo Isabella, desplomándose en la cama con una expresión abatida en su bonito rostro.

—Es un hombre amable y no creo que quiera vernos infelices a ninguna de nosotras. Aunque solo es unos años mayor que yo, es maduro más allá de su edad y sabe que estamos mucho mejor juntas que separadas.

—Eso espero, Lady Evangeline. Y luego, el próximo año, cuando esté en la ciudad para la Temporada, podrías patrocinarme, y estaré contigo. Odiaría tanto no estar juntas.

—Yo también, querida, pero os prometo a todas —dijo Rosalind, atrayendo a sus hermanas hacia sus brazos e intentando abrazarlas estrechamente. Se abrazaron, aferrándose unas a otras como si nunca fueran a separarse.

Pero el tiempo no espera a nadie, y cada una de ellas, cuando llegara el momento adecuado, se casaría, se mudaría a sus nuevos hogares y crearía familias para sí mismas. Rosalind tragó el nudo en su garganta, sabiendo que a partir de ese día nada volvería a ser lo mismo para ellas, no realmente. Ella sería la primera en irse, en tratar de forjar alguna felicidad futura que hacía tiempo había estado ausente de sus vidas, pero ciertamente no sería la última.

Podía oír varios sollozos de sus hermanas y las abrazó aún más fuerte. —No os preocupéis tanto. Escribiré y os contaré todo sobre la ciudad y todas sus diversiones. Será como si nunca me hubiera ido, os lo prometo a todas.

—Por favor, no nos olvides —dijo Cordelia, con los ojos enrojecidos y lágrimas acumulándose en sus bonitos iris verdes.

—Por supuesto que no. Os prometo por mi vida que escribiré cada semana.

El ruido sordo de su baúl al cerrarse y su doncella corriendo hacia el cordón de la campana para llamar a los lacayos llamó su atención. Su tiempo para prepararse se estaba agotando. —Ahora, vamos, niñas, dejadme terminar de prepararme para mi viaje, y nos despediremos abajo muy pronto. Pero por favor, no os preocupéis. Como dije, si hago una buena pareja, enviaré por vosotras con el permiso del duque. Estoy segura de que él no desea que estemos separadas más de lo que nosotras lo deseamos.

—Espero que tengas razón —dijo Angelica, lanzando una mirada solemne antes de que todas salieran por la puerta y bajaran las escaleras, casi rompiendo el corazón de Rosalind.

—No se preocupe tanto, mi lady. La señorita Rivers dijo que las cuidará y las mantendrá bien y felices hasta que las vuelva a ver.

—¿Tú no vas a estar aquí? —preguntó Rosalind mientras se dirigía a la jarra y el cuenco y cogía un paño para lavarse la cara.

—Se me ha ordenado ir con usted como acompañante en el viaje a Londres y ayudar en la ciudad hasta que Su Excelencia haya conseguido una dama de compañía para usted. Pero seguiré siendo su doncella, aunque no estoy segura de cumplir con los estándares de una doncella de dama londinense, pero estudiaré las últimas modas y peinados para asegurarme de que sea la debutante más bonita de la ciudad. Se lo prometo.

Rosalind sonrió y se sentó en su tocador, cogiendo su cepillo y pasándolo por sus largos cabellos castaños. —Gracias, Mary. Tenerte en la ciudad sin duda me ayudará con mi nostalgia, estoy segura.

—Haré todo lo posible para que así sea, mi lady.

Rosalind terminó de prepararse para el día, asegurándose de empacar sus libros favoritos para el viaje y algunos juegos que podría jugar con Mary o el duque si él viajaba con ella en el carruaje.

Sus despedidas de sus hermanas fueron agridulces. Por mucho que no deseara dejarlas, era necesario por el bien de su felicidad futura.

El duque, callado y distraído, estaba de pie cerca del carruaje —su caballo ya ensillado— de

modo que ella viajaría sola con su doncella. Una pequeña punzada de decepción la atravesó ante la idea. Disfrutaba de su compañía y conversación, y aunque pasar muchas horas con su doncella no era desagradable, al final resultaría en que su doncella se quedaría dormida mientras Rosalind se aburría, esperando a que llegaran a su primera parada para pasar la noche.

—Adiós, mis queridas. Escribiré cada semana, lo prometo —gritó por la ventanilla del carruaje cuando el vehículo comenzó a avanzar.

Los rostros de sus queridas hermanas —con sonrisas forzadas mientras se despedían— le hicieron brotar lágrimas en los ojos. Se asomó por la ventanilla del carruaje, observándolas y saludando hasta que ya no pudo verlas más.

Se recostó en los cojines y agradeció a su doncella cuando le pasó un pañuelo. Se obligó a recordar que no era para siempre. Que las volvería a ver y que su separación no era definitiva. Viajaron todo el día, deteniéndose solo para almorzar al lado del camino. Rosalind hizo una mueca, sintiendo lástima por el duque cuando abrió el pastel que la cocinera había preparado para ellos, una comida seca y sin sabor que a ella misma le costaba tragar.

El pobre hombre tendría que reemplazar a su vieja cocinera pronto si quería sobrevivir el invierno que se avecinaba en la finca. Pero al menos Rosalind estaba segura de que él cuidaría de su cocinera en su vejez.

Pasaron la primera noche en la posada Whistle, antes de levantarse temprano y continuar el viaje al romper el alba de la mañana siguiente. Llegaron a las afueras de Londres a última hora de la tarde del día siguiente.

Animada por la idea de ver una ciudad que solo había soñado con visitar, Rosalind bajó la ventanilla del carruaje una vez más y se asomó, observando las calles pasar. Más allá de los límites de la ciudad había huertas y pequeñas granjas, pero pronto dieron paso a numerosas casitas y luego a grandes edificios de piedra. El centro de Mayfair era un bullicioso hervidero de actividad.

Numerosas damas y caballeros paseaban por las calles empedradas y de grava, sus aceras pavimentadas con grandes losas. Se dirigieron a Grosvenor Square —la dirección de su padre en Londres, de la que solo había oído hablar en la correspondencia, pero que nunca había visto.

El carruaje entró en una gran entrada privada y se detuvo frente a una monstruosa mansión georgiana. Varios lacayos, junto con el personal de la casa, salieron a recibirlos, y Rosalind frunció el ceño, ya que nunca había sabido que su padre empleara a tanto personal en la ciudad.

¿Cómo se los había podido permitir a todos?

Bajó con la ayuda del duque, que se acercó a su lado, tomando su mano y colocándola sobre su brazo.

—¿Está lista para Londres, Lady Rosalind? —preguntó.

Ella sonrió, incapaz de ocultar su emoción. Una mejor pregunta sería: ¿estaba Londres lista para ella?

CAPÍTULO
OCHO

Lady Rosalind sonrió al personal que la esperaba e intercambió algunas cortesías antes de que el ama de llaves se acercara y se presentara.

—Soy la señora Wilson, Su Gracia, Lady Rosalind. Y permítanos ofrecerle nuestras condolencias por su padre; debe ser una gran pérdida para usted y su familia, mi lady.

—Gracias. Es usted muy amable —logró responder Rosalind, aunque no compartía tales pensamientos melancólicos sobre su padre. Él había sido frío e implacable con sus seis hijas, culpándolas e incluso odiándolas simplemente por ser las mujeres que habían nacido y las damas en las que se habían convertido. Que el personal aquí pareciera genuinamente afligido por el fallecimiento del duque le dio una pequeña medida de consuelo. Quizás no había sido tan bestia con ellos. Tal vez era más feliz en Londres, y los sirvientes aquí eran tratados con mayor amabilidad que los de su hogar.

—Venga, Su Gracia, Lady Rosalind. Le mostraré la casa antes de guiarla arriba a sus habitaciones.

—Gracias.

Al entrar en el vestíbulo, el duque liberó el brazo de Rosalind. El personal que los había recibido afuera regresó gradualmente a sus tareas, desapareciendo en los bulliciosos pasillos de la mansión.

Rosalind miró hacia arriba al vestíbulo de dos pisos, donde una majestuosa escalera flanqueaba ambos lados del piso superior. Nunca había visto algo tan hermoso. Jamás había imaginado que las casas en Londres pudieran rivalizar con la grandeza de las fincas rurales de sus primos, sin embargo, la finca londinense de Ravensmere parecía capaz de igualar incluso a su amado hogar en Hampshire.

El ama de llaves los guió a través de numerosas habitaciones: el comedor, las salas de billar y de estar, la biblioteca del duque, e incluso la oficina privada contigua a la suya, reservada para su futura esposa. Rosalind se sintió especialmente atraída por esta última, pues en su refinado silencio casi podía visualizar a su querida madre sentada detrás de un escritorio de dama o contemplando los exuberantes jardines que rodeaban la casa.

—El salón de baile está arriba junto con la galería de pinturas y un salón privado para la señora de la casa —explicó el ama de llaves mientras los guiaba a una gran habitación en la parte trasera de la mansión—. También hay una terraza por aquí. Esta habitación está orientada al este, por lo que recibe una hermosa luz matutina. El difunto duque a menudo desayunaba en la terraza cuando el tiempo lo permitía.

Rosalind ofreció al ama de llaves una pequeña sonrisa, aunque encontraba poco placer en hablar de su padre. Él las había despreciado y, a su vez, ellas habían llegado a repudiarlo. Si

encontraba consuelo en una terraza, poco le importaba.

—Hay un invernadero, donde el duque, muy aficionado a las frutas exóticas, mantenía plantas de plátano y naranja. Por supuesto, también hay una encantadora zona de asientos si desea un cambio de escenario.

—Suena encantador. ¿Y qué incluyen los terrenos de la propiedad? —preguntó el duque, cruzando la mirada con Rosalind mientras seguía al ama de llaves a una sala trasera que daba a los jardines.

—Las caballerizas se encuentran en la parte trasera de los terrenos, y un alto muro de piedra rodea la propiedad por seguridad. Hay un pequeño estanque con una fuente, y un gran seto corre a lo largo del muro para garantizar la privacidad. El jardín cuenta con varios árboles establecidos e incluso una pequeña estructura de madera donde uno puede sentarse al aire libre y leer. El jazmín la ha cubierto por completo, y es un lugar fresco y agradable en el jardín en un día caluroso. Son bienvenidos a explorar si lo desean antes de que les muestre sus habitaciones.

Rosalind negó con la cabeza.

—No, gracias. Debo refrescarme, y quizás tomar una breve siesta, antes de la cena de esta noche.

—Tengo una cita que no puede posponerse, así que no estaré para la cena —dijo el duque, disponiéndose a salir.

—¿Va a salir? —soltó Rosalind antes de poder contenerse. Percibiendo la incomodidad del comentario, el ama de llaves hizo una reverencia y se marchó, probablemente para esperar su solicitud de más orientación.

—Así es —respondió el duque—. Tengo algunos asuntos urgentes que requieren mi atención, así que cenaré con usted otra noche.

—Espero que no haya nada malo, Su Gracia —se aventuró Rosalind, aún no lista para llamarlo Nathaniel, aunque le hubiera dado permiso. Con el duque algo distraído en ese momento, no parecía el momento adecuado para la familiaridad.

—En absoluto. Simplemente una situación que requiere mi atención. Estaré de vuelta para el desayuno.

—Entonces le veré por la mañana, Su Gracia —Rosalind hizo una reverencia y se dirigió hacia el vestíbulo delantero, notando con una punzada de decepción que ningún paso la seguía.

El duque era, después de todo, un hombre ocupado; quizás un asunto concerniente a su ducado o condado exigía su inmediata intervención. No había señal de ninguna amante, ni sugerencia alguna de que hubiera regresado apresuradamente a Londres únicamente para estar con ella. Aun así, el pensamiento le dejó un sabor amargo en la boca, y se recompuso cuando se encontró de nuevo con el ama de llaves en el vestíbulo.

—Lady Rosalind, ¿desea que la lleve a su habitación ahora? —preguntó el ama de llaves.

—Por favor, gracias. Y si pudiera arreglar que traigan algo de agua caliente y que me sirvan la cena en mi habitación esta noche, sería de gran ayuda.

—Por supuesto, mi lady. Venga —dijo el ama de llaves mientras la guiaba escaleras arriba —. Su habitación está en el ala oeste y ofrece una hermosa vista de los jardines traseros. Creo que le gustará mucho.

—Estoy segura de que así será.

Rosalind adoró su nuevo conjunto de habitaciones. Era muy diferente de los modestos aposentos de la finca rural de su difunto padre. Esta habitación era opulenta, limpia y luminosa. Nuevas sábanas adornaban la cama —un bonito patrón floral azul y blanco bordado en la colcha — y una abundancia de almohadas, junto con dos lámparas de velas en mesas laterales de

madera a juego, le daban un aire de confort. Rosalind paseó, pasando su mano por el escritorio de caoba y el elegante tocador, completo con un espejo colocado lo suficientemente alto como para ver su reflejo completo.

Las cortinas estaban abiertas para que pudiera contemplar el jardín. Afuera, un jardinero podaba las rosas mientras otro cuidaba meticulosamente el gran seto que bordeaba la propiedad, asegurándose de que nada estuviera fuera de lugar.

Rosalind se preguntaba en silencio. ¿Toda esta opulencia había sido proporcionada por el nuevo duque, o su padre había reservado más fondos para su residencia en Londres que para su finca en el campo? ¿Podría siquiera preguntarle al duque tal cosa? Quizás estaba siendo demasiado suspicaz con su difunto padre. Después de todo, no les había dado motivos para creer que alguna de sus palabras o acciones fueran ciertas, a pesar del considerable dinero que sugerían sus sorprendentemente generosas dotes. ¿Por qué, entonces, permitiría que su residencia de campo se marchitara sin el cuidado adecuado? Tenía poco sentido, pero entonces, su padre siempre había sido tan amargado hacia su familia; quizás actuaba meramente por despecho.

Un golpe en la puerta interrumpió sus cavilaciones. Su doncella entró, dirigiendo a los lacayos para que colocaran los baúles en el vestidor contiguo a su dormitorio. Una vez que se hubieron marchado, Rosalind entró en el vestidor y echó un vistazo al cuarto de baño: un pequeño espacio rectangular equipado con una bañera y toallas, todo dispuesto para su comodidad.

—Qué encantador tener un espacio privado aparte del dormitorio para bañarse —pensó en voz alta—. Creo que disfrutaré mi estancia aquí. ¿Quién hubiera imaginado que una casa pudiera ofrecer tantos lujos?

—Oh, sin duda, mi señora —respondió la doncella—. Pero creo que algunos de los muebles más finos en estas habitaciones se deben al nuevo duque. Escuché a un lacayo y una doncella comentarlo abajo. Envió órdenes y, por lo que entendí, abundantes fondos para asegurar que su llegada fuera sin contratiempos y que nada estuviera fuera de lugar. El estado acogedor de esta habitación es evidencia de que sus deseos se cumplieron.

—En efecto, la habitación es muy agradable. —Así que no había sido su papá quien había estado viviendo un estilo de vida opulento en Londres, sino otra amabilidad que el nuevo duque extendía para su estancia, y para sus hermanas cuando llegaran sus presentaciones en sociedad. Qué hombre tan bueno y amable era.

Y apuesto, también.

CAPÍTULO
NUEVE

Rosalind estaba sentada en el salón que daba a la terraza, habiendo desayunado sola aquella mañana. No había señales del duque, a pesar de que el día anterior había prometido que volvería a cenar con ella.

Hojeaba el último número de *La Belle Asemblée* y consideraba qué tipo de vestido de la publicación de moda actual podría favorecerle. Más alta que la mayoría de las mujeres —una giganta, como la había llamado el hijo del reverendo en su pueblo hace varios años—, su estatura la dejaba un poco acomplejada. Ahora, sin embargo, lo consideraba una bendición. El duque era alto. Seguramente Su Excelencia preferiría una esposa más alta...

Al oír voces y risas, se enderezó y se volvió hacia la puerta justo cuando esta se abría. Entró el Duque de Ravensmere, acompañado de una mujer a quien nunca había visto antes.

Lady Rosalind se levantó, su mente corriendo para identificar a la recién llegada. La mujer emanaba un aire de superioridad; su vestido por sí solo mostraba la más fina calidad y la última moda de Londres esta temporada, muy parecido a los que Rosalind había admirado en su revista.

—Lady Rosalind, permítame presentarle a su acompañante para la temporada. Esta es Lady Smithe, pero puede llamarla Vivian —el duque se volvió hacia la mujer a su lado, con una pequeña sonrisa en sus labios—. Por supuesto, solo si le parece bien, mi lady.

Lady Smithe se aferró al brazo del duque, sus dedos apretando la oscura tela de su chaqueta mientras se acercaba aún más. Rosalind observó su interacción y se preguntó si había algo más que amistad entre ellos. ¿Qué tan bien conocía el duque a esta mujer? Notó que Lady Smithe era indudablemente atractiva, con una figura curvilínea y distintivamente femenina, y su sonrisa dirigida al duque era innegablemente hermosa.

Rosalind tragó una oleada de celos que la invadió mientras se comparaba con ambos. Su propio vestido estaba varios años pasado de moda y era demasiado pequeño, especialmente alrededor del busto. Maldijo en silencio a su padre por su incapacidad para cuidar de ellas y dejarlas en tan precario estado.

—Es un placer conocerla, Lady Smithe. Gracias por ofrecerse a guiarme durante mi temporada.

Lady Smithe ignoró el saludo de Rosalind sin mirarla a los ojos, continuando en cambio mirando adorablemente al duque.

—No es molestia. De todas formas, estoy aquí para la temporada. Cuando Su Excelencia me pidió ayuda, ¿cómo podía negarme?

Rosalind asintió.

—¿Le gustaría sentarse para que podamos conocernos mejor?

El duque condujo a Lady Smithe a un sofá cercano donde ambos tomaron asiento.

—¿Cómo se conocen, si me permite preguntar? —inquirió Rosalind mientras se reclinaba en su silla, apretando la publicación contra su pecho, un gesto protector nacido de la incertidumbre hacia la dama frente a ella.

—Mi hermana, la Condesa de Ghent, se casó con el mejor amigo de Ravensmere, el conde, y por eso nos hemos visto inmersos en los mismos círculos sociales durante varios años.

—Qué encantador —Rosalind hizo una pausa, insegura de sus propios sentimientos respecto a su amistad, una cuestión que resolvió meditar más tarde. Por ahora, necesitaba saber más sobre su temporada y lo que implicaría con Lady Smithe como su acompañante—. Nunca he tenido una temporada, lo cual estoy segura de que el duque mencionó. ¿Me recogerá cada día para los eventos a los que debamos asistir? ¿O residirá aquí? Supongo que lo primero, ya que está casada, y no creo que su esposo desee tenerla lejos de su lado.

Lady Smithe se rió, su mano posándose escandalosamente sobre el muslo del duque. Rosalind apartó la mirada del inesperado contacto, ahora más convencida que nunca de que había algo entre la pareja.

—Oh, no, está completamente equivocada, Lady Rosalind. Soy viuda y, por lo tanto, me mudaré a la residencia ducal aquí con usted, y pasaremos la temporada bajo el mismo techo. Creo que tiene mucho más sentido hacerlo de esta manera. Estaremos muy ocupadas: con pruebas para sus vestidos, comprando nuevos zapatos y sombreros, guantes, joyas. Será usted el Diamante de la Temporada después de que haya terminado de pulirla como una joya reluciente.

La idea sonaba maravillosa, y Rosalind esperaba demostrar ser un éxito.

—¿Puedo preguntar, qué edad tiene, querida? —inquirió Lady Smithe, su mirada recorriendo por primera vez el desgastado vestido de Rosalind desde que se sentaron.

—Tengo veintitrés años, mi lady.

—Oh, cielos. Así que tiene mi edad. Bueno, estoy segura de que nos llevaremos muy bien.

Rosalind se sentía conflictuada. La mujer frente a ella —inteligente, segura, atractiva y directa— ya había estado casada y ahora era una viuda acaudalada. Este hecho no hacía nada para aumentar la autoestima de Rosalind, ni creía realmente que fueran a ser amigas. Las palabras de la mujer, aunque esperanzadoras y amables, tenían un timbre de burla en ellas.

—Si hubiera tenido una temporada antes de este año, estoy segura de que habríamos sido amigas —y si su padre no hubiera muerto, quizás ella y sus hermanas aún estarían languideciendo en el campo hasta que estuvieran bien pasadas la edad de casarse, un destino impensable para sus hermanas, que eran jóvenes amables y hermosas. Si tan solo su querida madre hubiera sobrevivido a su padre...

—He organizado un carruaje para ambas hoy, y Lady Smithe ha instruido a su doncella para que empaque sus cosas y se mude a la casa —dijo el duque—. Esta tarde, irán de compras y comenzarán los preparativos para la próxima temporada. Le prometí a Lady Rosalind que le encontraría un esposo amoroso, y eso es lo que haré.

—Es usted demasiado amable, queridísimo duque —comentó Lady Smithe, inclinándose una vez más sobre Su Excelencia de una manera que Rosalind encontró demasiado familiar. La mujer pronto estaría sentada en el regazo del duque si se acercaba más.

—Gracias, Su Excelencia. Espero que tenga razón.

Más tarde esa tarde, tal como lo había dispuesto el duque, un carruaje se detuvo frente a la casa de la ciudad de Londres para llevar a Rosalind y Lady Smithe de compras a Bond Street. En cuestión de minutos, se deslizaban por la concurrida vía hacia una modista de renombre.

Dentro de la tienda, un equipo de asistentes presentó una variedad de muselinas y sedas de colores, diversos cortes y telas entre los que Rosalind podía elegir.

—Tengo el cabello oscuro, y un toque de sol ha bronceado mi tez —observó Rosalind—. Creo que un tono más oscuro de vestido me quedaría mejor, nada de pasteles.

—Tiene razón —respondió Madame Leroy, su marcado acento francés dando un tono refinado a sus palabras—. Se verá hermosa en rojos y azules, y un traje de montar verde sería ideal, creo yo.

—¿Realmente lo cree así? —intervino Lady Smithe, frunciendo el ceño ante los vivos colores expuestos frente a ellas—. Después de todo, usted es una debutante, y no debería vestir tonos brillantes y ricos. Sería mejor elegir tonos pastel; le sentarían mucho mejor.

La modista cruzó la mirada con Rosalind y le ofreció un ligero movimiento de cabeza, transmitiendo silenciosamente su propia preferencia sin palabras.

—Agradezco su opinión, Lady Smithe. Me remitiré a ella en muchas cosas mientras me guía durante la Temporada, pero no puedo llevar colores pálidos y deslavados. Debo causar una impresión si he de atraer a un marido; los caballeros este año no se fijarán en una chica insignificante. Quiero brillar, y en esta ocasión, elegiré los colores que mejor me sienten.

Los labios de Lady Smithe se fruncieron en una línea de desaprobación, y Rosalind esperó en silencio no haberla ofendido. A pesar de sus propias inseguridades, Rosalind deseaba una amistad genuina entre ellas.

—Muy bien, Lady Rosalind —anunció Madame Leroy mientras se dirigía a un armario cercano. Sacó varios volúmenes grandes encuadernados en piel y los colocó sobre la mesa—. Estos son los cortes y estilos de vestidos disponibles este año. Examínelos, y seleccionaremos varios vestidos para prepararla para la Temporada. Se pueden confeccionar más a medida que avance la Temporada.

—Gracias —suspiró Rosalind, apenas pudiendo contener su emoción. La perspectiva de adquirir nuevos vestidos la entusiasmaba, un cambio bienvenido de los vestidos anticuados que habían sido demasiado pequeños o cortos, constantemente remendados a lo largo de los años. Con ansiosa anticipación, se preparó para abrir el tomo y elegir los diseños que la conducirían hacia un audaz nuevo futuro.

CAPÍTULO
DIEZ

Nathaniel se levantó y estrechó la mano de su mayordomo Malcolm antes de indicarle que se sentara. No había visto a Malcolm durante varias semanas, pero ahora que estaba de vuelta en Londres, su mayordomo tenía noticias urgentes que no podían esperar.

—Malcolm, me alegro de verte. ¿Qué es lo que me ha hecho volver del campo con tanta urgencia?

—Su Excelencia, es bueno que esté de vuelta. Sin embargo, este asunto no podía esperar, y debido a su naturaleza delicada, no podía simplemente enviar la información por correspondencia. Tenía que verle en persona para evitar cualquier malentendido.

El semblante agitado de Malcolm puso a Nathaniel en guardia, así que le prestó toda su atención.

—Dígame qué ha sucedido y discutiremos el asunto.

—Por supuesto, Su Excelencia —Malcolm deslizó varios papeles sobre la mesa—. He descubierto, ahora que usted está en Ravensmere, que el difunto duque mantenía una amante a largo plazo en la ciudad, una mujer con la que empezó a verse poco después de que su esposa, la duquesa, falleciera. He sabido que ella vivía aquí con el duque, sin que la sociedad lo supiera. Pero eso no es todo lo que he descubierto.

Nathaniel hojeó los documentos, notando varios certificados de nacimiento.

—¿Qué es todo esto?

—Pues bien, Su Excelencia, el duque tuvo tres hijas con su amante. Por lo que he podido averiguar, la mayor tiene apenas dieciocho años, y las otras dos son gemelas de catorce años. Ahora residen en Cheapside, donde el duque les compró una casa. Contrariamente a los rumores, el duque apreciaba a la amante y a las hijas que ella le dio, a diferencia de sus hijos legítimos, uno de los cuales está ahora en la ciudad para la temporada.

La revelación preocupó profundamente a Nathaniel. Lady Rosalind, un diamante como nunca había visto, corría el riesgo de que su debut en sociedad se arruinara si este escándalo se hacía público. ¿Cómo podría entrar en sociedad sabiendo que su padre había engendrado tres hijos fuera del matrimonio? Su implacable sociedad mancharía no solo su reputación, sino también la de sus hermanas.

—No debemos decir una palabra de esto a nadie —ordenó Nathaniel—. Manténgalo entre nosotros hasta que sepamos si la amante tiene intención de buscar más compensación monetaria como amante del duque. Si les compró una casa, es muy probable que les dejara una asignación en su testamento, aunque no recuerdo que se mencionara durante la lectura.

—Ese es precisamente el problema, Su Excelencia. Hablé con el abogado del difunto duque, y parece que esencialmente tenía dos partes en su testamento: una para ser leída ante sus hijos

legítimos y otra para los ilegítimos —Malcolm hizo una pausa—. En efecto, ordenó que solo ciertas secciones de su testamento fueran leídas a cada rama de su familia. El hombre era verdaderamente despreciable.

—¿Así que Lady Rosalind y sus hermanas no saben nada de los otros que viven aquí en Londres?

—Creo que ese es el caso, Su Excelencia.

—¿Y qué hay de los hermanos ilegítimos? Deben saber que el duque tenía otra familia en el campo y que era viudo. ¿Cree usted que la amante causará algún problema a Lady Rosalind y sus hermanas durante la temporada o en el futuro?

—Eso no lo puedo decir, Su Excelencia, aunque espero que no. Quizás deberíamos considerar ofrecer una suma que mantenga a la amante satisfecha y callada mientras Lady Rosalind encuentra marido. No es que necesariamente vaya a buscar una audiencia con usted, pero debemos estar preparados si lo hace.

—Creo que es una idea prudente. Contemplaré una suma y la tendré lista en caso de que necesitemos actuar rápidamente. Uno nunca sabe de qué son capaces las antiguas amantes, especialmente si creen que sus hijas han sido menospreciadas.

Un silencio cayó sobre la habitación antes de que Malcolm continuara.

—También hay un rumor entre el personal de que la opulencia de la casa se atribuye a usted, Su Excelencia. Muchos de los empleados aquí son nuevos, aparte del mayordomo y el ama de llaves. Todos se fueron cuando el duque falleció, inciertos sobre su futuro empleo. Pero los que han sido contratados desde entonces están atribuyendo la remodelación de la casa a su patrocinio.

—¿Y por qué es eso una preocupación? Deje que crean lo que quieran —Nathaniel lo consideró trivial. Importaba poco quién había remodelado la casa.

—Sin embargo, Lady Rosalind ahora cree que las mejoras en las condiciones de vida fueron a su costa, lo cual no es el caso. Fueron ordenadas por el difunto duque, que quería que su amante y las hijas que ella le dio vivieran en el lujo que él creía que merecían.

Nathaniel asimiló estas palabras, recordando el estado destartalado de la finca en el campo: cortinas rasgadas, alfombras gastadas y habitaciones sin usar llenas de telarañas. En cuanto a la ropa de los niños, el duque no les había hecho ningún favor al permitirles vivir en la miseria. Si Lady Rosalind descubriera que su padre los despreciaba aún más de lo que ella sospechaba, seguramente se le rompería el corazón.

—La habitación que ocupa Lady Rosalind arriba, ¿de quién era antes del fallecimiento del duque? Debo saber dónde colocaba sus prioridades el difunto duque.

—Esa era la habitación de su hija ilegítima mayor. El azul era su color favorito, y por lo que he sabido, también era el del duque.

Nathaniel se reclinó, frotándose la mandíbula mientras la barba incipiente le picaba en la palma. Una profunda tristeza se apoderó de él; las hijas del duque merecían mucho más. Cuánto lo sentía por todas ellas.

La puerta principal se abrió y se oyeron voces en el vestíbulo. A través de su despacho, Nathaniel vio entrar a Lady Rosalind y Lady Smithe, acompañadas por varios lacayos que llevaban numerosas cajas de sus compras. Se levantó y salió de su habitación, sonriendo al notar la cantidad de compras que Lady Rosalind había hecho para la temporada.

—Oh, Su Excelencia, qué bueno que haya venido a ver. Mire todo lo que hemos comprado para nuestra querida Lady Rosalind —Lady Smithe señaló las muchas cajas, demasiadas para contar.

—Así que su primera expedición de compras fue un éxito, por lo que parece. ¿Consiguieron adquirir todo lo que esperaban para comenzar la temporada?

Lady Rosalind ofreció un silencioso asentimiento y una agradable sonrisa.

—Eso creo, Su Excelencia. Gracias de nuevo por atender mis necesidades —Hizo una breve reverencia—. Si me disculpa, debo escribir cartas a mis hermanas. Deseo que las misivas sean enviadas hoy.

Lady Smithe se colocó junto a Nathaniel.

—Por supuesto, querida. Te veré en el almuerzo.

—Muy bien —respondió Lady Rosalind mientras subía las escaleras.

Nathaniel la observó por un momento, con una inquietud que le recorría la espina dorsal.

—¿Está todo bien entre usted y Lady Rosalind? Pensé que estaría mucho más feliz con sus compras de hoy de lo que parece.

Lady Smithe suspiró, con preocupación grabada en sus facciones. —Le sugerí, durante la selección de materiales para sus nuevos vestidos, que eligiera colores más apropiados para una debutante. Me temo que puedo haber herido sus sentimientos. Lady Rosalind deseaba tonos más ricos, pero la contradije, optando por pasteles en su lugar. Me preocupa haberla decepcionado.

Los vestidos de colores pastel podrían parecer apropiados, sin embargo, Nathaniel creía que no favorecerían a su pupila. Con su cabello oscuro y tez besada por el sol, los tonos más profundos le sentarían mejor. Resaltarían el color de sus ojos. Era una mujer impresionante, y esos tonos realzarían su belleza natural, incluso él como hombre sabía eso.

—¿Así que Lady Rosalind está disgustada? —observó, desagradándole la idea de que Rosalind se sintiera desanimada en lo que debería ser una ocasión alegre y liberadora.

—Sí, lo está, pero confíe en que tengo sus mejores intereses en mente, Excelencia.

Nathaniel esperaba fervientemente que esto fuera cierto. —Por supuesto. Nunca lo dudé.

CAPÍTULO
ONCE

Más tarde esa tarde llegó una carta y, después de lo que debería haber sido un emocionante día de compras —sumado a una misiva de sus hermanas—, Rosalind se encontró sumida en la melancolía. Había esperado con ansias la temporada, soñando con encontrar a un caballero cuyo carácter y creencias se alinearan con los suyos. Ahora, sin embargo, dudaba que alguien se sintiera atraído por ella.

Los vestidos, aunque cortados según la última moda, venían en tonos espantosos que la hacían lucir pálida y enfermiza. Por más que intentó persuadir a Lady Smithe de que ella sabía lo que mejor le sentaba, su señoría se negó a alterar las directivas, firmemente convencida de que sus elecciones eran ideales y las de Rosalind no lo eran.

Buscando soledad, Rosalind se escabulló bajo un sauce llorón, ocultándose del personal y del duque en caso de que alguien la estuviera buscando. No podía soportar que nadie la viera tan afligida. La perspectiva de que Lady Smithe se mudara con ellos solo aumentaba su consternación: una mujer de tan refinado gusto debería haber estado de acuerdo en que los tonos pastel no le sentaban en absoluto a su tez. ¿Por qué insistir en colores tan horribles?

—Rosalind, ¿eres tú la que está ahí?

El timbre profundo de la voz del duque la sacó de su melancólica ensoñación.

—Sí, soy yo. Pensé en dar un paseo por los jardines antes de la cena.

El duque se agachó bajo las ramas bajas y se unió a ella.

—Creí verte salir de la terraza, y como Lady Smithe no llega hasta mañana, supuse que habías escapado de la casa para tener un momento de tranquilidad —hizo una pausa, observándola de cerca. ¿Acaso percibía la ausencia de su alegría habitual?

—¿Qué sucede? —preguntó mientras la guiaba a un banco de hierro en la base del árbol. Una vez sentados, tomó su mano, su pulgar acariciando distraídamente la parte superior de sus dedos —. No has sido tú misma desde que regresaste de las compras. ¿El día no fue como esperabas?

Rosalind no podía mentir. Se habían hecho amigos, y él había hecho tanto por ella. Dividida entre la obligación y la desesperación, se sintió impulsada a confesar su decepción.

—Aunque me encantan los vestidos encargados hoy, no son de mi agrado. No me sientan bien los colores pastel en los que Lady Smithe insiste que son los mejores. Tengo veintitrés años —apenas unos pocos menos que usted—, sin embargo, se espera que me vista como una niña para mi debut. No tiene sentido, y estoy profundamente decepcionada.

La mirada del duque se suavizó.

—No importa lo que uses, Rosalind, pocos hombres dejarían de verte como el diamante que eres. Eres agradable y, aunque no debería decir esto como tu tutor, absolutamente impresionante. Los hombres acudirán en masa a ti, ya sea que vistas de rosa pastel o azul real.

La visión de Rosalind se nubló ante sus dulces palabras. Él era tan amable y apuesto, y su estómago se anudó cuando gentilmente limpió una lágrima de su mejilla antes de acunar su rostro. No pudo apartar la mirada mientras él la observaba intensamente, su cabeza inclinada hacia la de ella. La idea de recibir su primer beso del hombre que había llegado a admirar parecía un sueño hecho realidad. Sin embargo, sabía que no debía: era su deber como tutor, y ella, su pupila, ser guiada a través de la temporada.

Aun así, Rosalind humedeció sus labios secos y se inclinó hacia él, repentinamente consciente de que su mano lo había alcanzado, aferrándose a las solapas de su abrigo de paño fino.

—Eres tan hermosa. Serás cortejada y te propondrán matrimonio antes de que puedas hacer algo para evitarlo.

Ella asintió, aunque la idea del matrimonio en ese momento importaba poco. Todo lo que deseaba era besar al hombre frente a ella, un hombre que hacía que su estómago diera un vuelco, que su piel hormigueara y que enviaba un calor acumulándose entre sus piernas de una manera que nunca había experimentado. Anhelaba esa emoción cada vez que estuviera con un hombre, pero sabía que a partir de esa noche, solo sería con el duque.

Su mano se deslizó por su mandíbula mientras inclinaba su rostro hacia arriba para encontrarse con el suyo.

—Dime que me detenga, Rosalind. Me muero por besarte, y no debería.

—¿Por qué no deberías? No estamos tan separados en edad como para que sea incorrecto. Solo eres tres años mayor. Un beso no lastima a nadie, ¿verdad?

—Soy tu tutor —presionó su frente contra la de ella, resistiendo el impulso que pulsaba entre ellos como un escudo invisible.

—No me importa quién seas, pero si no me besas aquí y ahora bajo este sauce llorón, dejaré de existir.

Su boca se curvó en una sonrisa traviesa mientras ella apretaba su agarre sobre él, acercándolo más.

—Bésame, Duque. Sé mi primero si estás decidido a no ser mi último.

Él gruñó, sus ojos oscureciéndose de hambre, y rompió la barrera entre ellos con un beso. Al principio, sus labios rozaron los de ella suavemente y la invitaron. Rosalind se deleitó en su tierno contacto: su beso suave y ansioso la instaba a seguir su ejemplo, a sumergirse de cabeza en lo desconocido y saborear la caída. Ella separó sus labios para él, cediendo al beso como ambos deseaban. Su lengua provocó la de ella, y gimió, incapaz de ahogar el sonido. Su beso envió una oleada de deseo corriendo por sus venas, y ella se acercó más, anhelando más, deseando sentir sus manos más allá de su mejilla.

Él la atrajo a sus brazos, y toda ternura dio paso a medida que el beso se volvió salvaje, hambriento y lascivo. Rosalind trató de igualar la urgencia del beso de Nathaniel, pero su mente giraba y su cuerpo ardía de anhelo. Quería más, mucho más.

Sus besos se deslizaron por su mandíbula y cuello. Juguetonamente mordió su lóbulo de la oreja, haciéndola estremecer.

—Eres perverso, Nathaniel.

Su risa retumbante llevaba una advertencia que debería haber escuchado, pero la ignoró.

—No tienes idea, Rosalind —hizo una pausa, besando el hueco de su cuello antes de moverse a lo largo de su omóplato. Su mano se deslizó sobre su pecho, y ella se presionó más en su abrazo. Él la amasó allí, su pulgar e índice provocando su pezón bajo el vestido. Una descarga de sensación se disparó a su centro, y ella cruzó las piernas en un intento fútil de aliviar el dolor

que él provocaba.

—De todas las cosas que quiero hacerte... soy un canalla, un libertino que debería ser fusilado por besarte ahora. Deberías detenerme.

—No quiero detenerte. Todo lo contrario, de hecho —le agarró la mandíbula y lo atrajo de nuevo para otro beso, necesitando sentirlo, deleitarse en sus besos salvajes y desenfrenados que la hacían sentir tan viva. Por primera vez en su vida, se sentía verdaderamente viva, amada y deseada.

—Tus besos son perversos.

—Lo son, y no debería estar haciendo esto. No deberíamos estar haciendo esto —se liberó de su agarre y se puso de pie, paseando por el banco frente a ella. Pasándose una mano por el pelo revuelto, parecía aún más apuesto: desaliñado, como si lo hubieran besado hasta el límite de su vida. Ella esperaba haber tenido el mismo efecto en él.

Rosalind se sentía transformada, como si su vida se hubiera abierto de repente a nuevas posibilidades y experiencias que anhelaba explorar.

—Y si deseo más de estos besos en el jardín, ¿cederás y me darás lo que quiero?

Él la miró fijamente, su mirada cayendo sobre sus labios. Ella lo observó, esperando que pudiera leer el deseo escrito en su rostro.

—Eres mi pupila. Solo estoy aquí para guiarte durante la Temporada, nada más.

—Para eso tengo a Lady Smithe.

—No seas una minina provocadora. No te queda bien.

Ella se encogió de hombros, sin preocuparse por su amonestación.

—Puede que estés equivocado, Excelencia. Quizás me quede muy bien.

CAPÍTULO
DOCE

Nathaniel caminaba de un lado a otro, su mente atormentada por la última mirada de Rosalind: una mirada que prometía más, aun cuando su deber exigía moderación. Sus labios, aún hinchados por sus besos anteriores, y sus mejillas, sonrojadas por el deseo persistente, lo invitaban a dejar de lado toda precaución. Sin embargo, no podía permitirse caer en esa tentación de nuevo.

—Lo siento, Rosalind, pero no podemos volver a hacer esto. Asumo toda la responsabilidad por mi falta de decoro y autocontrol. Por favor, perdóneme. Buenas noches.

Con esas palabras, la dejó bajo las ramas protectoras, cada paso hacia la casa cargado con el conocimiento de que no debía desviarse del camino de la propiedad. Él era su tutor, se esperaba que la guiara y protegiera, no que sucumbiera a sus impulsos carnales, incluso si estos amenazaban con abrumarlo.

Mientras subía las escaleras de la terraza, Nathaniel se ajustó los pantalones, dolorosamente consciente de la palpitante evidencia de su deseo. El santuario de su dormitorio en la recién ensamblada residencia ducal de Mayfair ofrecía un refugio temporal. Cerró y aseguró la puerta tras de sí, reconfortado por el silencio y la penumbra de la habitación, donde las pesadas cortinas y un par de velas parpadeantes proyectaban formas danzantes en las paredes.

Nathaniel se quitó la ropa con prisa decidida, desesperado por liberar la tensión que pulsaba a través de él. Aunque podría haber buscado escape en los brazos de una cortesana en un establecimiento cercano, el recuerdo de los suaves labios de Rosalind y su calidez persistente lo perseguía con demasiada viveza. En su lugar, se paró frente al fuego rugiente, su mente una tempestad de pensamientos prohibidos. Su mano encontró el camino hacia su miembro excitado, y se permitió una breve e ilícita indulgencia, imaginando a Rosalind de rodillas ante él, su delicada boca y lengua juguetona llevándolo al límite.

La fantasía era tan vívida como condenatoria; gimió suavemente mientras se complacía, la imagen de su belleza y deseo mezclándose con el calor de las llamas hasta que finalmente liberó su necesidad contenida. Durante varios largos minutos, permaneció allí, atrapado entre la vergüenza y el anhelo, antes de finalmente dirigirse a la jofaina para limpiarse la evidencia de su debilidad.

Su cama lo llamaba. Vestido solo con la vulnerabilidad de su piel desnuda —un hábito nacido de los sofocantes veranos de su juventud— se metió en ella, aunque incluso ahora sus pensamientos lo traicionaban. La imagen de Rosalind uniéndose a él en su cama envió un escalofrío de anticipación por su cuerpo, una emoción prohibida que sabía que nunca debía permitir que se hiciera realidad.

Nathaniel logró evitar a Rosalind hasta la tarde siguiente. Cuando ella regresó de su

expedición de compras con Lady Smithe, él ya se dirigía a su club, ansioso por escapar del opresivo aroma a jazmín que se aferraba a su ropa, un recuerdo inquietante de su momento robado bajo el sauce.

—Su Excelencia, ¿se marcha usted? Esperábamos cenar con usted esta noche, pues es mi primera noche viviendo aquí con todos ustedes. Qué tiempo tan alegre tendremos esta temporada. No creo haber estado nunca tan emocionada, ni siquiera en mi propio debut —la voz de Lady Smithe resonó, alegre y brillante, entre Rosalind y él. Pero el corazón de Nathaniel estaba pesado. La presencia de Lady Smithe bajo el mismo techo significaba menos momentos a solas con Rosalind, un pensamiento que debería haber sido un consuelo, pero que en cambio lo llenaba de un profundo y amargo arrepentimiento.

Forzó su mirada lejos de los hermosos ojos azules de Rosalind, que parecían contener un anhelo tácito que no se atrevía a encontrar. La promesa que se había hecho a sí mismo —que ella estaba fuera de límites— resonaba en su mente.

—Desafortunadamente, estoy muy ocupado hasta que comience la temporada, pero, por supuesto, las escoltaré a ambas al baile de Lord y Lady Coke —anunció.

—¿No deberíamos organizar nuestro propio baile de presentación para Rosalind antes de que la temporada comience en serio? —sugirió Lady Smithe, su tono ligero pero insistente—. Es lo apropiado. Podemos invitar a los caballeros más influyentes y respetables, asegurando que ella haga un buen partido sin demora.

—No elegiré un esposo para Lady Rosalind sin conocer primero sus req... —comenzó.

—Sí, sí —interrumpió Lady Smithe, volviéndose hacia Rosalind—. Por supuesto, querida, tendrás la última palabra en la elección, pero los hombres en tu baile serán elegibles, ricos y adecuados para la hija de un duque, aunque seas un poco ruda en los bordes. Con algo de orientación, brillarás como una estrella en el cielo nocturno, no perdida como tantas otras flores de pared.

Nathaniel miró a Lady Smithe con incertidumbre. Aunque Rosalind podría ser menos pulida que algunas, estaba lejos de ser tonta. Era lo suficientemente inteligente como para navegar por las sutiles señales de la alta sociedad. Su belleza y la generosa dote que él había arreglado para ella y sus hermanas lo hacían confiar en sus perspectivas, incluso si el caprichoso *ton* valoraba un rostro bonito por encima de todo.

Aun así, no podía encontrarse con los ojos de Rosalind, temeroso de que su anhelo compartido pudiera desenredar la determinación que había forjado con tanto esfuerzo.

—Podemos organizar un baile de presentación, ciertamente. Haga los arreglos, Lady Smithe —tomando su abrigo y sombrero de un lacayo que esperaba, se preparó para partir—. Que tengan un buen día ambas.

Pero cuando llegó al umbral, su mirada se deslizó hacia Rosalind. Sus delicadas facciones lo golpearon como un puñetazo; sus ojos, llenos de anhelo y esperanza, casi destrozaron su determinación. Por un breve y agonizante momento, anheló correr hacia ella, tomarla en sus brazos y besarla una vez más. Ver por sí mismo si lo que habían compartido bajo el sauce era real.

—Qué día tan maravilloso ha resultado ser, un baile para preparar. Estaré aún más ocupada, organizando invitaciones sin demora —declaró Lady Smithe mientras subía las escaleras con Rosalind siguiéndola, aunque no sin lanzar una última mirada prolongada en su dirección.

Nathaniel se obligó a alejarse, partiendo hacia su club y el relativo anonimato de la sala de brandy en el piso superior de Whites. Allí, se desplomó en un sillón de cuero, mirando hacia St. James Street mientras las conversaciones de los caballeros flotaban a su alrededor. Un lacayo

pronto le sirvió una copa de brandy, que bebió lentamente para fortalecer su determinación mientras se sumía en el tormento de su propia creación.

—¡Ravensmere! —La voz de su buen amigo, Cameron, el Marqués de Issacs, rompió su silencio melancólico. El marqués se unió a él, haciendo un gesto para que le rellenaran su propio vaso de whisky.

—Permíteme ser uno de los primeros en felicitarte por tu golpe de suerte. Un título ducal no se obtiene todos los días —dijo su amigo calurosamente.

Nathaniel alzó su copa en señal de saludo. —Os lo agradezco, amigo mío, pero no está exento de problemas.

Lord Issacs se rio entre dientes, acomodándose en su silla. —¿Qué dificultad puede haber cuando uno hereda una de las fincas rurales más hermosas de Inglaterra y una de las casas londinenses más grandiosas jamás construidas?

Todo eso era cierto, pero nada se comparaba con el problema personal que había acaparado los pensamientos de Nathaniel desde la tarde anterior.

—La finca vino con seis pupilas. Me encuentro siendo el tutor de seis mujeres, cada una requiriendo una temporada. Temo que seré un anciano antes de haberlas casado a todas.

El marqués silbó y se echó a reír. —¿Alguna de ellas es bonita?

Nathaniel negó con la cabeza. —¿Bonita? Una es increíblemente hermosa y amable. Una combinación de lo más problemática. —Suspiró, sabiendo que a pesar de sus mejores intenciones, las complejidades del deber y el deseo pesarían sobre él durante los días venideros.

Incluso cuando el brandy calentaba sus venas, se preguntaba si algún hombre podría realmente escapar de la atracción de la pasión. Maldijo para sus adentros, conociendo la verdad de esa respuesta. Estaba condenado al fracaso.

CAPÍTULO
TRECE

Durante los días siguientes, demasiados para contarlos, Rosalind rara vez vio al duque. Cada vez que lograba atisbarle por la casa, él desviaba la mirada, escondiéndose en su despacho o escabulléndose por la puerta. La cálida camaradería que había comenzado a formarse antes de su apasionado beso bajo el sauce se había convertido en un recuerdo lejano y agridulce.

Cómo lamentaba ese beso. Anhelaba en su lugar su amistad, las palabras suaves y alentadoras que una vez prometieron orientación para la temporada y su baile de presentación, un baile que había cobrado vida propia, gracias en gran parte a Lady Smithe. Más que nada, Rosalind echaba de menos sus conversaciones. Necesitaba hablar con él, asegurarle que nunca más arriesgaría tal transgresión, y suplicarle que restaurara su amistad. Después de todo, él era su tutor, su único vínculo familiar aquí en Londres, y en ese papel, lo necesitaba ahora más que nunca.

Rosalind estaba sentada frente al espejo de su tocador preparándose para su baile de presentación. Contempló la visión que su doncella había creado, para un debut que anunciaría su entrada en la sociedad destinada a dar forma a su vida. El reflejo que encontraron sus ojos era casi irreconocible. Una vez, había sido la hija campestre de un duque, vestida con prendas una talla demasiado pequeñas y vestidos que estaban años fuera de moda. Una chica que no llevaba más que una simple cinta para sujetar su cabello.

Ahora, sin embargo, la mujer que le devolvía la mirada era una extraña, una creación refinada moldeada según los exigentes estándares de la sociedad. El vestido, de un suntuoso rosa intenso que desafiaba cualquier noción de pasteles, la transformaba por completo. En ese momento, resolvió silenciosamente agradecer a Lady Smithe por su cambio de opinión respecto al vestido. Cuando su doncella le había mostrado el vestido por primera vez, Rosalind apenas podía creer lo que veían sus ojos, recordando cómo se esperaba que vistiera un color deslavado. Pero este vestido —con su corpiño de corte imperio, delicadas mangas abullonadas que descansaban graciosamente sobre sus hombros, y un ajuste que acentuaba curvas que nunca había imaginado que fueran suyas— le hizo cuestionarse quién era realmente.

Una voz suave desde detrás del espejo declaró:

—Se ve absolutamente hermosa, Lady Rosalind. No habrá caballero presente que no caiga a sus pies, tan encantadora está usted esta noche —su doncella, habiendo asegurado el último alfiler de diamantes en el cabello de Rosalind, dio un paso atrás con una sonrisa orgullosa—. Creo que me he superado a mí misma esta noche. Qué deliciosa se ve, mi lady.

Rosalind le devolvió la sonrisa.

—Gracias, Mary. Has superado mis expectativas. No sé cómo agradecértelo lo suficiente.

Con una suave risa, la doncella desestimó el cumplido.

—Es mi placer. Solo deseo la felicidad de usted y sus hermanas; no merecen nada menos.

La puerta de su habitación se abrió de golpe, y entró Lady Smithe, resplandeciente en un vestido de seda azul real y un exquisito tocado adornado con una sola y artística pluma, una declaración que pocos podrían pasar por alto.

Sus pasos vacilaron, y la sonrisa en su rostro se desvaneció al ver el vestido de Rosalind.

—¿Qué está usted vistiendo? ¡Ese no es el vestido que se encargó para esta noche! —Lady Smithe se acercó a zancadas, levantando a Rosalind de su asiento por la fuerza. Inspeccionó el vestido como si fuera una criatura repugnante que necesitara ser exterminada—. Debe cambiarse. Esto no es lo que encargamos —su tono era bajo y amenazador. Por un momento, Rosalind se preparó para que su señoría pisoteara con su zapatilla—. Tendré unas palabras con la modista. Cómo se atreve a ir en contra de mis deseos y producir algo tan absolutamente inaceptable... haré que el duque se niegue a pagarlo.

Rosalind extendió la mano, suplicando:

—Oh, por favor, no haga eso, Lady Smithe —su toque fue bruscamente apartado—. Amo tanto este vestido, mi lady. Pensé que usted había cambiado de opinión sobre lo que debía vestir... —hizo una pausa, insegura de qué debería decir o hacer—. Como ya estoy vestida, hasta los zapatos, y el baile está a punto de comenzar, tal vez pueda quedarme vestida como estoy. Si me cambiara ahora, llegaría tarde a mi propio baile de presentación. Además, este es el único vestido que se entregó hoy. No tengo nada más que ponerme.

Con poca paciencia para las protestas, Lady Smithe refunfuñó entre dientes.

—Tú —le dijo a la doncella de Rosalind—. Ve a mi guardarropa y elige el vestido más adecuado para una debutante, un vestido en tonos pastel. ¡Ahora, ve!

Toda esperanza de una velada exitosa se evaporó cuando Lady Smithe agarró a Rosalind por los hombros, girándola a la fuerza y desabrochando el vestido por la espalda.

—¡No puedo creer que la modista me haya traicionado así! Te ves positivamente desaliñada en este vestido. ¿Qué pensará la gente si te ve en público con un color tan desagradable? —espetó.

Las lágrimas nublaron la visión de Rosalind, antes de que ayudara a quitarse el vestido, viendo cómo era arrojado descuidadamente sobre la cama como un pedazo de tela sucia.

—No creo que el vestido sea tan terrible para una debutante. Quizás la modista simplemente olvidó la conversación sobre cambiar los colores —lo último que Rosalind quería era que la modista fuera perjudicada por la ira de Lady Smithe.

Lady Smithe, sin embargo, era inflexible.

—Tendré su cabeza y su negocio antes del cierre de mañana por este error.

Rosalind se marchitó interiormente como la flor de pared que había esperado no convertirse cuando su doncella regresó con un vestido color melocotón pastel, un diseño del año pasado estropeado por una horrible mancha cerca del corpiño.

—No puedo usar eso, Lady Smithe. Hay una mancha en la muselina, ¿no la ve? Seré ridiculizada en la sociedad por debutar con semejante vestido.

Lady Smithe desestimó sus preocupaciones con un gesto brusco.

—No sea ridícula, Rosalind. El vestido servirá perfectamente.

Sin alternativa, Rosalind se metió en el vestido y, con la ayuda de su doncella, se lo puso sobre la ropa interior. Cuando se vio reflejada en el espejo, la desesperación amenazó con abrumarla. La imagen esperanzadora de su debut se desvaneció, reemplazada por la visión de una huérfana sin color que necesitaba alimento y luz solar. Sin embargo, mientras su doncella

abrochaba el vestido por la espalda y se aseguraba de que cada detalle estuviera en orden, Rosalind reunió su determinación.

El duque no había escatimado en gastos para su baile de presentación —aunque ya no le hablara como antes— se había cumplido con cada requisito especificado por Lady Smithe para la noche.

—Ahí está, eso está mucho mejor y es totalmente apropiado para su edad —declaró su señoría.

Rosalind entrecerró los ojos, disgustada porque su señoría siguiera comentando sobre su edad.

—Ambas tenemos veintitrés años, mi lady, y usted lleva un vestido azul real. No creo que lo que llevaba puesto hubiera causado que se levantara ninguna ceja.

—Tsk, tsk, tsk, querida —espetó Lady Smithe—. No toleraremos ningún mohín. Estoy mucho más versada que usted en el arte de la sociedad, incluso aquellos considerados pasados de moda. —Con una última sonrisa poco amistosa, añadió—: Ahora venga, debemos hacer su debut abajo. Los invitados llegarán pronto.

Con el corazón apesadumbrado y una resolución temblorosa, Rosalind siguió a Lady Smithe fuera de su habitación y hacia las escaleras.

Su estómago se retorció mientras descendía, pues sus ojos captaron la visión del duque. Él estaba de espaldas, enfrascado en una conversación con un caballero desconocido, quizás un invitado que había llegado temprano. Su espalda fuerte y hombros anchos hicieron que su corazón aleteara, y apretó los puños a los costados, luchando contra el impulso de acercarse a él. Desde aquel beso fatídico bajo el sauce —un beso que había despertado en ella un anhelo tan intenso que no podía olvidar su dulzura— había probado la posibilidad del amor. Y lo había adorado. Sin embargo, ahora, endureciendo sus facciones ante sus habituales respuestas cortantes, se preparaba para la fría indiferencia que había reemplazado sus otrora cálidos intercambios.

El duque se giró cuando Lady Smithe se unió a él, y después de intercambiar unas palabras, su mirada se encontró con la de Rosalind. En ese momento, se le cortó la respiración y su piel se erizó. ¿Cómo iba a permanecer indiferente ante él? Una batalla imposible que perdería.

Un ceño fruncido arrugó su frente mientras su atención se desviaba para escrutar su vestido. Rosalind se tragó su decepción. Si el duque apenas podía ocultar su desdén por su vestido, pocos otros se abstendrían de hacerlo. La noche, ya cargada de inseguridad, parecía condenada al fracaso, y ahora estaba segura de ello.

CAPÍTULO
CATORCE

Ese vestido ciertamente no era lo que él había encargado a la modista para Lady Rosalind.

Nathaniel no podía apartar la mirada del atuendo atroz que se ajustaba a su figura. El vestido color melocotón no favorecía en absoluto su tez. De hecho, no resaltaba el azul luminoso de sus ojos y, de alguna manera, la hacía parecer pálida y enfermiza, una apariencia totalmente impropia de la joven vibrante que realmente era.

Rosalind ofreció una sonrisa cortés mientras se acercaba a él y a Lord Issacs, quien había llegado temprano, quizás buscando el mejor asiento en la sala para evitar a las casamenteras entrometidas. Hizo una reverencia, y Nathaniel pudo ver la tensión nerviosa en su postura. ¿Nacía su aprensión del recuerdo de su beso imprudente bajo el sauce, o acaso percibía su propio descontento con el vestido?

—Se ve hermosa, Lady Rosalind. ¿Está lista para enfrentar al *ton*? —preguntó Nathaniel, extendiendo su brazo para guiarla al salón de baile.

—Por supuesto, gracias, Excelencia. Por todo.

Su voz era suave, pero Nathaniel ansiaba preguntar más: por qué no llevaba uno de sus vestidos nuevos, por qué este vestido la dejaba tan vulnerable. Durante los últimos días, había anhelado cada oportunidad de estar cerca de ella, cada vislumbre suyo era como un trago refrescante después de una larga y ardua cabalgata.

Sin embargo, el deber lo constreñía. Era su tutor, y no había escatimado en gastos para asegurar que solo caballeros de carácter y riqueza impecables asistieran a su baile de presentación. Necesitaba que ella fuera feliz y estuviera segura, incluso si eso significaba mantenerse a distancia, lejos de cualquier tentación que pudiera impulsarlo a acorralarla en una habitación oscura y comprobar si la chispa de su beso podría encender un fuego incontrolable. Sospechaba que así sería.

Entraron al salón de baile, y en el transcurso de una hora, cientos de invitados se reunieron, cada uno ofreciendo felicitaciones por una temporada exitosa. Rosalind soportaba las cargas de su papel como anfitriona con gracia, pero no pasó mucho tiempo antes de que Lord Felton —un refinado conde de Kent, en quien Nathaniel tenía grandes esperanzas como posible pretendiente para Rosalind— se la llevara a bailar. Lord Felton era de edad madura, adinerado y, según muchos, apuesto; un caballero cuyo amor por el campo Nathaniel creía que podría atraer sus sensibilidades.

Mientras Nathaniel observaba a Lord Felton hacer girar a Rosalind por la pista de baile, sintió el calor intrusivo de la mano de Lady Smithe deslizarse por su brazo. Sus ojos, calculadores y agudos, seguían a Rosalind como si la joven debutante fuera su propia posesión preciada. Nathaniel, consciente de que ni Lady Smithe ni Rosalind eran su esposa, se liberó

discretamente del agarre de Lady Smithe, colocando una distancia medida entre ellos.

—El vestido no es lo que esperaba que Lady Rosalind llevara esta noche —murmuró sombríamente mientras observaba la escena—. Este está manchado, y su color no la favorece en absoluto. —Sus ojos seguían a Rosalind y, por más que lo intentara, no podía apartar la mirada. Un lacayo pasó con una bandeja de vino, y él aceptó una copa, tomando un sorbo muy necesario mientras la observaba reír y conversar con su admirador.

—Oh, sí, hubo un error en la modista. Encargué un vestido de baile lila pastel, pero entregaron un vestido del rosa más intenso que he visto jamás. Hice que Rosalind se cambiara antes de que bajáramos; no puede ser vista con un color tan arriesgado. Su temporada habría terminado antes de comenzar.

La irritación recorrió a Nathaniel mientras terminaba su bebida y la dejaba sobre una repisa cercana. —Entonces, ¿de quién es ese vestido que lleva? Apenas le ajusta y está manchado. Quien haya considerado apropiado ese vestido debe ser responsabilizado. —Lanzó una mirada penetrante hacia Lady Smithe, notando con una sombría satisfacción que su expresión era contrita. Sabía perfectamente quién había forzado el cambio que dejó a Rosalind con este vestido inadecuado. Lady Smithe, al parecer, no estaba resultando ser la mejor acompañante para su pupila.

—Es solo una pequeña mancha, Excelencia —se defendió suavemente—. Nadie le prestará mucha atención. Lady Rosalind es hermosa y agradable; los hombres preferirán una conversación interesante a cualquier cosa relacionada con su atuendo esta noche.

Nathaniel arqueó las cejas, poco convencido, pero sin deseos de permitir que Lady Smithe arruinara el baile de presentación o la temporada de Rosalind. —Enviaré un mensaje a la modista para que de ahora en adelante los vestidos se confeccionen en los colores elegidos por Lady Rosalind. Tiene veintitrés años. No podemos tratarla como si fuera una niña de dieciocho. No desafíe mis deseos por segunda vez, mi lady, o me veré obligado a reemplazarla como su acompañante por el resto de la temporada.

—Oh, no, Excelencia —respondió Lady Smithe, su tono teñido de frustración—. El vestido de la modista no le ajustaba bien en el busto, y tuve que conseguir otro apresuradamente. Aunque pueda no estar completamente de acuerdo con permitir que Lady Rosalind elija sus propios colores para el vestido de una debutante, por supuesto, acataré sus reglas. Cualquier vestido que se entregue en los próximos días será usado, puede estar seguro de ello.

—Eso espero —murmuró Nathaniel con amargura—. Porque el vestido que lleva esta noche parece diseñado para arruinar sus oportunidades.

Los ojos de Lady Smithe se agrandaron, sus mejillas se sonrojaron mientras las palabras de Nathaniel la herían profundamente. Supo entonces que sus acciones habían sido deliberadas, un acto calculado para menoscabar a Rosalind. —Es demasiado hermosa para que sus perspectivas se arruinen —replicó Lady Smithe con desdén, aunque evitó su mirada—. Mírela en los brazos de Lord Felton; parecen flotar en perfecta armonía. Me atrevo a decir que solo será cuestión de semanas antes de que la arrebaten con una propuesta, retirándola del mercado matrimonial.

Un escalofrío recorrió la espalda de Nathaniel ante la idea. Se encogió de hombros, perturbado por la idea de Rosalind, su apreciada pupila, casándose y viviendo en la casa de otro hombre, ya fuera en Londres o en el campo. La noción de que calentara la cama de otro hombre le revolvía el estómago. —No apresuraré a Lady Rosalind, ni usted lo hará —declaró con firmeza—. Ella debe elegir por sí misma cuando encuentre a un caballero que la ame tan entrañablemente como merece.

—Oh, por supuesto, Excelencia. No desearía nada menos para nuestra querida protegida —

respondió Lady Smithe, su tono dulce pero insincero a oídos de Nathaniel. Debatió interiormente si debería haberla contratado para la temporada. Recientemente viuda, Lady Smithe parecía perfecta como acompañante. Sin embargo, ahora su comportamiento le parecía inquietantemente malicioso. Había algo en su manera de tratar a Rosalind que le ponía los nervios de punta.

Cuando terminó el baile, Lord Felton devolvió a Rosalind a su lado. Ella ofreció a su señoría una reverencia perfecta. Pero antes de que comenzara el siguiente set, Nathaniel tomó la mano de Rosalind y la llevó a la pista de baile. Ella se deslizó en sus brazos tan naturalmente como si estuvieran destinados a estar juntos, y por un fugaz momento, su mente se vio bombardeada por el recuerdo de su beso. Bebió la visión de ella; incluso con el espantoso vestido manchado, seguía siendo una de las mujeres más hermosas que jamás había contemplado.

—¿Disfrutó de su baile con Lord Felton? ¿Es un pretendiente a su corazón? —preguntó en un tono bajo y mesurado mientras la guiaba por la pista.

Una suave y melodiosa risa escapó de ella. —Posiblemente... Es muy amable y ama el campo tanto como yo. Ciertamente podríamos ser una buena pareja en ese aspecto —sus ojos brillaron, y mientras la mirada de Nathaniel recorría apreciativamente su figura, deteniéndose en la suave curva de su pecho y la grácil línea de su cuello, sintió que un familiar dolor se agitaba en su interior.

—Lamento lo del vestido —continuó, con un tono tierno pero firme—. Enviaré un mensaje a la modista para que en adelante no le haga ningún vestido en tonos pastel. Usted tiene veintitrés años y merece lucir colores que le favorezcan, no que la apaguen.

—¿De verdad hará eso por mí? —Su sonrisa se ensanchó con alivio—. Es muy amable de su parte, Su Excelencia.

Aunque sus palabras eran amables, el corazón de Nathaniel albergaba una tormenta de deseo conflictivo, un anhelo oscuro e innombrable que no podía expresar fácilmente. ¿Amable? Si ella supiera que no había nada de amable flotando por su mente en ese momento.

Si acaso, era todo lo contrario.

CAPÍTULO
QUINCE

—No es nada —replicó él, sin desear inflar el asunto más de lo que merecía. Sin embargo, su gentil respuesta sumió a Rosalind en un estado de confusión total, dejándola aún más nerviosa de lo que había estado en su presencia antes. Su amabilidad parecía no tener límites: una cascada de dulces gestos y suaves palabras que, en cualquier dama, despertarían sentimientos y dejarían el corazón tierno. Y el suyo, sin duda, había sido tocado. Se encontró apreciando al duque mucho más de lo que jamás imaginó que podría.

—Pero lo es, Excelencia. Debo confesar que esta noche, cuando me vi obligada a usar este vestido, pensé que mi temporada había terminado. ¿Quién querría bailar o cortejar a alguien que parece incapaz de cumplir una de las reglas más estrictas de la alta sociedad: que una debutante debe irradiar los más altos estándares de moda en cada evento? Fracasé en el momento en que me adentré en la sociedad por primera vez. Sin embargo, sabiendo que usted ha aprobado que mis vestidos sean confeccionados en los colores que realmente favorecen mi tez, siento que nadie ha hecho algo tan amable por mí en toda mi vida.

—¿En serio? —Nathaniel encontró su mirada, con una ceja levantada cínicamente, provocando una risa en ella, un sonido suave e inseguro que traicionaba su conflicto interno.

—De verdad. Y el otro día bajo el sauce llorón... tampoco olvidaré pronto esa amabilidad.

Ante sus palabras, el duque se puso rígido, como si el recuerdo de su indiscreción compartida pesara mucho sobre él. Rosalind anhelaba saber si ese beso, tan inesperado y sin embargo tan conmovedor, había sido simplemente un error pasajero o la chispa de algo que ella se atrevía a esperar que pudiera florecer en algo más.

—¿Por qué me ha estado evitando estos últimos días? Pensé que éramos amigos —presionó ella, estudiando las cambiantes emociones que cruzaban su rostro antes de que él volviera a asumir la máscara compuesta del duque de Ravensmere.

—Pensé que era lo mejor después de nuestra indiscreción, un grave error de mi parte, por el cual me disculpo nuevamente y prometo no repetir. Espero que mis acciones no la hayan perjudicado, Lady Rosalind.

—¿Lady Rosalind? —bromeó ella, con un tono juguetón en su voz—. ¿Así que ya no soy simplemente Rosalind?

—No estamos en privado —respondió él fríamente, aunque sus ojos traicionaban un conflicto persistente mientras se desviaban brevemente hacia sus labios.

Una sonrisa traviesa iluminó sus facciones.

—Entonces es una lástima que no estemos solos, porque me sentiría tentada a ver si esa indiscreción fue un error o un placer que podríamos atrevernos a repetir.

Él tragó saliva con dificultad y desvió la mirada, como si buscara escapar en las sombras más

allá de su hombro.

—No debemos repetir nuestras acciones. Fueron insensatas e irresponsables, aunque no le echo la culpa a usted. Asumo toda la responsabilidad.

Un suspiro se le escapó mientras admitía en voz baja que había esperado secretamente un encuentro casual en un rincón tranquilo de la casa, una oportunidad para persuadirlo de otro momento robado. Lo había echado terriblemente de menos, casi al borde de la distracción por la ausencia de su presencia diaria, su voz, la visión de él caminando por los pasillos en toda su majestuosidad alta y hermosa. Incluso su fuerte trasero, visto solo de pasada, había atormentado sus pensamientos.

—No es algo que debamos repetir jamás. No debería hablar de esa manera, y yo debería reprenderla por ello —añadió él, con un tono cada vez más severo.

Pero a Rosalind poco le importaba su reprimenda. Creía que su amistad inicial podría evolucionar hacia algo mucho más significativo. ¿Era demasiado tonto esperar? Quizás debería seguir el consejo de Lady Smithe y centrarse únicamente en la temporada, en lugar de fijar su corazón en cualquier caballero que pudiera resultar voluble. Después de todo, Lord Felton parecía interesado, y ella debería estar bailando con él en lugar de desperdiciar momentos preciosos con su tutor.

—¿Por qué me invitó a bailar si no tiene ningún interés en mí? —replicó ella bruscamente—. Podría estar bailando con mi futuro marido en este mismo momento, mientras usted lo arruina.

El duque, irritantemente imperturbable, permaneció calmado.

—Deseaba bailar con usted, pues es mi pupila. Sería incorrecto si no compartiera este baile al menos una vez esta noche. Necesitaba un momento para explicarle lo de sus vestidos, para que no haya malentendidos en adelante.

Rosalind sentía que no se necesitaba ningún malentendido. El duque había dejado clara su posición. Sin embargo, no pudo sofocar un destello de decepción ante la posibilidad de que alguna vez hubiera albergado el deseo de cortejarla. Desde aquel fatídico beso, se dio cuenta de que en sus veintitrés años ningún otro hombre la había conmovido como él lo había hecho.

—Bien, lo ha hecho, Excelencia —respondió ella, con un tono teñido tanto de gratitud como de resignación—. Creo que es mejor que concluyamos nuestro baile después de este primero; hay otros caballeros ansiosos por ganar mi corazón y mi dote, y no deseo decepcionarlos.

Los labios del duque se fruncieron en una línea de desagrado mientras su agarre sobre ella se tensaba. En ese momento, su cuerpo se derritió contra el de él, cada fibra de su ser anhelando su toque, ansiando la sensación de su presencia. ¿Estaba siendo lasciva? ¿Cuándo se habían despertado tales deseos en ella? Nunca antes había actuado de manera tan impulsiva.

—No ha decepcionado a nadie, Rosalind —su voz era baja, tensa por emociones conflictivas.

—Ahora, Excelencia, recuerde que es Lady Rosalind... debemos mantener las apariencias. Usted es, después de todo, mi tutor. No desearía que se propagaran rumores escandalosos sobre nosotros.

—No hay nada impropio en tener a mi pupila bajo mi techo con una acompañante de buena reputación, una viuda de la alta sociedad, nada menos. Desafiaría a cualquiera que se atreva a lanzar calumnias sobre nosotros.

Rosalind cayó en silencio, mientras una vez más el duque erigía un muro entre ellos, una barrera que hablaba de arrepentimiento y un deseo de mantener el recuerdo de su beso confinado al pasado. Tal vez, al besarlo, había alterado irrevocablemente su amistad. Una lástima si esa era la verdad del asunto.

El baile finalmente terminó, y él la condujo de vuelta hacia donde estaba Lady Smithe, con

un apuesto caballero a su lado que sonrió a Rosalind mientras se acercaba.

—Ravensmere, ¿me harías el honor de presentarme? —El hombre sonrió, sus ojos brillantes de burla, y Rosalind le cayó bien de inmediato.

El duque asintió, aunque una tensión estropeaba su expresión, indicio de que resentía tener que realizar tal cortesía. Quizás no anhelaba nada más que librarse de su presencia hasta que se viera obligado a atender a su hermana menor, Evangeline, en la próxima temporada.

—Por supuesto. Esta es Lady Rosalind, la hija mayor del difunto duque de Ravensmere. Y este es el marqués de Issacs —anunció.

—Encantado de conocerla, Lady Rosalind —dijo él, haciendo una reverencia.

Rosalind hizo una reverencia en respuesta. —Un placer, Lord Issacs.

Antes de que pudiera levantarse, el marqués le tomó la mano y depositó un beso rápido y casto en sus dedos enguantados. —El placer es todo mío. —Hizo una pausa, mirando entre ella y el duque, quien se cernía demasiado cerca para una conversación privada—. ¿Le gustaría bailar? Está a punto de comenzar un nuevo set.

—Sería muy amable, mi lord. Me encantaría. —Al aceptar, Rosalind lanzó una mirada prolongada al duque, alzando el mentón en desafío mientras se alejaba de él y de la omnipresente Lady Smithe, una mujer que parecía contenta de permanecer con el duque durante la velada.

Quizás por eso el duque la había evitado estos últimos días. Una vez había afirmado tener una amistad de larga data con Lady Smithe. ¿Serían amantes? ¿Se habría estado desarrollando algo secreto bajo este mismo techo mientras Rosalind estaba cegada por la intensidad de sus propios sentimientos?

—¿Esta es su primera temporada, tengo entendido? ¿Cómo está encontrando Londres? —preguntó el marqués, atrayéndola a sus brazos para su primer baile.

—Muy bien. Adoro Londres, y esta velada ha sido la más emocionante de mi vida hasta ahora. Espero con ansias muchos más bailes, cenas y todas las delicias que promete la temporada.

—Si fuera tan amable de acompañarme en una salida mañana —solo un breve paseo por Hyde Park, con espacio en mi carruaje para su doncella— podría hacer esta temporada aún más entretenida —ofreció.

La perspectiva de visitar Hyde Park con un admirador tan apuesto la emocionó. —Eso sería encantador, mi lord. Le preguntaré al duque, aunque sospecho que no tendrá objeciones.

—En efecto. Su invitación esta noche sugiere que cree que yo sería un partido adecuado para usted.

Las palabras del marqués le provocaron un rubor en las mejillas. —No sé a qué se refiere, mi lord —respondió suavemente.

Él se rio, un sonido profundo y gutural que hizo que su corazón se acelerara. —Oh, pero creo que sí lo sabe.

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Nathaniel recorría el salón de baile, saludando a los invitados y asegurándose de que todos disfrutaran del primer baile que organizaba. La velada estaba destinada a celebrar la presentación en sociedad de Rosalind, pero también era un hito para él, ya que nunca antes había organizado un baile en su vida. Hasta el momento, la noche había transcurrido sin contratiempos y todos parecían estar pasándolo de maravilla.

Rosalind destacaba entre los asistentes. Su pupila apenas había descansado entre baile y baile antes de que otro apuesto y elegible caballero la sacara a bailar. Su risa y su radiante sonrisa mientras se movía por la pista de baile eran todo un espectáculo, incluso si el vestido que llevaba era horrible y no le favorecía en absoluto. Sin embargo, su sonrisa, su manera vivaz de hablar y el entusiasmo en los rostros de los caballeros mientras bailaban con ella solo acentuaban su belleza natural. Nathaniel se sorprendió a sí mismo varias veces deteniendo su paseo por el salón, hipnotizado por su belleza y contento con simplemente observarla y deleitarse con su encanto.

Maldita sea, necesitaba controlarse. ¿Qué clase de hombre sería si sedujera a su propia pupila? Una mujer puesta bajo su cuidado sin culpa alguna, solo para ser aprovechada por él. No es que a ella parecieran importarle sus besos, pero no podía permitir que eso volviera a suceder. Si empezaba a besarla en cada oportunidad que se presentara, no sería capaz de detenerse, sin importar lo que la sociedad dijera de él cuando se enterara. Y eventualmente la sociedad hablaría. Poco escapaba a las matronas del *ton* hambrientas de chismes.

Se reunió con Lady Smithe, que estaba sola, y se volvió para observar una vez más a los bailarines en la pista, o al menos a una en particular. Estaba condenado al fracaso.

—Lady Smithe —dijo antes de poder pensarlo mejor—, ¿le gustaría bailar conmigo?

Su señoría le sonrió radiante, y un poco de aprensión recorrió su espina dorsal. Esperaba que Lady Smithe no interpretara su oferta como más de lo que era: una simple amabilidad para llenar parte del tiempo que les quedaba esa noche en el baile.

—Qué encantador de su parte preguntarme, Su Gracia —respondió ella mientras colocaba su mano sobre la de él extendida—. Me encantaría.

La condujo a la pista de baile y pronto estaban bailando, moviéndose entre la multitud y riendo con las otras parejas que disfrutaban del baile campestre.

—Qué bien baila, Su Gracia. Debería hacerlo más a menudo. Yo soy más que una participante dispuesta. Somos amigos, ¿no es así? —comentó ella.

Ese maldito término "amigos" lo perseguiría, estaba seguro, antes de que terminara la noche. —Lo somos, mi lady, pero me temo que si participamos en demasiadas vueltas por el salón, causaremos un escándalo. No más de dos piezas es el límite, ¿no es así? —respondió él.

Ella sonrió y se encogió de hombros. —No veo la necesidad de limitarse a dos. Nos conocemos desde hace tiempo suficiente como para que nadie sospeche que está ocurriendo algo indebido entre nosotros.

Lo miró con un aire de picardía, y su estómago dio un vuelco. Apreciaba a Lady Smithe y todo lo que había hecho por Rosalind, sin mencionar que era la cuñada de su amigo más cercano. Pero más allá de eso, no podía ofrecer nada más. Seguramente ella entendía que nunca la había visto bajo una luz romántica. Era una mujer hermosa, sin duda, pero no del tipo que hubiera encendido una llama en su interior.

Antes de que pudiera hablar más, el baile los separó y él extendió la mano hacia su nueva pareja de baile, solo para encontrarse emparejado con Rosalind. La atrajo hacia sus brazos, más cerca de lo que debería, deleitándose con la sensación de tenerla tan cerca después de haber estado lejos de su lado la mayor parte de la noche. Podía oler el aroma embriagador del jazmín, y respiró profundamente, sabiendo que nunca volvería a pasar junto a esa enredadera sin pensar en la mujer que tenía delante: dulce y perfecta como la flor blanca que florecía en ella.

Sus mejillas estaban sonrojadas por el baile y sus ojos brillaban de felicidad. —¿Ha estado disfrutando de la velada? —preguntó él, aunque ella no necesitaba responder, era obvio que lo había hecho.

—Muchísimo, Su Gracia. Esta noche ha sido la más emocionante de mi vida. No creo que la olvide jamás —respondió ella.

¿La noche más emocionante de su vida? ¿Qué hay de su beso? ¿No había sido esa la aventura más emocionante que había experimentado? Apartó ese pensamiento, recordándose a sí mismo no ser un perro celoso. Debería alegrarse de que ella disfrutara de sus numerosos compañeros de baile, pues podrían llevar a algo más, incluso posiblemente a una propuesta. La idea de que ella se casara y se fuera le dejó un sabor amargo, y apartó la mirada de ella, buscando cualquier distracción de la belleza que tenía en sus brazos.

—Habrá muchas más noches como esta. Se lo prometo como su tutor —dijo él.

Ella no respondió, y después de varios latidos durante los cuales no pudo evitar mirarla, lo hizo; un error en el momento en que permitió que sus ojos vagaran. Ella lo observaba, sus grandes ojos almendrados fijos en los suyos con tal intensidad que estaba seguro de que podía leer su mente y descubrir todos los secretos que luchaba por ocultar.

—Qué maravilloso, y ya que estamos hablando de mis pretendientes, Lord Issacs me ha pedido que lo acompañe en su carruaje mañana por la tarde. Daremos un paseo por Hyde Park a la hora de moda. Mi doncella nos acompañará —anunció ella.

Nathaniel intentó hablar, su boca secándose ante la idea de que Rosalind fuera a cualquier parte con alguien que no fuera él mismo. ¿Qué diablos estaba tramando su amigo? Sabía que no podía mantenerla encerrada en esta casa. Era una debutante, una mujer que se adentraba en la sociedad por primera vez. Este era su debut, un baile que él había organizado para que ella pudiera encontrar una pareja.

No podía ahora dar la vuelta y decir que no podía ir a ninguna parte con un pretendiente. Pero ¿su amigo? La idea de que él susurrara dulces palabras al oído de Rosalind hizo que la sangre en sus venas se helara.

—¿Está segura de que es una buena idea tan pronto en su temporada? Si la ven por el parque con Lord Issacs, otros caballeros podrían pensar que su corazón ya está comprometido y su deseo de cortejarla se verá frustrado. Me disgustaría que tuviera solo una opción de admirador —advirtió él.

Ella frunció el ceño antes de que el baile se la llevara. Él bailó con Lady Elliot y luego de

nuevo con Lady Smithe, antes de volver a alcanzar a Rosalind.

—No creo que sea así —respondió ella como si nunca hubieran estado separados—. Todos en la sociedad, según tengo entendido, conocen las reglas del cortejo y saben que una dama no prometerá nada a nadie a menos que haya recibido permiso de su familia o tutor. Nadie pensará que, por dar un paseo por el parque con Lord Issacs, me he propuesto conquistarlo.

—¿Y si intenta besarla en el parque, forzando su mano al matrimonio? ¿Qué pasaría entonces? —se preguntó Nathaniel en voz alta. No sabía de dónde había surgido ese pensamiento fantasioso, pero una vez que entró en su mente, no pudo sacudírselo. ¿Y si Issacs o cualquier otro intentara forzar la intimidad con Lady Rosalind sin su consentimiento?

Apretó los dientes, jurando que desafiaría y detendría a cualquiera que se atreviera a poner siquiera un dedo sobre ella.

—Tendré a mi doncella presente, Su Excelencia. No hay riesgo.

Él gruñó, acercándola más de lo que debería, decidido a mantenerla a salvo y solo para él. El pensamiento lo impulsó hacia adelante hasta que tropezó antes de enderezarse. —Disculpe, Lady Rosalind. Mi mente está en otra parte —dijo.

Ella arqueó las cejas con una sonrisa divertida en los labios. Él frunció el ceño, disgustado ante la idea de que pudiera estar riéndose de él y su posesividad.

—Evidentemente, Su Excelencia. —El baile cambió, y él se preparó para dejarla ir—. Discutiremos el asunto después del baile. No estoy seguro de poder darle permiso para tales salidas.

Ella se alejó en el baile sin decir una palabra más, y él tomó la mano de Lady Smithe. La conversación no había terminado, ni podía imaginarse permitiendo tal oportunidad. Si ella deseaba pasear por el parque, tal vez lo mejor sería que él lo hiciera primero. No algún marqués que no era digno de lamer sus zapatillas de seda. El pensamiento lo avergonzó. Lord Issacs era un buen hombre y amigo, y ese era el problema. Lo había invitado para tener buena compañía mientras Rosalind era cortejada. Nathaniel no había previsto que él también lanzaría su sombrero al ruedo del cortejo.

CAPÍTULO
DIECISIETE

En las primeras horas de la mañana, los últimos invitados abandonaron la finca ducal. Nathaniel se despidió de Lord y Lady Smale, una distinguida pareja en sus sesenta que disfrutaba de un baile entretenido más que nadie. No podía culparlos por excederse. La velada había sido un éxito rotundo.

Rosalind hipó a su lado antes de comenzar a subir las escaleras. Nathaniel se volvió para observar, permitiéndose ese pequeño placer si no podía tener nada más. Ella se tambaleó y se agarró al pasamanos para estabilizarse, y su preocupación creció. ¿Cuánto había bebido esa noche? ¿Estaba ebria? Se acercó a ella, presintiendo que podría caer, y por suerte lo hizo, pues tropezó un momento después. La sujetó por la cintura para evitar que cayera hacia atrás y se lastimara.

—Aquí, déjame ayudarte a llegar a tu habitación —dijo mientras la levantaba en sus brazos. Quizás no había sido su decisión más sabia esa noche, pero una vez que ella estuvo acurrucada contra su pecho, no pudo arrepentirse de la decisión.

—Bájeme, Su Excelencia. ¿Qué pensarán los sirvientes si lo ven? —Ella soltó una risita mientras alcanzaba su mandíbula, pasando los dedos por la barba incipiente que había comenzado a crecer. El roce de su toque envió una añoranza que casi lo partió en dos. Apretó los dientes, incapaz de apartar la mano de ella de su rostro.

—Es usted tan apuesto. —Su pulgar rozó su labio inferior, y él sintió un impulso abrumador de morderlo, de tomarla en su boca y succionar su dedo.

—Basta —dijo entre dientes, acelerando el paso para llegar más rápido a su habitación—. No sea tan familiar. Recuerde quiénes somos ambos y dónde estamos, mi lady.

Ella rió, mordiéndose el labio inferior y enviando una oleada de calor por sus venas. Su deseo lo endureció aún más, y maldita sea, no deseaba nada más que morder ese dulce y carnoso labio y besarla hasta el pecado.

—No deseo recordar quién soy. No esta noche. Esta noche ha sido un sueño. —Suspiró, y su mano cayó de su rostro—. Tengo tantos admiradores caballeros que no sé qué hacer con todos ellos. Quizás debería besar a cada uno y ver cuál me conviene más.

La puerta de su dormitorio estaba entreabierta. Sin pensarlo, la abrió de una patada y luego, porque la idea de que ella besara a alguien que no fuera él hizo que una neblina roja de furia se formara ante sus ojos como la de un berseker mitológico enloquecido, la cerró de otra patada tras de sí.

—Ni se te ocurra besar a ninguno de ellos. No hasta que te hayan cortejado adecuadamente y demostrado ser dignos de tu mano tendrás la libertad de estar a solas con ellos y besarlos —declaró—. En realidad no, eso no sucederá. Solo besarás a un hombre, aquel que haya ganado tu

corazón y se convierta en tu esposo. —¿En qué estaba pensando? Ciertamente no estaba pensando con claridad.

Depositó a Rosalind suavemente en la cama que su doncella ya había preparado. Ella suspiró y le sonrió como si supiera un secreto que él desconocía. Se estiró, colocando sus manos sobre su cabeza. La visión de ella extendida en su cama evocó una imagen íntima donde él podría mantener sus manos cautivas, saciarse de ella mientras ella gritaba su nombre con anhelo. Suplicándole que le diera más...

Cerró los ojos y se obligó a respirar.

—Creo que Lord Issacs será el mejor besador de todos. ¿Has visto sus labios, Nathaniel? Tan carnosos y jugosos. Y hay algo en sus ojos, parecen brillar con picardía —murmuró con una risa traviesa mientras se retorcía en la cama—. Oh sí, creo que él será el primero y con el que juzgaré a todos los demás.

¿Issacs? ¿Su amigo? Ni hablar de que hiciera tal cosa. —No lo harás. —Antes de que Nathaniel pudiera pensarlo mejor, se encontró en la cama con Rosalind, sujetando sus brazos sobre su cabeza. Su rostro flotaba a un suspiro del de ella—. Sobre mi cadáver actuarás tan imprudentemente con cualquiera de los caballeros que te cortejaron esta noche. —Tan cerca de Rosalind, casi podía saborear el champán en sus labios. El aroma a jazmín tentaba sus sentidos, y olía tan bien que casi podía comérsela.

Ella lo miró, burlona. —No puede detenerme, Su Excelencia. No puede vigilarme cada segundo de cada baile. ¿Y qué si desean besarme? —Hizo un puchero, encendiendo un fuego en su alma—. Después de nuestro beso, he descubierto que disfruto el pasatiempo y deseo hacerlo más a menudo que no. ¿Quién es usted para impedirme divertirme un poco antes de casarme? ¿No se les permite a las mujeres disfrutar los mismos placeres que a los hombres? ¿Debemos perdernos para siempre lo que ocupa el tiempo de los hombres de su calaña simplemente porque somos mujeres?

—Sí, maldita sea, eso es exactamente lo que debe ocurrir.

Ella puso los ojos en blanco, su mirada cayendo a sus labios. —Si no puedo besar a Lord Issacs o a cualquiera de los otros finos especímenes de hombres que me presentó esta noche, quizás debería besarme de nuevo para que pueda saciarme.

—No me tientes, Rosalind. No sabes lo que pides.

Ella se retorció debajo de él, y con aterradora claridad, se dio cuenta de que estaba casi completamente encima de ella. Podía sentir la longitud de sus piernas, su miembro se estremeció, y tuvo el repentino impulso de presionarse contra ella como un enamorado desesperado. Ansioso por liberarse.

No del todo falso...

—¿Le tiento, Nathaniel? —Sus ojos se oscurecieron con necesidad y la última atadura de su autocontrol se rompió. Liberó una de sus manos y alcanzó con la otra el borde de su horrible vestido.

Mirándola a los ojos, no vaciló mientras deslizaba lentamente el material, arrastrando su mano a lo largo de la seda de su muslo interno hasta llegar al ápice de su calor. Ella se retorció, presionándose hacia su mano antes de que él cubriera su monte de Venus con su palma. Un dedo se extendió para acariciar entre sus pliegues.

Estaba húmeda. Gloriosamente húmeda.

—Nathaniel...

Su nombre era una súplica, y aunque sabía que debía detenerse, no pudo cambiar el curso de sus acciones. Quería que ella conociera el placer, no de algún lord presumido que no podía

distinguir a una dama de otra, sino de él, por su propia mano.

—Dime que pare. Dime que no quieres que te toque —dijo él, ofreciéndole una salida aun cuando sabía cuál sería su respuesta.

—Tócame más.

La deseaba tanto, maldita sea. Su miembro duro como una roca se tensaba en sus calzones, y quería correrse. Quería derramarse dentro de ella, sobre ella, donde fuera que ella se lo permitiera.

Pero no lo haría. No esta noche, quizás nunca. Sin embargo, le daría placer a ella. Ese único placer podía permitírselo: una sola noche en sus brazos.

Luego pararía. Detendría la locura que rugía dentro de él. Ella era su pupila, estaba aquí para conseguir un marido adecuado y bueno, no un cretino que se aprovechara de una mujer bajo la seguridad de su propio techo.

Maldición, se odiaba a sí mismo, y aun así no podía parar.

Sus gemidos de deleite y sus jadeos urgentes avivaban una locura dentro de él que no podía contener. Había algo en estar en sus brazos, dándole lo que deseaba, que no podía negar. No quería rechazarla, aunque estuviera mal.

Deslizó dos dedos justo dentro de su calor. Los dedos de ella se aferraron a sus hombros, sus uñas marcando su piel.

—Más profundo, Nathaniel. No me provoques —le instó, con los ojos pesados de necesidad y ardiendo de expectación. Su estómago se contrajo mientras empujaba más adentro.

—Mmmm —se lamió los labios, cerrando los ojos de placer.

Jesús, se correría en sus calzones.

—Te deseo —jadeó ella, presionando su cuerpo más cerca—. Deja de provocarme así.

Lentamente, obedeció su orden, incapaz de ahogar el gemido que brotó de él.

—Joder, eres deliciosa —la acarició con su mano, dándole lo que anhelaba. Saboreó la sensación de su estrecho sexo alrededor de sus dedos, sus piernas abiertas invitándolo a ir más allá.

Era una maravilla, la mujer más dulce y pecaminosa que jamás había conocido.

Rosalind echó la cabeza hacia atrás, y él sintió las primeras contracciones de su orgasmo atravesarla. Acarició su botón con el pulgar mientras olas de placer estremecían su cuerpo y bailaban por su rostro.

Estaba absolutamente deslumbrante, robándole el juicio y cada parte de él que nunca supo que podía entregarse.

—Nathaniel, sí...

La besó, necesitando saborearla en sus labios mientras extraía hasta la última gota de su placer.

—¿Te gusta mi tacto, Rosalind? —preguntó, desesperado por oírla decirlo aunque fuera una vez.

—Sí, y quiero más.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

La tarde siguiente, Rosalind se encontraba en el vestíbulo, caminando de un lado a otro frente a los grandes ventanales que daban a Grosvenor Square mientras esperaba la llegada de Lord Issacs.

Llegaba tarde, un giro sorprendente de los acontecimientos, ya que ella estaba segura de que su interés por ella había sido genuino. No es que importara lo que sintieran por ella los caballeros después del baile de anoche; por mucho que disfrutara de los coqueteos de otros caballeros, Ravensmere había captado su atención.

Sin embargo, lo que Nathaniel le había hecho era un asunto completamente diferente. Era un giro de los acontecimientos mucho más interesante que deseaba considerar. Pasar el día en su habitación y diseccionar en su mente. Revivir cada momento. Imaginar otros escenarios. Tantas cosas deliciosas...

¿Le gustaba ella más de lo que quería que supiera?

¿Estaba celoso sabiendo que ella iba a salir con otro caballero?

¿Por qué había huido de su habitación tan pronto después de haberle dado un placer tan exquisito la noche anterior, como si los Sabuesos del Infierno del diablo le mordieran los talones?

Ella había estado segura de que él se uniría a ella en su cama, le haría el amor dulcemente, le pediría su mano en matrimonio y arreglaría todo en su vida. Se casaría con un hombre que la hacía sentir tanto. Cada vez que estaba cerca de él, su cuerpo no era el mismo. Vibraba y dolía, su piel se erizaba, e incluso sus pezones respondían. Otro extraño giro de los acontecimientos...

Se mordió el labio y se estremeció al pensar en el hombre que ocupaba su mente, un pensamiento que la atormentaría con mucha más frecuencia que nunca después de sus acciones la noche anterior. Se apartó de un salto de la ventana cuando el hombre mismo, el duque, llegó trotando frente a la casa en su caballo y desmontó, entregando su montura a un sirviente que esperaba. ¿Había salido esta mañana? Entrecerró los ojos, preguntándose adónde podría haber ido.

Justo cuando Nathaniel comenzaba a subir los escalones hacia la puerta principal, llegó un carruaje muy pulido, y Lord Issacs tiró del freno antes de saltar y entregar el carruaje a otro sirviente.

Queriendo ver la interacción, Rosalind permaneció junto a la ventana, estudiándolos con interés a través de las cortinas transparentes.

Lord Issacs asintió y habló con el duque, y Nathaniel respondió con un intercambio benigno pero confiado. Hablaron durante uno o dos minutos, y por mucho que Rosalind intentara escuchar lo que decían, no pudo. Sin embargo, el músculo flexionado en la mandíbula de

Nathaniel le dio alguna noción de que al duque no le agradaba lo que fuera que Lord Issacs estuviera diciendo.

Si tan solo pudiera ser lo suficientemente audaz como para salir a reunirse con ellos, para ver por sí misma de qué estaban hablando.

Pero no había visto a Nathaniel desde anoche. Se había hecho pedazos en un millón de deliciosas piezas en sus brazos y ahora, enfrentarlo, verlo de nuevo e intentar actuar con indiferencia, era una posición que no estaba segura de poder manejar.

Él la ponía de los nervios, y sin embargo, en sus veintitrés años, era el único hombre que lo había logrado. Sin embargo, él aceptaba tan fácilmente que ella se casara con otro, que encontrara un marido que le conviniera. No podía entender qué pretendía.

¿La quería para sí mismo o no? No podía esperar para siempre. Se esperaba que se casara esta temporada, y aunque casarse con el tutor de uno no era lo que había esperado o lo que la sociedad necesariamente aprobaría sin levantar las cejas, ¿había algo realmente malo en ello? Estaban tan distantemente emparentados que incluso ella no estaba segura de cómo eran familia.

Pero él estaba decidido a permanecer como estaba, y quizás eso se debía a que acababa de heredar otro título. El hombre no carecía de muchos deberes. Ella era simplemente uno de ellos, y quizás uno del que necesitaba deshacerse lo antes posible, para poder centrarse en sus responsabilidades antes de la temporada del próximo año con Lady Evangeline.

Rosalind tomó una respiración profunda y fortificante y se dirigió a la puerta, agradeciendo a un lacayo mientras la abría. Salió a la cálida luz del sol de la tarde y pegó una sonrisa en sus labios, decidida a no sentirse avergonzada o nerviosa frente a nadie, especialmente Nathaniel.

No había hecho nada malo o vergonzoso. Bueno, tal vez un poco malo... Pero había experimentado lo que esperaba que la mayoría de las mujeres experimentaran en algún momento de sus vidas. No había nada criminal en lo que Dios había dado para satisfacer el deseo de uno.

—Su Gracia, Lord Issacs, buenas tardes —dijo, mirando a los ojos a ambos caballeros mientras se ponía los guantes, decidida a parecer lo más natural y desafectada posible. Sin embargo, dentro de ella, su sangre latía con fuerza en sus oídos y su piel se erizaba por estar tan cerca de Nathaniel.

Su atención se desvió hacia sus manos, dedos que habían acariciado sus partes más íntimas, y casi se mordió el labio con anhelo. Se encontró con sus ojos, y el calor en ellos no solo la calentó, sino que también la redujo a un montón imaginario de cenizas en los escalones.

—¿Está lista para nuestra salida, Lady Rosalind? Lamento haber llegado tarde. Me retrasé —dijo el marqués en su tono mesurado.

—¿Llegaste tarde, Issacs? ¿Qué te retuvo? —El tono del duque era de reproche, y Rosalind casi sintió lástima por el marqués, antes de que un rubor cubriera sus apuestas mejillas y tropezara con sus palabras. No pudo evitar preguntarse si había estado participando en actividades similares a las suyas la noche anterior.

Compadecida de él, Rosalind se movió a su lado y deslizó su brazo alrededor del suyo. —No sea entrometido, Su Gracia. Hay muchas cosas que podrían haber retrasado a su señoría de nuestra salida, pero está aquí ahora, y eso es todo lo que importa.

—Estoy completamente de acuerdo. —Lord Issacs le sonrió, aunque ella podía ver que el duque lo había avergonzado y posiblemente había revelado algo que el marqués prefería mantener en privado.

La doncella de Rosalind salió tropezando por la puerta y pronto fue ayudada a sentarse en la parte trasera del carruaje.

—Van a dar un paseo por Hyde Park, a ningún otro lugar, entiende. No quiero que la

reputación de Lady Rosalind corra riesgo, Issacs. Te conozco bien. No olvides que somos amigos.

—Por supuesto, Su Gracia. No hay razón para preocuparse. Estamos acompañados y simplemente disfrutando de un paseo por el parque. Traeré a Lady Rosalind a casa para que pueda mantenerla bajo llave hasta el baile de esta noche —dijo Issacs, con un gesto burlón en los labios.

El baile de los Haden estaba programado para esta noche, y la modista ya había entregado uno de sus nuevos vestidos, para gran molestia de Lady Smithe. En el momento en que su acompañante vio el vestido azul cobalto intenso, pareció ofendida y molesta simultáneamente.

Lord Issacs caminó hacia el carruaje, y Rosalind esperó a un lado para que pudiera ayudarla a subir. La mano de Nathaniel se envolvió alrededor de su brazo superior, y la alejó del vehículo, mirando con furia a Lord Issacs mientras lo hacía, antes de que se situaran a una corta distancia para asegurar la privacidad.

—No debe tocarte. Si lo hace, le arrancaré los dedos inquietos de la mano. ¿Lo entiende, Lady Rosalind? —La advertencia profunda y retumbante de Nathaniel tuvo el efecto opuesto en ella del que él esperaba. Su advertencia solo avivó sus deseos por su excelencia. Sonrió, incapaz de ocultar la emoción que palpitaba en sus venas ante su preocupación, su posesividad sobre ella.

Quizás él era más codicioso de lo que incluso se daba cuenta.

—¿Por qué detenerse ahí, Excelencia? Tal vez podría arrancarle las manos de los brazos o los brazos del cuerpo —bromeó ella mientras se acercaba, casi rozando sus pechos contra el pecho de él—. Si no desea que su señoría me corteje, siempre podría pedirle a Lord Issacs que se retire y deje paso a otros. Yo no me opondría, pero si he de encontrar marido, tal orden se vería como extraña, por decir lo menos.

Ella lo estaba provocando, y él lo sabía bien. Su nariz se dilató y el músculo de su mandíbula se flexionó. Demonios, era apuesto, y el anhelo que burbujaba dentro de ella era casi insoportable. Deseaba pasar sus manos por su cabello, abrazarlo como lo hizo anoche, aferrarse a él mientras la hacía estallar de placer.

Quería todo lo que él pudiera darle, incluso su propia alma.

—No se siente demasiado cerca de él. No muestre entusiasmo por estar en su compañía. No se atreva a tocarlo, Rosalind.

—Enlazaré mi brazo con el suyo. ¿Está permitido? No deseo caerme del carruaje, Excelencia. Creo que está siendo irrazonable.

En ese sentido lo era, pero aun así, ella adoraba que la estuviera advirtiendo que se alejara del marqués. Qué delicioso era que un hombre estuviera celoso sin siquiera darse cuenta de que eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Él frunció los labios, y el ceño entre sus cejas se profundizó. —Sujétese al carruaje. No hay necesidad de que toque su persona. ¿Lo entiende?

—Pero si su señoría continúa cortejándome y pide mi mano, tendré que hacer mucho más que enlazar mi brazo con el suyo. Tendré que permitirle que me toque donde le plazca entonces.

Su rostro se tornó tormentoso, y por un momento Rosalind pensó que había ido demasiado lejos.

De hecho, quizás lo había hecho.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

Ante las palabras de Rosalind, Nathaniel vio rojo. En lugar de arrancar a Lord Issacs de su asiento en lo alto del carruaje y arrancarle los brazos para evitar que volviera a tocar a Rosalind, simplemente dio un paso atrás. Intentó recuperar algo de control, aunque eso estaba lejos de ser posible en ese momento. ¿Qué demonios le pasaba últimamente? Cada hora de vigilia estaba llena de imágenes y pensamientos de Rosalind. Vivía para los momentos en que la vislumbraba en la casa: leyendo un libro tranquilamente en el salón, tocando el piano o saliendo a una de sus muchas expediciones de compras con Lady Smithe.

Estaba obsesionado, y su preocupación debía terminar. Aquí y ahora.

Ella se giró y se dirigió al carruaje, y no pasó mucho tiempo antes de que estuviera sentada junto a Issacs, con sus brazos enlazados con seguridad. Él contuvo una réplica mordaz que tenía en la punta de la lengua y, en su lugar, los despidió con la mano, forzando una sonrisa serena en sus labios mientras lo hacía. No es que creyera que Rosalind pensaba que estaba feliz de que ella estuviera paseando por Londres con un sinvergüenza que una vez había estado tan ocupado en los boudoirs de Londres como él mismo antes de heredar el ducado. Nathaniel sabía esto mejor que nadie, ya que Issacs era uno de sus amigos más cercanos.

Entró furioso y se sentó en su escritorio, mirando por la ventana durante varios minutos mientras pensaba, planeaba y se reprochaba por el tonto que estaba siendo. Se dijo a sí mismo que no estaba interesado en su pupila. La mentira se burlaba de él por la falsedad que era. Estaba interesado en Rosalind y, maldita sea, ella parecía estar disfrutando de su compañía y del tiempo que pasaban juntos a solas.

Se removió en su silla hasta que vio una misiva en su escritorio. La tomó, rompió el sello y la escaneó rápidamente. Antes de terminar de leer la nota, ya estaba atravesando la casa, luego el patio, dirigiéndose a las caballerizas. Solo le tomó unos minutos a su mozo de cuadra ensillar un caballo, y pronto estaba en camino a Cheapside. El viaje a través de Mayfair y sus alrededores fue, afortunadamente, breve y sin incidentes.

Nathaniel miró fijamente la modesta pero limpia y ordenada vivienda. Las casas aquí se parecían a las de Mayfair pero en una escala mucho menor. Muchas más personas vivían en esta comunidad que en la suya, muchas dedicadas al comercio o al derecho. Llamó a la puerta y oyó gente en la casa. Esperó pacientemente, pero cuando la puerta se abrió, Nathaniel sintió que la sangre se le iba del rostro. Una joven abrió la puerta, y él se quedó mirando, incapaz de comprender lo similar que era en apariencia y color a Lady Rosalind. Podrían ser hermanas... Se reprendió por el tonto que era. Eran hermanas, medio hermanas por sangre.

Nathaniel reunió su resolución e intentó controlar sus facciones.

—Buenas tardes, soy el Duque de Ravensmere. Esperaba poder entrar para que podamos

discutir la misiva que me envió... —Ofreció una pequeña sonrisa—. Si está dispuesta.

La joven abrió más la puerta y se hizo a un lado. Él pasó junto a ella y ella cerró la puerta, cerrándola con llave antes de retirarse más adentro de la casa. Nathaniel la siguió. Otras dos jóvenes, más jóvenes que la que había abierto la puerta, estaban sentadas en las escaleras observándolo. Ambas eran demasiado similares en apariencia a las hijas de Ravensmere en Hampshire. La sangre del duque obviamente corría profunda en las venas de sus hijas.

Siguió a la hermana mayor a una pequeña sala de estar donde ardía un modesto fuego. Ella se sentó, colocó las manos en su regazo y le hizo un gesto para que hiciera lo mismo. Él obedeció y miró alrededor, notando algunas piezas de mobiliario caras que podrían haber venido de la casa de Londres del ducado antes de que perdieran todo lo que alguna vez habían conocido.

—Así que, Su Gracia, usted es el nuevo duque. Qué afortunado es de heredar un título tan digno.

Él entrecerró los ojos y asintió, sin querer compartir que el difunto duque apenas había dejado fondos suficientes para mantener funcionando la casa de Londres, y mucho menos su finca en el campo. Un título digno podría haber sido alguna vez, pero no bajo la vigilancia del difunto duque.

—Gracias —Encontró su mirada y nuevamente se sorprendió por lo mucho que le recordaba a Rosalind—. Lamento hablar tan francamente, pero entiendo que ustedes son la familia ilegítima del difunto duque y deseaban una audiencia conmigo.

—Lo somos —dijo ella levantando la barbilla, su desafío inquietantemente similar al de Rosalind. Nathaniel suspiró para sus adentros. Incluso aquí en Cheapside no podía dejar de pensar en su pupila, una mujer que, en ese momento, estaba disfrutando de la compañía de otro hombre. El desaire era insoportable.

—Soy la señorita Helena, pero no hay necesidad de disculparse por sus palabras, Su Gracia. ¿Acaso los grandes hombres como usted no hablan siempre con una lengua franca?

Él no respondió, pero sabía muy bien cuán cierta era esa afirmación.

—¿Está su madre aquí? Quizás podría hablar con ella sobre la situación en la que nos encontramos ahora.

El rostro de la joven palideció mientras negaba con la cabeza.

—Nuestra madre falleció solo unos días después de nuestro padre. Un corazón roto, dijo el médico.

Nathaniel no lo sabía, y se avergonzó.

—Lamento su pérdida.

—Gracias, pero ya ha pasado algún tiempo y estamos haciendo nuestro mejor esfuerzo para arreglárnoslas.

Nathaniel volvió a mirar alrededor de la habitación.

—Y eso me lleva a su misiva...

La joven miró sus manos, retorciéndolas en su regazo. Nathaniel podía notar que ella no había querido acercarse para pedirle nada, pero con dos hermanas menores a su cuidado, cuando uno estaba desesperado, uno estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, supuso.

—Sí, la carta. —Ajustó su asiento y se recompuso—. Estoy desesperada, Su Gracia. He tomado lavandería para tratar de obtener algunos ingresos para ayudar con la comida, pero he tenido que despedir a nuestra única criada, y pronto tendré que despedir también a nuestra cocinera. Apenas estamos sobreviviendo, y estoy llena de miedo por mí y mis hermanas.

—¿El duque les dejó alguna compensación financiera? —preguntó, ya sabiendo la respuesta, pues sería la misma que lo que el difunto duque había dejado a sus hijos legítimos.

—No, solo esta casa, por la cual estoy agradecida de que no se nos pueda quitar. No deseo traer inquilinos, no con mis hermanas aquí. Uno nunca puede confiar plenamente en nadie en Londres, y bueno... —Se mordió el labio mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos—. Por favor, ayúdenos. Con mamá fallecida, la asignación que nuestro padre nos dejó cesó con su muerte. Un descuido que estoy segura Su Gracia no había previsto.

Nathaniel suspiró y miró hacia el vestíbulo donde las dos hermanas menores permanecían en las escaleras, observándolo a través de la barandilla.

—Por supuesto que les ayudaré, pero si he de hacerlo hasta que todas estén casadas y asentadas, deben abstenerse de revelar quién es su padre y la conexión que tienen con sus hijas. Ahora soy su tutor, y estoy intentando casar a cada una de ellas en los próximos años. No deseo que el escándalo del duque teniendo una segunda familia perjudique sus oportunidades.

La joven lo miró, sus facciones rebosantes de esperanza por primera vez en el día. —Oh, por supuesto, Su Gracia. Siempre hemos sido una especie de secreto, y lo entendemos. Tampoco deseamos ser conocidas como ilegítimas o bastardas en la sociedad. No podríamos soportar tal vergüenza que no fue por nuestra culpa.

—Muy bien entonces, está decidido. Otorgaré una renta considerable a su hogar y una pequeña dote para cada una de ustedes si desean casarse. No será mucho, pero les ayudará a encontrar parejas más apropiadas que las que quizás hubieran conseguido de otro modo.

—Es usted muy amable, gracias, Su Gracia. No sé qué decir —la señorita Helena buscó su pañuelo y se secó las mejillas y la nariz—. He estado tan terriblemente preocupada y sin saber qué hacer —hizo una pausa—. Vergonzosamente, un caballero en el mercado el domingo pasado me preguntó mi precio, y por un momento espantoso entré en pánico ante la idea de en qué podría convertirme.

—No, no permitiré eso. Son las hijas del difunto duque de Ravensmere, legítimas o no. No merecen tal deshonra. Haré lo correcto por ustedes, aunque su padre no lo hiciera.

—Por favor, no sea demasiado duro con papá. Fue un padre amable y cariñoso, aunque no pudiera cuidar de nosotras una vez que falleció.

Nathaniel se puso de pie, y la señorita Helena hizo lo mismo. —Me temo que tendré que disentir con usted en ese punto. Su padre, aunque amable con ustedes y su mamá, no fue igual con sus hijas legítimas. Ellas pueden tener los títulos y las grandes casas, pero ustedes tuvieron el amor de un padre que ellas nunca recibieron y son mucho más pobres por ello.

La señorita Helena asintió y lo acompañó a la puerta. —Gracias de nuevo por venir. Sé que no estaba obligado, pero pensé que era mejor pedirle que viniera aquí en lugar de a la casa de Mayfair.

—Tiene razón. Las hijas del difunto duque no saben que ustedes existen. Su Gracia nunca se lo dijo, y creo que sería un shock y las lastimaría profundamente saber que tenía otra familia entera. Espero que mantengan su promesa y permanezcan en secreto, tanto por ustedes como por la familia Ravensmere.

—Por supuesto, Su Gracia. Prometemos ser discretas.

Justo como él prefería. —Gracias.

CAPÍTULO
VEINTE

Rosalind iba sentada en el carruaje, agarrada a lord Issacs mientras daban una vuelta por el parque. El día era despejado, con un cielo azul y sin un soplo de viento. El parque estaba repleto de gente tomando el aire, haciendo pícnics o, como ella, disfrutando de un paseo con un caballero admirador.

Lord Issacs hablaba de muchas cosas. La conversación no era en absoluto forzada, aunque la mayoría de los temas giraban en torno a él mismo, sus caballos y sus propiedades. Casi se sintió agradecida cuando él giró el carruaje para volver a casa y se dirigieron de vuelta a Grosvenor Square.

El hombre era un caballero amable, pero desafortunadamente ella no sentía ni un ápice de emoción cuando estaba con él. El único momento divertido era cuando el duque estaba cerca y podía burlarse de Su Gracia por estar de paseo con otro hombre y no con él.

—Espero que podamos volver a pasear, lady Rosalind. He encontrado su compañía muy agradable, y espero que usted haya sentido lo mismo.

—Sería muy placentero, milord —aunque en ese preciso momento Rosalind no podía imaginar de qué más podrían hablar. ¿Del tiempo quizás, o del estado de los caminos que conducían a Londres desde Hampshire?—. Esperaré con ansias recibir su invitación para otro paseo por el parque —dijo, manteniéndose cortés.

—Muy bien.

Una vez en casa, su señoría saltó del carruaje antes de volverse para ayudarla a bajar. Incluso cuando tomó su mano, no hubo ninguna sacudida de conciencia, ningún anhelo que la atravesara, y Rosalind pudo afirmar definitivamente que su señoría no era para ella.

—Buenas tardes, milord —dijo Rosalind, despidiéndole con un gesto mientras se quedaba en la puerta con su doncella antes de entrar—. No creo que pueda soportar salir de nuevo con lord Issacs. Si oigo hablar más de él o de sus caballos, creo que lo conoceré mejor que él mismo.

Su doncella se rio y se cubrió la boca con la mano.

—En efecto, habló mucho sobre el tema, pero quizás estaba simplemente nervioso.

—Podría ser, pero no creí que el paseo fuera a terminar nunca. No creo que me guste más que como amigo.

—Lady Rosalind —la voz autoritaria del duque la sobresaltó y la hizo dar un respingo. Su doncella comenzó a subir las escaleras hacia su habitación, dejándolos solos en el vestíbulo.

—¿Cómo fue el paseo con Issacs? Espero que se haya comportado —preguntó el duque, observándola atentamente.

—Así fue —respondió ella, esperando que el aburrimiento que se colaba en su tono no fuera perceptible. Se aclaró la garganta e intentó sonar más entusiasmada—. Es muy agradable y todo

un caballero. Desea escoltarme en otro paseo pronto.

—Bueno, esas son buenas noticias.

Intentó no fruncir el ceño, pero supo que había fracasado.

—No pensé que encontraría tal información agradable, Su Gracia. Creía que no deseaba verme a menos de un metro de ese hombre.

—Bueno, eso era el tutor que hay en mí hablando, y nada más. No quiero verte arruinada antes de que puedas hacer un gran matrimonio.

Rosalind quería dar una patada en el suelo. ¿Qué le pasaba al duque que tan pronto era cálido como frío? ¿Por qué no podía ser cálido todo el tiempo? Era mucho más maleable cuando estaba cálido.

—Ya ha dicho eso antes, pero no se preocupe, Su Gracia —se acercó más a él, asegurándose la privacidad—. No le permitiré a lord Issacs las libertades que le he permitido a usted. Mi reputación en ese aspecto está a salvo.

Sonrió con suficiencia y se dio la vuelta para marcharse, pero antes de que pudiera moverse hacia las escaleras, él la agarró de la mano y la arrastró al comedor. Cerró la puerta de golpe y la empujó con fuerza contra ella.

Rosalind jadeó, pero su cuerpo cobró vida, ardió y dolió casi en el momento en que él la tocó. Agarró las solapas de su chaqueta y se deleitó con la visión de su mirada salvaje e incontrolada que se clavó en ella y la hizo sentir todo lo que alguna vez había deseado.

El hombre se tambaleaba al borde de perder el control, y ella quería empujarlo más allá de ese precipicio para ver qué sucedería después. Sus dedos se hundieron en su cabello, levantando su mirada para encontrarse con la suya. Bajó la cabeza de modo que sus labios estaban a un suspiro de los de ella. Casi podía saborear sus dulces labios. Había estado soñando con besarlo de nuevo desde el momento en que él salió de su habitación, lo que ahora parecía hacía eones, demasiado tiempo entre tan deliciosos interludios.

—No puedo pensar con claridad cuando estoy cerca de ti —murmuró.

Ella deslizó su mano por las solapas de su chaqueta y las deslizó alrededor de su cintura. Su cuerpo estaba cálido bajo la chaqueta, y podía sentir la tensión mientras él luchaba entre lo que deseaba y lo que creía que era honorable. Sin embargo, no había nada deshonroso en desear a una mujer, especialmente a ella. Deseaba tanto que la besara.

¿Lo haría ya y pondría fin a este anhelo que la desgarraba en dos?

—Entonces no pienses en absoluto, Nathaniel —se apretó contra él, aunque él la mantenía firmemente contra la pared. Su cuerpo inferior ondulaba contra el suyo, buscando la liberación de la que él le había dado una muestra la otra noche.

Sus acciones parecieron romper su control, y su cuerpo respondió, endureciéndose contra el de ella. Su mano se deslizó alrededor de su trasero, ahuecando su mejilla, sus dedos flexionándose contra su carne antes de apretarla contra él.

Rosalind jadeó. Podía sentirlo todo: su dureza presionada contra ella como una vara. Verdaderamente lasciva, Rosalind enganchó su pierna alrededor de su cadera y lo ayudó a provocar donde ambos dolían y buscaban la liberación.

—Maldita seas, Rosalind —sus labios rozaron los de ella, y ella buscó más de su beso antes de que él se retirara. Frotó su virilidad contra su sensible y húmedo sexo, y ella gimió, sus dedos clavándose en su espalda—. Las cosas que quiero hacerte. Si solo supieras, huirías de vuelta a Hampshire.

—O tal vez no —susurró ella, ondulando contra él, su cuerpo ya no era suyo, tan concentrado en alcanzar la liberación y sentir las exquisitas sensaciones de deshacerse en sus brazos.

Necesitaba sentir eso de nuevo. Estaba desesperada por ello.

Él la levantó completamente en sus brazos, su virilidad presionada en su centro mientras se deslizaba contra su ropa interior y la provocaba, llevándola hacia la liberación.

—Necesito oírte decir mi nombre. Voy a hacerte llegar tan fuerte que nunca volverás a mirar a otro hombre de la misma manera —declaró.

Rosalind ya tenía esa idea en mente, independientemente de lo que estuvieran haciendo en ese momento. No podía imaginarse emprendiendo algo así con nadie más que con Nathaniel. Sin embargo, ¿entendía él lo que estaba diciendo en el fragor de la pasión? Lo dudaba, o quizás se arrepentiría poco después. Pero ella podía ser paciente, y con el tiempo él también podría ver que eran perfectos el uno para el otro. Ciertamente saltaban chispas cuando estaban cerca, y eso en sí mismo no siempre era tan seguro entre las personas.

Él le acarició el coño, provocándola. La humedad se acumuló entre sus piernas, y ella se aferró, desesperada por él y por todo lo que podía darle. Su virilidad parecía crecer, y ella anhelaba desesperadamente tocarlo, provocarlo y aprender cada secreto de su persona.

Pero no había tiempo para eso ahora —al menos no aquí— quizás en otra ocasión cuando pudiera acorralarlo en un lugar privado de la casa donde no fueran interrumpidos.

—Nathaniel —el gemido escapó de ella mientras sensaciones exquisitas recorrían su centro y todo su cuerpo. Nathaniel la besó con fuerza, atrapando su grito con sus labios.

—Rosalind...

Él se movía contra ella, sus movimientos frenéticos pero nunca suficientes. Ella se aferró a él, arrancando de su persona cada onza de su liberación, deseando saborear el momento para siempre. Sus ojos se encontraron, cargados de deseo y satisfacción. Ella le sujetó la mandíbula, desesperada por capturar su imagen en su mente para poder recordar este momento por siempre.

—No sé qué estoy haciendo contigo —confesó él.

Rosalind entendía sus palabras y sus preocupaciones. Él era su tutor —un hombre destinado a verla casada con otro esta temporada— y sin embargo, ahora mismo, conociendo todo sobre el hombre en sus brazos, el hombre que la hacía sentir tan maravillosamente viva, era el único que había deseado jamás.

—No estamos haciendo nada malo, Nathaniel. Somos parientes lejanos, y aunque eres mi tutor, tenemos una edad similar. No me importa lo que piense la sociedad, y no quiero que tu miedo a sus juicios arruine lo que claramente está sucediendo entre nosotros —declaró.

—¿Y qué es exactamente eso? —La ayudó a ponerse de pie, y Rosalind ajustó su vestido, asegurándose de que todo estuviera como debía estar.

—Bueno, no sé tú, pero a mí me gustas mucho. Sé que es atrevido de mi parte decirlo, pero he disfrutado nuestra amistad, y ciertamente me deleito con cómo me haces sentir. Quiero que me hagas sentir así más a menudo. —Se acercó, rozó sus labios contra los de él y sintió la tensión recorrer su cuerpo—. No me tengas miedo, Nathaniel. No morderé. Lo prometo.

Él cerró los ojos, una expresión de dolor cruzando por su apuesto rostro. —Por Dios, Rosalind. —Abrió los ojos y sostuvo su mirada—. Me estás volviendo loco.

Ella sonrió, saboreando que había logrado provocarlo. Anhelaba llevarlo al punto en que pudiera aceptar ser uno de sus admiradores y, quizás, incluso pedir su mano en matrimonio.

Nathaniel como su futuro esposo le vendría muy bien.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

La noche siguiente era el baile de los Lygon, uno de los eventos más importantes de Londres cada temporada y un baile al que cualquiera que fuera alguien quería asistir. La asistencia de Nathaniel —incluso antes de convertirse en el Duque de Ravensmere— había sido asegurada por su amistad con Lord Lygon, quien lo organizaba con su querida madre desde la muerte de su padre varios años atrás.

Nathaniel no había escoltado a Rosalind y Lady Smithe al baile, aunque como tutor de Rosalind debería haberlo hecho. Vergonzosamente, se había quedado en White's la mayor parte del día, prefiriendo comer allí también, antes de regresar a casa, bañarse y cambiarse para el baile, mucho después de la hora en que Rosalind y Lady Smithe debían partir para el evento. Saludó a sus anfitriones, estrechando la mano de Lord Lygon y besando la mejilla de la viuda Vizcondesa Lygon antes de entrar en la sala.

El salón de baile estaba lleno a rebosar. Cientos de invitados bailaban y cotilleaban tanto en el salón como en las pocas antecámaras que la familia había abierto para la velada. Desde allí, Nathaniel podía ver que las puertas de la terraza estaban abiertas, y la gente deambulaba por el exterior, tomando el aire y un descanso de las festividades del interior.

Un grupo de caballeros bulliciosos y entusiastas se agolpaba cerca de un lado de la sala. Su risa y apariencia animada llamaron su atención. Nathaniel los observó durante varios latidos antes de que un escalofrío le recorriera la espalda al ver quién había captado su aprobación y atención.

Rosalind.

Se erguía ante todos ellos como una reina reinante lista para ser obedecida, y cada uno de los jóvenes galanes estaba ansioso por cumplir sus deseos. Mientras bebía la visión de ella, su boca se abrió ante la imagen que formaba: absolutamente impresionante. Esa noche llevaba un vestido imperio azul real con delicadas mangas abullonadas que descansaban sobre sus hombros esbeltos y bonitos. Hombros que había besado y deseaba volver a besar. Su cabello estaba recogido en rizos sobre su cabeza, adornado con una cinta azul entrelazada en sus oscuros mechones. Sus labios sonreían, sus mejillas se sonrosaban, y Nathaniel sabía que estaba disfrutando de la compañía de los caballeros.

Sin duda, cada uno de ellos le estaba haciendo cumplidos. ¿Y por qué no deberían? Era una mujer hermosa, amable, generosa y apasionada. Tan condenadamente apasionada que él se había corrido en sus calzones ayer en el comedor, nada menos. No es que pudiera arrepentirse de su interludio. Incluso ahora su miembro se estremecía ante el recuerdo. Maldición. Necesitaba dejar de pensar en ella de esa manera, y ciertamente no en eventos sociales. Nadie quería verlo caminar por ahí con su miembro al frente.

Sus palabras lo habían perseguido, y era una de las razones por las que había sido un cobarde y se había quedado en White's todo el día. No debería dejar que la sociedad le preocupara respecto a su posición de tutor y pupila. Pero si se enteraban de que algo romántico estaba sucediendo entre ellos mientras ella vivía bajo su techo, su reputación quedaría arruinada. Sin mencionar a sus hermanas por asociación. Y con Rosalind sin saber que también tenía medias hermanas en Londres —hermanas que eran hijas de una amante e ilegítimas— si ese escándalo saliera a la luz, no habría forma de saber qué daño podría causar a las mujeres que estaba encargado de cuidar. No podía, no debía, añadir a los problemas que podrían caer sobre ella y sobre ambos si alguna de esa información saliera a la luz.

Aun así, Nathaniel se encontró situado no lejos de donde Rosalind estaba, siendo cortejada por una serie de jóvenes galanes, con Issacs también allí, de pie junto a ella y alardeando a quien quisiera escuchar que ya había tenido una salida con Lady Rosalind. Sorbió su whisky e intentó no parecer malhumorado y descontento no solo con su amigo, sino también con los demás. Pero por dentro estaba hirviendo.

Odiaba cada momento en que ella estaba rodeada de otros hombres. Estaba tan absolutamente impresionante esta noche que no era sorpresa que los hombres acudieran en masa hacia ella. Lady Smithe, a quien podía ver de pie no lejos de Rosalind, parecía tan molesta como él, pero por razones completamente diferentes, suponía. La mujer era viuda, rica y aún atractiva, pero no era Rosalind. Había una dureza en Lady Smithe que Rosalind no poseía, y él suponía que tenía algo que ver con que Lady Smithe fuera demasiado opinada y cortante cuando creía que alguien no merecía su tiempo.

Rosalind, sin embargo, era el tipo de persona que se detendría a hablar con cualquiera y los ayudaría si pudiera. Era demasiado noble, demasiado buena para él. Él nunca había sido el tipo de caballero que hacía algo que no lo beneficiara. Dar a las hijas de Ravensmere una dote a cada una era prueba de ello. Egoístamente, quería deshacerse de ellas tan pronto como llegaran al mercado matrimonial, no porque tuviera un corazón bondadoso. Pagar a las hijas ilegítimas del difunto duque para que guardaran silencio también servía a su propósito, aunque era beneficioso para ambas partes. La segunda familia del duque no quería vivir como indigentes o perder su hogar, pues tal vida sería dura para mujeres de su clase. Pero después de conocer a Rosalind, quería hacerlo mejor, ser mejor, y sin embargo en eso había fracasado miserablemente.

En cada oportunidad, la arrastraba a una habitación y la tocaba, bebía de sus labios, acariciaba carne inocente que no tenía derecho a tocar. No era su esposo. Debería mantener sus manos quietas. Y aun así no lo hacía. Era un bastardo.

Lady Smithe lo vio y se acercó con paso arrogante, volviéndose para observar a Rosalind mientras era escoltada a la pista de baile.

—Lady Rosalind es todo un entretenimiento esta noche. Espero que no esté ilusionando a los caballeros más de lo que debería. Puede que tenga que hablar con ella sobre su enfoque hacia el sexo opuesto. Ha sido bastante atrevida a veces...

El tono de Lady Smithe contenía demasiado veneno para el gusto de Nathaniel, y la miró, notando su boca apretada y sus ojos entrecerrados. —¿Cómo le va como acompañante de Lady Rosalind? Esperaba que fueran amigas, pero me temo que puedo estar equivocado por lo que dice.

Sus ojos se ensancharon y compuso sus facciones, lo opuesto a lo que habían sido un momento antes. Nathaniel no estaba convencido, sin importar lo que dijera a continuación.

—Oh, no, es la chica más querida... solo me preocupo tanto por ella. Vivir en el campo durante tantos años la ha puesto en desventaja, y temo que la *ton* pueda devorarla viva si no

somos vigilantes.

Eso al menos era cierto, si no se comía a Rosalind primero. El pensamiento lo avergonzó, y frunció el ceño mientras observaba a Rosalind reír por algo que Lord Kelter dijo en la pista de baile. Su atención revoloteaba por la sala antes de que sus ojos se encontraran con los de él. Una pequeña sonrisa cómplice elevó sus labios y el calor se agitó en sus entrañas. Tragó la necesidad que surgía dentro de él. La mujer era una pícara y sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando lo miraba de esa manera, como si cada pensamiento de lo que habían hecho ayer por la tarde en el comedor revoloteara por su mente. Tal como había estado repitiéndose en su propia cabeza, torturándolo, provocándolo, haciéndole querer salir de su habitación cuando se había acostado la noche anterior y dirigirse a la puerta de ella para ver cuántas libertades le permitiría cuando estuvieran solos. Temía saberlo demasiado bien, y el pensamiento casi hizo que sus rodillas se doblaran. Dios mío, ¿qué iba a hacer?

—Quizás podría hacer notar más su presencia en el círculo de admiradores, para que estén más dispuestos a conformarse con las expectativas y no se vuelvan demasiado bulliciosos o entusiastas.

—Haré lo que sugiere. Ahora —dijo Lady Smithe, deslizando su brazo alrededor del suyo—, ¿le pediría a una vieja amiga que baile? Me temo que la viudez me ha convertido en una matrona a la que nadie invita a bailar.

Nathaniel suspiró para sus adentros. No tenía planes de bailar esta noche, al menos no con nadie que no fuera Rosalind. Aun así, Lady Smithe era una vieja amiga, aunque a veces pudiera ser quisquillosa. Se compadeció de ella y la condujo a la pista, atrayéndola a sus brazos y al baile con facilidad.

Durante varias vueltas por la sala, no habló, ni prestó mucha atención a lo que sucedía a su alrededor, perdido en sus pensamientos. Pero el aroma a jazmín despertó su conciencia, y levantó la mirada para ver a Rosalind observándolo desde los brazos de su compañero de baile, su rostro cuidadosamente controlado, tanto que no podía discernir sus pensamientos. Aun así, no podía apartar la mirada, deseando ser él quien tuviera a Rosalind en sus brazos, no ese petimetre de Kelter.

Era un hombre condenado, sin duda, y había pocas esperanzas de que saliera vivo de la temporada.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

Rosalind podía asegurarse, sin lugar a dudas, que no le gustaba ver a Nathaniel bailando con nadie, especialmente no con su acompañante, Lady Smithe. La mujer, estaba segura, no le agradaba. De hecho, Rosalind estaba convencida de que Lady Smithe apenas la toleraba, y no muy bien. Sin embargo, ver a Nathaniel bailando y presenciar la sonrisa engreída de Lady Smithe cada vez que alguien los observaba hacía que la envidia de Rosalind aumentara.

¿Acaso Lady Smithe deseaba a Nathaniel de la misma manera que Rosalind? No podría culparla si ese fuera el caso. Pero si su señoría pretendía reclamar a Nathaniel para sí misma, lo haría bajo su propio riesgo. Rosalind no era el tipo de mujer que renunciaba a algo que deseaba sin luchar, y ella quería a Nathaniel. Desesperadamente.

El baile llegó a su fin, y Rosalind observó con mórbida fascinación cómo Nathaniel levantaba la mano de Lady Smithe y besaba el dorso de su guante. Su risa y su sonrisa hicieron que la envidia hirviera en sus venas. ¿Qué pretendía, siendo tan familiar con su señoría después de todo lo que habían hecho juntos?

—Permítame escoltarla de vuelta con su acompañante, Lady Rosalind —dijo Lord Kelter, sacándola de sus pensamientos.

—Gracias, mi lord —respondió ella, recuperando la compostura mientras regresaba con sus muchos admiradores que se encontraban cerca de Lady Smithe y el duque. Rosalind controló sus facciones, esperando que su rostro no traicionara el tumulto que rugía en su interior.

¿Estaba el duque intentando ponerla celosa? ¿Estaba tratando de convencerse a sí mismo de que no podían estar juntos y que debería estar con otra, tal vez Lady Smithe? La idea lo convertía en un tonto si creía, aunque fuera por un minuto, que tal unión funcionaría. Lady Smithe, aunque sin duda codiciaba al duque, pronto se desilusionaría con él cuando no cayera a sus pies ante cada capricho. Su fastidio crecería, y luego también su desprecio y antipatía. No, nunca funcionarían. Pero el duque y Rosalind, bueno, eso era algo de lo que ella necesitaba convencerlo antes de que le diera a Lady Smithe más esperanzas de las que eran justas.

—Baila usted hermosamente, Lady Rosalind. Nadie creería que ha vivido tanto tiempo en el campo sin sociedad —comentó el conde de manera casual.

Ella luchó por no declarar que, aunque del campo, estaba lejos de ser inculta o poco instruida. —Gracias, mi lord, es usted muy amable. Pero mis hermanas y yo a menudo practicábamos, así que estamos bien versadas en los bailes actuales de la ciudad —respondió.

—No lo dudo. —Lord Kelter sonrió traviesamente y, al igual que el duque había hecho con Lady Smithe, tomó su mano y besó el dorso de su guante.

Rosalind sonrió, pero no hubo mariposas, ni esperanza o deseo que la recorrieran, simplemente un agradable intercambio entre dos personas destinadas a seguir siendo amigos.

Lord Kelter la dejó de vuelta con sus admiradores, junto a Nathaniel y Lady Smithe.

Su señoría se alejó con paso ligero y el duque se aclaró la garganta. Su ceño fruncido hacia el vizconde que se marchaba era evidente para cualquiera que pudiera estar observando.

—Parece muy feliz, Lady Rosalind —observó Lady Smithe, su rostro radiante después de su baile con el duque y el evidente placer que le había proporcionado.

—Lo estoy, mi lady. Lord Kelter es un hombre muy agradable, y bailaría con él de nuevo si me lo pidiera.

—Solo se le permite un baile por caballero por noche. No habrá cejas levantadas cuando se trate de *mi* pupila. —La manera en que el duque acentuó la palabra *mi* llamó la atención de Rosalind, y ella arqueó una ceja, insegura —después de su entusiasta baile con Lady Smithe— de que debiera referirse a alguien como su propiedad.

—No puede tener objeciones a que Lady Rosalind baile de nuevo con Lord Kelter. Se le permiten dos bailes por noche. —Lady Smithe estudió al duque por un momento, y Rosalind se preguntó si sentía curiosidad por su antipatía hacia los caballeros que la cortejaban—. ¿No desea que su pupila se case?

Nathaniel titubeó antes de lograr responder: —Por supuesto, Lady Smithe. Solo me preocupo por su reputación.

Rosalind se burló y se mordió el labio al darse cuenta de que había ridiculizado las palabras del duque. En verdad, estaba siendo bastante absurdo y sobreprotector, especialmente cuando no podía tenerla en sus brazos en este mismo momento y reclamarla como suya, ni lo haría. No tenía derecho a ser dominante cuando se trataba de los hombres con los que estaba tan decidido a que se casara.

—Lady Rosalind, recuerde las reglas del cortejo. Un caballero puede bailar con usted dos veces, pero no más. Nunca debe estar sola y sin chaperón en ningún momento. No debe usar nuestros nombres de pila al hablar entre ustedes. Una dama escucha más de lo que habla.

Rosalind encontró la mirada de Nathaniel mientras Lady Smithe recitaba algunas de las reglas, dejando muchas otras sin decir. Ya había estado usando el nombre de pila del duque, y habían estado solos juntos tanto en el carruaje como en la casa. El recuerdo de lo que había ocurrido en el comedor el día anterior la acosaba, y anhelaba la misma intimidad de nuevo, incluso si él estaba siendo desagradable y malhumorado esta noche.

—Entiendo perfectamente y tendré en cuenta todo lo que ha dicho —respondió.

Lady Smithe sonrió y, al ver a otro conocido, dejó a Rosalind a solas con Nathaniel.

Rosalind se acercó a él, asegurándose de que su conversación permaneciera privada. —¿Qué diría Lady Smithe si supiera que usamos nuestros nombres de pila en privado? Estoy segura de que sufriría una apoplejía si oyera lo demás que hemos hecho.

—¿Me está amenazando? —El tono frío de Nathaniel la sobresaltó, y su mirada voló hacia la de él, esperando una respuesta a su broma pero encontrándolo mirando con ojos fríos y duros, desprovistos de alegría.

—No, por supuesto que no. ¿Por qué diría tal cosa o lo pensaría? —Sus palabras le provocaron un escalofrío, y todo el disfrute de la noche se desvaneció ante su desaprobación. Ella nunca había sido vengativa, y ahora el dolor se alojaba en su pecho al pensar que él la considerara así. Él no dijo nada más, simplemente dirigió su atención a los bailarines frente a ellos, permaneciendo callado y distante.

Rosalind puso espacio entre ellos, debatiendo su próximo movimiento. Una parte de ella quería recriminarle por atreverse a ser tan grosero. ¿Cómo podía tocarla y besarla como lo había hecho, solo para reprenderla como si fuera una niña incapaz de distinguir entre el bien y el mal?

Ella sabía que lo que estaban haciendo estaba mal: no estaban casados, y ella era su pupila. Ella era una doncella, y él un libertino. Pero no era una niña tonta a la que se le pudiera hablar con tanta falta de respeto, especialmente cuando él estaba tan ansioso por participar en todos aquellos actos perversos que un caballero no debería hacer sin supervisión.

—Estoy esperando una disculpa, Su Gracia. Cuando esté listo —dijo ella, observándolo, esperando que sintiera una pizca de incomodidad.

Un músculo se tensó en su mandíbula, pero tercamente no ofreció disculpa alguna. —Debería dar una vuelta por el salón y bailar con otros caballeros antes de que termine la noche. Está desperdiciando su tiempo aquí conmigo.

Quizás eso fuera cierto. ¿Estaba desperdiciando su tiempo y esperanzas depositándolas en el hombre equivocado, uno que claramente se preocupaba más por la opinión de la sociedad que por su propio corazón? Un hombre no toca a una mujer ni pronuncia palabras tan dulces sin que su propio corazón se conmueva. Era un necio, pero ella no se dejaría engañar cayendo en sus brazos solo para ser tratada como el fango bajo sus botas cuando estuvieran en público.

—Sí, bueno, quizás debería dar una vuelta. Hay otros caballeros presentes esta noche que son mucho más agradables que usted —hizo una pausa y miró por encima del hombro—. Puede retirarse. Lady Smithe me llevará a casa a salvo cuando termine el baile. No hay necesidad de que mi tutor intimide a todos y los ahuyente. Buenas noches, Su Excelencia.

Rosalind alzó la nariz y fue en busca de sus admiradores y las pocas amigas que había hecho durante su baile de presentación. Sus ojos escocían y tragó con dificultad. No lloraría por un hombre. ¿Cómo se atrevía a estar tan emotiva simplemente porque él era el primero en hacerle sentir algo más allá del aburrimiento?

Necesitaba dar a otros caballeros la oportunidad de ganar su interés; seguramente habría más de un hombre en esta fabulosa tierra verde capaz de hacer que su corazón se acelerara y su estómago revoloteara. Era estadísticamente imposible que el duque fuera el único.

Imposible.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

Rosalind iba sentada en el carruaje, callada y pensativa mientras regresaban a casa del baile de los Lygon. Que no le hablara, Nathaniel podía entenderlo, y se odiaba a sí mismo por haber tenido que levantar un muro para intentar salvarla de lo que fuera que estaban haciendo. Lo que él estaba haciendo —buscarla, llevarla a habitaciones apartadas y besarla hasta dejarla sin aliento— era enteramente culpa suya.

La observaba, incapaz de apartar la mirada de su perfil mientras ella contemplaba las calles de Mayfair que pasaban fugaces. Diablos, era hermosa —una mujer que lo hacía sentir completamente desconcertado con su sola presencia. No que fuera a decírselo. Ya tenía demasiado poder sobre él. No necesitaba que supiera nada más que eso.

—¿Ha pasado una velada agradable? —preguntó, sabiendo que ella parecía haberla disfrutado, mientras él había observado con agonía, forzado a escuchar a Lady Smithe oscilar entre carabina preocupada y chismosa mordaz. No es que estuviera cumpliendo con su deber esa noche; no, se había quedado en el baile y no se la encontraba por ninguna parte cuando llegó el momento de partir. Así que se habían marchado sin su señoría. Sin duda, mañana eso también sería otro motivo por el que sería amonestado.

—Muy agradable, gracias. Creo que el té que organizaremos esta tarde estará repleto de caballeros interesados.

Nathaniel miró por la ventana mientras el alba besaba los edificios de piedra de Londres.

—Espero que todos sean apropiados —declaró, sabiendo perfectamente que no podía controlar cada faceta de su vida, por mucho que lo deseara.

Ella lo miró entonces, sus ojos carentes de calidez.

—Más apropiados que usted, Su Gracia. Ninguno de ellos me arrastró al comedor y me manoseó como lo hizo usted, si es eso lo que está preguntando.

Él tragó la bilis que le subía por la garganta, odiando que ella estuviera enojada con él.

—Lamento mi conducta. Mereces mucho más de lo que te di. Me avergüenzo de cómo te traté.

Ella negó con la cabeza, frunciendo los labios en una línea de disgusto.

—Usted... se averg... ¿Cómo se atreve a besarme, a desearme como lo hace, y luego volverse frígido, más frío que las Tierras Altas de Escocia? No creo lo que está diciendo. No creo que no me aprecie o que no me desee todavía, así que deje de fingir tener una brújula moral cuando no posee una.

Él apretó los puños a los costados antes de entrelazarlos para evitar sentarse junto a ella. Para explicarse claramente, nada más.

—Pero debería haberme abstenido de besarte o tocarte como lo hice. Fue incorrecto y

reprochable.

Ella gruñó y golpeó su asiento.

—Basta, Nathaniel. Deja de fingir que lo que hicimos estuvo mal. Nunca he sentido algo tan correcto en mi vida. Cobro vida en tus brazos, y lo sabes muy bien, así que deja de decir que soy un arrepentimiento, que no me deseas, porque sé que sí. Sé que ardes tanto como yo ardo por ti.

—Pero es perverso, y necesito enmendar lo que hice o nunca me lo perdonaré. No puedo permitir que seas arruinada. Hacerlo pone en riesgo a tus hermanos, y eso no es justo para ninguno de ellos. Me siento como un viejo que babea por una mujer de la que se supone que debo cuidar. Hombres como esos a los que he ridiculizado en el pasado, y aquí estoy, haciendo lo mismo.

—Solo eres tres años mayor que yo, no una reliquia antigua lo suficientemente vieja como para ser mi abuelo.

—No volveré a tocarte. Debes buscar a tu esposo en otra parte, como lo has hecho esta noche. La pasión entre las personas no significa que seamos adecuados como marido y mujer, y no permitiré que nuestros nombres sean manchados por más chismes. Soy responsable de ti. Ahí es donde debe terminar esta relación.

Ella lo miró fijamente, claramente desconcertada por sus palabras que contradecían sus acciones de las últimas semanas. Él se volvió para mirar por la ventana, a cualquier parte menos a Rosalind. Odiaba ver la decepción en sus ojos, pero creía que con el tiempo ella le agradecería que le permitiera encontrar un amor verdadero e inquebrantable en otro lugar.

—Muy bien, Su Gracia, lo que usted desee, pero sepa esto. Nunca le permitiré tocarme, besarme o intentar tener relaciones íntimas conmigo de nuevo a partir de esta noche. No venga a mí arrepintiéndose de su elección, porque no quiero oírlo. No me gusta que me tomen por tonta, y que me haya hecho hacerlo es imperdonable. No lo permitiré una segunda vez.

Sus palabras le helaron la sangre, y tragó la bilis que le subía por la garganta, sabiendo que ella hablaba en serio. Que nunca volvería a tocarla, a sentir la suavidad y el entusiasmo de su boca, lo dejó desolado. Por muy difícil que hubiera sido su elección, era lo mejor. Estaba seguro de ello, y con el tiempo ella agradecería su contención.

El carruaje se detuvo, y antes de que un lacayo pudiera correr a abrir la puerta, Rosalind la había empujado y se apresuraba a entrar en la casa.

Nathaniel la vio alejarse. Una guerra se libraba en su interior: quería llamarla y al mismo tiempo quería que se fuera. Los tutores no se casaban con sus pupilas. La idea era a la vez apropiada y vil, y muchos alzarían sus cejas con disgusto si llegara a suceder.

Ella desapareció en la casa, y él bajó para seguirla. En lugar de retirarse a sus habitaciones, entró en su estudio. No importaba cuántas citas trajera el día, aún no estaba listo para irse a la cama. Se quedaría allí pensando, mirando al techo y debatiendo sus elecciones, si eran buenas o malas. Ahora mismo, todo se sentía mal. Tan, tan mal.

Más tarde ese mismo día, el té de la tarde fue un éxito según todas las opiniones, pero Nathaniel no podía pensar en nada peor que ver un desfile de jóvenes galanes —o al menos hombres de su conocimiento, algunos de ellos amigos— haciendo fila para cortejar a Rosalind. Bebió su té, esperando que la bebida lo despertara de la pesadilla que él mismo había creado. Esto era lo que quería que Rosalind hiciera, y a juzgar por los hombres empalagosos que la rodeaban y escuchaban cada una de sus palabras, eso era exactamente lo que estaba haciendo. Ella no lo había mirado ni una sola vez, ni siquiera le había dado las buenas tardes cuando entró en la sala con Lady Smithe, quien también parecía estar absorta en sus chismes vespertinos con varias amigas de su edad.

Nathaniel ahogó un suspiro y se reclinó en su silla, dando la bienvenida a la vista de Lord Issacs cuando entró en la sala. En lugar de dirigirse directamente a Rosalind, el marqués vino y se sentó a su lado.

—Ravensmere, ¿cómo estás esta tarde? Te ves cansado, amigo mío. ¿Es la emoción de la Temporada lo que te mantiene despierto por las noches? —preguntó.

El brillo travieso en los ojos de su amigo puso a Nathaniel en guardia, y se preguntó si ya había rumores sobre él siendo el tutor de una mujer que solo era tres años menor que él. ¿O el hombre simplemente lo estaba provocando ya que eran amigos e Issacs se había encariñado con su pupila?

—En absoluto. ¿Qué te da esa impresión? —respondió Nathaniel.

—Bueno, mira, amigo mío —dijo Issacs, haciendo un gesto hacia Rosalind—. Ser el tutor de una joven con medios y belleza debe ser una tarea enorme para un hombre acostumbrado a hacer lo que le plazca cuando le plazca. No es para los débiles de corazón.

—No me digas que vas en serio con tu intención de conquistar su corazón. Conozco todo lo que hay que saber sobre ti, Issacs, y creo que te encontraría carente de los requisitos para ser un esposo si fueras serio y no simplemente estuvieras burlándote de mi papel como tutor. —No es que Lord Issacs no fuera apuesto o adinerado, pero era un libertino de pies a cabeza, prefiriendo la caza a la presa. No era para Rosalind.

—Aún no he tomado una decisión. Es ciertamente una belleza, pero no estoy seguro de querer una esposa este año. Coquetear es divertido. Eso es todo por lo que he venido esta tarde. Debo mantenerte alerta, Ravensmere; un poco de tu propia medicina y todo eso.

—Qué buen amigo eres. —Nathaniel sacudió la cabeza, aliviado de que al menos Issacs no estuviera persiguiendo a Rosalind seriamente. Su atención volvió a Rosalind, y se quedó helado en el momento en que presenció cómo Lord Felton le entregaba una pequeña nota doblada.

El demonio.

¡Cómo se atrevía a actuar de manera tan imprudente y rápida! Tendría que hablar con Rosalind sobre esa nota y averiguar qué contenía para poder metérsela por la garganta a Felton. Algo que haría cuando tuviera al bastardo a solas, donde nadie pudiera ver lo que le haría cuando lo hiciera.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Después del té de la tarde, la curiosidad de Rosalind pudo más que ella mientras paseaba por los jardines para leer lo que Lord Felton había escrito. Abrió la misiva y escaneó rápidamente su contenido:

Mi bella dama, concédeme una dulce oportunidad, De reclamar tu mano por amor, no solo por un baile. Ni los murmullos, ni los decretos de la alta sociedad, Podrán alejar mi corazón de ti jamás.

El calor floreció en sus mejillas mientras miraba fijamente las palabras. ¿Realmente Lord Felton sentía eso por ella? Ciertamente disfrutaba de la compañía del caballero. Era divertido y la hacía reír mucho, pero nunca lo había considerado un poeta o un romántico. Su cuerpo no se inclinaba en lo más mínimo a romantizarlo, aunque quizás tenía un lado oculto que anhelaba el amor y un matrimonio feliz.

Tal vez sería una tonta si lo rechazara con la esperanza de que Nathaniel cambiara de opinión, entrara en razón y viera que la armonía que ardía entre ellos era real y tangible, algo que no debería ignorar para no perderlo para siempre. A pesar de haberle advertido que nunca más le dejaría tocarla, Rosalind supo que las palabras eran una mentira en el momento en que las pronunció. Por supuesto que le dejaría tocarla de nuevo. Todavía lo deseaba, aunque sus acciones la dejaran frustrada y molesta. Todo lo que él necesitaba hacer era tocarla y ella se desmoronaría en un ovillo de deseos y necesidades.

—Lady Rosalind —sonó una voz cerca de la terraza.

Rosalind se volvió para ver a Lady Smithe caminando hacia ella con una pequeña y decidida sonrisa en su rostro, un cambio notable respecto a la decepción habitual que mostraba cuando hablaban. Rosalind estaba segura de que la mujer no era su amiga. De hecho, a veces se preguntaba por qué había aceptado ser su acompañante.

Rosalind dejó de caminar y volvió a meter la nota en su bolsillo, pero antes de que pudiera preguntar cómo iba progresando el día de su señoría, Lady Smithe metió la mano en su bolsillo sin pedir permiso y le robó la nota. La agitó acusadoramente frente a la nariz de Rosalind. Rosalind intentó arrebatársela, pero Lady Smithe fue demasiado rápida y no pudo hacerlo.

—Devuélvamela —exigió Rosalind, tratando de alcanzarla.

Pero su señoría fue demasiado rápida y abrió la nota, leyéndola rápidamente antes de mirar a Rosalind con disgusto.

—No quería creerlo, pero el duque tenía razón. ¿Sabes lo escandaloso que es aceptar una nota secreta de un caballero admirador? No puedes aceptar tales regalos.

Rosalind se quedó inmóvil ante sus palabras mientras la ira corría por sus venas. Nathaniel le

había contado a Lady Smithe. ¿Ahora también era un soplón?

—No es nada, mi lady. Por favor, no le dé más importancia a la situación de la que merece —dijo, ya aburrida de la conversación.

—El duque ciertamente piensa que merece que yo lo sepa. —Lady Smithe negó con la cabeza, meditando sus siguientes palabras—. En serio, niña... ¿en qué estás pensando actuando tan precipitadamente?

—No soy una niña. Tenemos la misma edad, Lady Smithe. No sea tan irrespetuosa y recuerde su lugar. Usted es mi acompañante, no mi madre ni mi tutora. No se extralimite. —Rosalind no pretendía hablarle bruscamente a su señoría, pero realmente, ¿acaso la mujer no veía lo absurdo de su reprimenda?

—¡Cómo te atreves a hablarme de esa manera! —Los ojos de Lady Smithe se llenaron de lágrimas—. ¡Y después de toda la amabilidad que te he brindado!

¿Le había brindado mucha amabilidad a Rosalind? Rosalind solo podía recordar un puñado de ocasiones, y esas solo habían sido cuando el duque o alguien de valor —en opinión de su señoría— estaba presente. Aun así, no estaba en la naturaleza de Rosalind ser cortante o desagradable, y se compadeció de Lady Smithe.

—No deseo discutir, mi lady. Aprecio todo lo que está haciendo por mí, pero no envié una nota de vuelta a Lord Felton. Hay pocas posibilidades de que este intercambio entre nosotros termine en escándalo.

—Había varias matronas chismosas de la alta sociedad en el té de la tarde. Cualquiera de ellas podría haberlo visto y ahora mismo estar recorriendo todos los salones que puedan, para hablar de lo que vieron. No me sorprendería que en el baile de esta noche fueras el tema de conversación de todo Londres.

El horror de tal pensamiento paralizó el corazón de Rosalind, pero se recompuso, negándose a creer que algo así pudiera ocurrir. No había hecho nada malo.

—Todo estará bien, mi lady —susurró, deseando que su tono sonara más confiado de lo que lo hacía.

—Todo estará bien, ¿no es así, niña?

Rosalind se mordió la lengua para no responder al repetido uso del término "niña" por parte de Lady Smithe. Claramente, la mujer quería irritarla.

Lady Smithe levantó la nota y la leyó de nuevo, frunciendo los labios en un gesto de desaprobación.

—El hombre claramente desea tener un encuentro contigo. Esta carta es prácticamente vulgar. —Hizo una pausa—. El duque debe leerla inmediatamente.

—No se la muestre al duque, se lo suplico —rogó Rosalind, tratando de alcanzar la nota de nuevo, pero Lady Smithe fue demasiado rápida. Comenzó a caminar de vuelta hacia la casa, sus pasos decididos demasiado ansiosos como para provenir de una preocupación real, y no del resultado que deseaba lograr. El de que Rosalind fuera reprendida como una tonta y quedara en ridículo.

Rosalind la siguió rápidamente sin correr como una lunática. Lady Smithe, apresurada en sus pasos, tropezó al entrar en la oficina del duque sin llamar, y Rosalind la siguió. El duque levantó la vista de los muchos libros de contabilidad extendidos frente a él, con el ceño fruncido entre sus hermosas cejas mientras las observaba a las dos.

Lady Smithe, la serpiente en la que se estaba convirtiendo, se acercó al escritorio del duque como si llevara algún precioso artefacto antiguo en lugar de unos versos garabateados de un pretendiente.

—Su Gracia, en efecto, usted tenía razón. Lady Rosalind ha caído en desgracia y está comunicándose con Lord Felton. Mire esta misiva; es bastante reveladora de que hay algo entre los dos. Creo que sería prudente invitar al caballero y discutir sus intenciones.

Rosalind puso los ojos en blanco, nunca había oído algo tan absurdo.

—Oh, sea seria, Lady Smithe. No he estado comunicándome con él en absoluto.

—Entonces explica lo que vio el duque y lo que tengo ahora mismo en mi mano.

—Tienes una nota que él me entregó y a la que no respondí. Eso es todo.

El duque tomó la nota extendida de Lady Smithe, la leyó, luego la arrugó y la arrojó hacia la chimenea.

—¿Estás en comunicación con Lord Felton? —preguntó Nathaniel.

Su pregunta dolió más de lo que Rosalind deseaba admitir, y encontró su mirada, decidida a no ser tachada de libertina, lo cual no era, al menos no con el conde. En cuanto al hombre sentado frente a ella, observando cada uno de sus matices, eso era otro asunto completamente distinto.

—Solo cuando hablamos en los tés de la tarde y en los bailes, como todo el mundo.

—No le creo, Su Gracia. Debe controlarla antes de que sea demasiado tarde y se arruine, junto con sus hermanas.

—No deberás estar a solas con Lord Felton de ahora en adelante, y ciertamente este tipo de comunicación debe terminar. ¿Entiendes? —Su tono sonaba más frío y distante de lo que ella jamás lo había escuchado antes.

Rosalind se quedó boquiabierta. ¿Quién era este hombre frente a ella? No reconocía al caballero inexpresivo y desaprobador que una vez la había envuelto en su calidez y la había hecho sentir viva. —No he estado a solas con él y no aprecio la idea de que lo haya estado.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Nathaniel, y miró a Lady Smithe, quien observaba entre ellos con una sonrisa divertida y satisfecha que torcía su rostro normalmente bonito en algo feo y maquinador. Rosalind ya no se dejaría engañar creyendo que la dama tenía alguna inclinación o deseo de ser su amiga.

—Su señoría ciertamente piensa que lo que sea que haya estado sucediendo entre ustedes es prueba suficiente de tus sentimientos por él y su disposición a enviarte notas de amor.

Rosalind negó con la cabeza. —No seguiré escuchando esto. —Se dirigió hacia la puerta, pero no llegó lejos antes de que la voz dura y autoritaria del duque la detuviera en seco.

—No se te ha dado permiso para retirarte.

Rosalind se volvió y miró con furia al duque, asqueada por cómo la había tratado por algo tan irrelevante. Antes de que él pudiera decir otra palabra, giró sobre sus talones, abrió la puerta de un tirón y salió precipitadamente. Ignoró el sonido del jadeo sorprendido de Lady Smithe y los lamentos resonantes.

—Oh, lo siento terriblemente, Su Gracia. Le he fallado con nuestra protegida.

¡Qué absurda era esa mujer, y qué exasperante era el duque! Rosalind subió las escaleras furiosa, y justo cuando llegaba a su habitación, una mano se extendió y la agarró del brazo, haciéndola girar. Miró hacia arriba al duque, ignorando la chispa de deseo que se encendió dentro de ella ante su tacto. Estaba enojada con él y no se doblegaría ante sus absurdas acusaciones. No lo haría.

Maldita sea. No lo haría.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

—¿Está usted enamorada de Lord Felton? —Su pregunta brotó antes de que pudiera pensar en otra cosa que decir. Tenía tantas cosas que deseaba expresar a la mujer en sus brazos, la misma mujer por la que suspiraba y soñaba cada hora de cada día. El mero pensamiento de ella con el conde casi le había hecho estallar la cabeza, y leer la misiva casi le había despojado de todo autocontrol, hasta el punto de querer gritar al mundo... y a Rosalind también.

Maldita sea, necesitaba controlarse a sí mismo y a sus emociones.

—¿Y qué si lo estoy? ¿No es eso lo que usted quiere que sea? —Ella alzó la barbilla, y él anheló sujetarla, inclinarla hacia arriba y besarla hasta someterla.

Su respuesta, sin embargo, sumió su mente en el caos, y no pudo pensar con claridad ni formar las palabras para estar de acuerdo con ella. Debería, por supuesto. Era por eso que Rosalind estaba en Londres: para encontrar un marido y casarse.

El sonido de pasos en las escaleras los interrumpió, y él se apartó, soltando su brazo y componiendo su semblante. No podía ir tras ella de esa manera.

Ella tenía razón, por supuesto. Él estaba actuando de manera contradictoria, y necesitaba parar. Le había dicho que se casara con otro, que se enamorara, y necesitaba dejarla hacerlo.

—Siempre y cuando mantenga su reputación intacta, eso es lo que deseo. Pero en el futuro, no intercambie notas con nadie. No es propio de una dama de su posición, y puede levantar sospechas si se hace público.

Los ojos de Rosalind se estrecharon, y Nathaniel nunca la había visto mirarlo con tanto desprecio. Sin embargo, eso era exactamente lo que quería que ella sintiera por él. De cualquier otra manera, habrían terminado en los brazos del otro hasta perder completamente el sentido.

—Es usted un hipócrita. Aléjese de mí. —Rosalind giró sobre sus talones, entró en su habitación y le cerró la puerta en la cara. Él suspiró y cerró los ojos, odiando que ahora ella lo detestara. Despreciaba no haber podido controlar sus emociones, deseos y necesidades cerca de ella, y ahora ella estaba herida y molesta, enojada con él.

—Venga, Su Gracia. —Lady Smithe enlazó su brazo con el de él. Incapaz de reunir fuerzas para negarse, le permitió guiarlo de vuelta a su despacho—. Hablaré con Rosalind cuando se haya calmado y todo estará bien. Es una querida niña, y estoy segura de que el cortejo de Lord Felton es honesto y correcto. Simplemente no estamos acostumbrados a estar en posiciones de responsabilidad, y nosotros también debemos adaptarnos y aprender a lo largo de la temporada.

Todo cierto, no podía discutir sus puntos. Aun así, mientras se sentaba detrás de su escritorio con el trabajo esparcido frente a él, no podía pensar en nada más que en la mujer arriba que estaba furiosa por sus acciones. Se odiaba a sí mismo por haberla lastimado.

—Asistiré al baile de los Tatton esta noche, Lady Smithe, así que ayudaré a acompañar a

Lady Rosalind. Nos aseguraremos de que Lord Felton sea sincero antes de permitirle más libertades con nuestra pupila. —Si es que le permitía acercarse a Rosalind en absoluto.

—Muy bien, Su Gracia. Hasta esta noche.

Lady Smithe lo dejó entonces, solo afortunadamente, para que pudiera sentarse y pensar. Sumirse en su propia miseria. Esa era más bien la verdad.

Más tarde esa noche en el baile de los Tatton, Nathaniel una vez más se vio obligado a ver a su pupila ser escoltada por el salón, bailando hasta que su sonrisa era tan amplia como siempre y sus mejillas rosadas de placer.

Sabiendo que estaba enojada y molesta, se sintió aliviado de verla disfrutar de su tiempo en Londres. Se consoló con el hecho de que sus admiradores eran muchos y que nunca estaba sin amigos o buena compañía. Una emoción agridulce lo invadió mientras apuraba lo último de su whisky y llamaba a un lacayo para otro vaso. Así era como debía ser. Así estaba cumpliendo con su deber.

Lord Kelter escoltó a Lady Rosalind a su lado, y la decepción apuñaló a Nathaniel cuando ella no le prestó atención ni lo saludó. Simplemente se paró junto a él, hablando animadamente con Lord Kelter y dándole a él el corte directo.

Nada que no mereciera.

—Digo —dijo Lord Kelter con una sonrisa—, qué encantador es tener a la familia Ravensmere de vuelta en Londres. Los legítimos, al menos.

Su señoría se rió y Nathaniel casi escupió su whisky ante las palabras del vizconde. Se quedó inmóvil y miró a Rosalind, quien fruncía el ceño a su señoría como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—Disculpe, mi lord. ¿Legítimos? ¿Qué quiere decir?

—Oh, bueno, en cuanto a eso —Lord Kelter balbuceó, mirando a Nathaniel antes de agarrarse la corbata como si estuviera demasiado apretada. Y sería un nudo alrededor del cuello del bastardo si no mantenía la boca cerrada. Nathaniel lo miró fijamente, advirtiéndole que no dijera una palabra, y Lord Kelter tropezó con su respuesta, inseguro y cansado mientras su mirada se movía entre Nathaniel y Rosalind.

—Nada, mi lady. Me equivoqué al hablar.

Rosalind, rápida de mente y lengua, no pareció convencida. —No, usted no se equivocó al hablar, mi lord. Pero estoy interesada en saber qué quiso decir con *Ravensmeres legítimos*. ¿Hay ilegítimos? —Se rió, pero cuando Lord Kelter no lo hizo, pronto cayó el silencio entre ellos.

—¿Su Gracia? —preguntó, mirando directamente a los ojos de Nathaniel. Una pregunta en los suyos que él no deseaba responder.

Dios mío, ¿qué diría? ¿Qué podría decir? Había esperado que ella nunca llegara a saber lo que su padre hacía en Londres mientras ellos estaban acurrucados en el campo como huérfanos.

—¿Le gustaría bailar? —preguntó, tratando de cambiar de tema y evitar responder a su pregunta.

Ella cruzó los brazos y negó con la cabeza. —No, no lo deseo, pero usted, Lord Kelter, me responderá y me dirá qué quiso decir con esas palabras si el duque no lo hará.

—Yo ah... Bueno... no está confirmado. Nadie lo sabe con certeza...

Nathaniel se aclaró la garganta. ¿Hacía calor en este salón de baile? ¿Por qué el espacio estaba tan sofocante? —Venga, bailemos, Lady Rosalind. No he tenido el placer esta noche.

—Ni lo tendrá —respondió ella secamente—. Ahora dígame, Lord Kelter —exigió, con una voz que no admitía discusión.

El vizconde suspiró, y Nathaniel se encogió, sabiendo que el hombre estaba a punto de ceder.

—Hay un rumor, Lady Rosalind. Posiblemente el secreto peor guardado de todo Londres, pero su difunto padre, el duque, tenía una amante. De su asociación con esa mujer, engendró tres hijas. Ravensmeres ilegítimos. Eso es todo lo que quise decir. —Lord Kelter miró sus botas, avergonzado por su propia bocaza—. Si me disculpan. Creo que veo a alguien... Lord y Lady... me buscan.

Rosalind se volvió hacia Nathaniel, y él se preparó para la conversación que se avecinaba.

—¿Mi padre engendró hijos en Londres, y no me lo dijiste? —exigió ella mientras lo empujaba para pasar. Él la siguió de cerca, tratando de mantener el paso mientras ella se escabullía entre la multitud, su determinación de marcharse tras semejante noticia era evidente para todos los que notaban su angustia. La alcanzó justo cuando ella llamaba a un coche de alquiler, renunciando al carruaje ducal.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —demandó, con su cuerpo prácticamente radiando tensión.

Él se paró a su lado y se pasó una mano por el pelo, deseando habérselo dicho y que ella no se hubiera enterado por algún desliz de lengua de algún tonto presumido. —Lo sé desde que heredé el título.

Ella lo miró, con los ojos llenos de lágrimas. —Así que todo Londres sabe que mi padre tenía una familia aquí en la ciudad —ilegítima— mientras sus hijos legítimos se pudrían en el campo.

El carruaje se detuvo frente a ellos, y él fue a ayudarla a subir, pero ella apartó su mano, gritando una dirección e intentando cerrar la puerta antes de que él pudiera unirse a ella.

Él ignoró su deseo de estar sola y subió, sentándose frente a ella. —No todo el mundo lo sabe, pero la gente lo sospecha, sí. El duque les permitió vivir en la casa de Londres en Grosvenor Square. Probablemente por eso nunca mandó a buscaros a vosotras para que vinierais a la ciudad.

Ella se quedó boquiabierta, y él odió al duque en ese momento por hacerle daño, por aplastar y posiblemente exprimir el último gramo de amor que ella guardaba por su padre de su alma.

—Mi habitación... estaba decorada tan bonita. No era para nosotras en absoluto, ¿verdad? La habitación solía ser de otra persona. —Hizo una pausa, mirando por la ventana mientras se limpiaba una lágrima de la mejilla—. ¿De quién era la habitación?

Nathaniel se frotó el puente de la nariz mientras un dolor comenzaba a latir entre sus ojos. —La habitación era de la señorita Helena antes de que se vieran obligados a marcharse en el momento en que el duque falleció.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó ella, observándolo desde las sombras. Él podía ver que estaba alterada. Anhelaba acercarse a ella, consolarla, pero no se atrevía. Ella no estaba en ese estado de ánimo, y quizás nunca lo estaría de nuevo, no con él.

—En Cheapside. El duque les compró una casa antes de su muerte para asegurarse de que no se quedaran sin hogar.

Ella asintió. —¿Así que los amaba? —Había amargura y dolor en su tono y él no podía culparla por ello.

El dolor en su voz lo desgarró, pero no podía mentir. —Sí, los amaba mucho.

Así como él temía que amaba a Rosalind más que a cualquier cosa o persona en el mundo, incluso a sí mismo. Odiaba verla sufrir. Quería su felicidad y satisfacción, nada más serviría. Suspiró, sin saber qué decir o hacer para arreglar algo de lo que ella había descubierto. —Lo siento, Rosalind. Debería habértelo dicho.

Ella miró por la ventana, callada y pensativa. —Sí, alguien debería haberlo hecho.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

Rosalind no podía creer la información que Lord Kelter le había revelado esa noche, ni que Nathaniel le hubiera ocultado un secreto tan importante. Aunque por qué eso le sorprendía, no lo sabía. Ya no eran amigos. De hecho, él empezaba a parecerse a un hombre que ella no reconocía en absoluto.

Caminaba de un lado a otro en su dormitorio y llamó a su doncella, deseando cambiar su vestido de baile por algo mucho más cómodo. Su doncella llegó solo minutos después, una distracción bienvenida del incesante torbellino de sus pensamientos.

—Buenas noches, mi señora. ¿Me llamó? —La doncella hizo una reverencia antes de colgar dos vestidos en su armario.

—¿Puedes ayudarme a desvestirme, por favor? Los eventos de esta noche han terminado y deseo retirarme temprano —declaró Rosalind, su mente dando vueltas sobre quiénes eran sus hermanastras y cómo serían. ¿Serían amables o de lengua afilada como Lady Smithe? ¿Les interesaría conocer a su familia? ¿Era eso siquiera una posibilidad para ellas, sabiendo que eran ilegítimas? ¿Cuáles eran las reglas? Rosalind no lo sabía cuando se trataba de tales asuntos.

—Por supuesto, mi señora. —Mary comenzó a desabrochar su vestido, deslizándolo por su cuerpo y, por primera vez en la noche, Rosalind sintió que podía respirar. Rápidamente desató su corsé, arrojándolo sobre una silla cercana.

—¿Está todo bien, Lady Rosalind? —preguntó la doncella suavemente—. Está muy callada esta noche.

—Estoy perfectamente bien, Mary, gracias —mintió Rosalind, sentándose al borde de la cama para quitarse las medias—. ¿Por qué no habría de estarlo?

—Bueno... —La doncella dudó antes de acercarse para tomar las medias de seda de Rosalind y colocar sus zapatillas junto a sus pies—. Lady Smithe regresó del baile hace una hora más o menos, y estaba bastante alterada. Entró en la biblioteca del duque y no la he visto desde entonces. Pensé que algo podría haber salido mal.

Ciertamente algo había salido mal. ¿El regreso y el semblante de Lady Smithe significaban que el *ton* conocía con certeza el secreto de su padre ahora? Miró fijamente la chimenea apagada, antes de que el pavor y algo feo y temeroso se arrastrara por la espalda de Rosalind, que no tenía nada que ver con sus medio hermanas. Se levantó abruptamente y fue a su armario y sacó su pelliza, atándola rápidamente al frente.

—Todo está bien, Mary. Puedes irte a la cama si lo deseas. No te necesitaré más esta noche.

Su doncella sonrió, complacida por el despido temprano. —Muy bien, mi señora. Le deseo buenas noches y la veré por la mañana.

—Buenas noches, Mary.

Rosalind esperó varios minutos después de que su doncella se hubiera ido antes de salir de su habitación y bajar las escaleras. Si el duque y Lady Smithe estaban hablando sobre sus hermanas ilegítimas, entonces esa era una conversación de la que necesitaba ser parte. Además, el hecho de que Lady Smithe hubiera regresado del baile preocupada sugería que quizás el *ton* conocía la desgracia de su familia, gracias a que Lord Kelter había soltado tal información tan públicamente y con tantos oídos escuchando. ¿Eso perjudicaría sus posibilidades de hacer un buen matrimonio?

No deseaba pensar en otras posibilidades sobre por qué el duque y su acompañante estaban acurrucados en la biblioteca solos a esta hora tardía. El pensamiento no valía la pena considerarlo, y sin embargo, frunció el ceño, su estómago dando un vuelco ante la horrible idea que evocaba.

Decidida a descubrir la verdad, sin importar cuál fuera la situación abajo, Rosalind salió de su habitación y se dirigió a ver de qué estaban hablando el duque y Lady Smithe antes de retirarse por la noche. No había personal a esta hora tardía; el lacayo que vigilaba la puerta principal no se veía por ninguna parte.

Rosalind escuchó primero las voces apagadas —el duque y Lady Smithe hablando— pero no podía distinguir sus palabras. Se acercó a la puerta de la biblioteca que estaba ligeramente entreabierta y escuchó. No debería, por supuesto, era de mala educación y extremadamente grosero, pero el sonido de las palabras de Lady Smithe la dejó clavada en el lugar. No era el tono habitual directo y confiado de su señoría. Oh no, era un tono seductor, suave y persuasivo que nunca había escuchado antes.

Su estómago se anudó, y empujó la puerta para ver la verdad de la situación por sí misma. Su posible ruina a los ojos del *ton* debido a la admisión de Lord Kelter se borró de su mente.

De pie frente a la chimenea estaban el duque y Lady Smithe; las manos de Lady Smithe descansaban sobre las solapas del abrigo de Su Gracia, sus manos sujetas alrededor de su cintura. Rosalind se quedó boquiabierta, y un pequeño chillido de alarma escapó de sus labios antes de que pudiera detenerlo.

El duque era un sinvergüenza. Entendía que la mayoría de los hombres de su clase lo eran, sin embargo, después de todo lo que habían hecho juntos —los suaves susurros en la noche, los apasionados besos que le habían robado el juicio y el corazón— había creído que significaba algo. Claramente, por la visión ante ella, no significaba nada en absoluto.

—Rosalind —llamó el duque mientras se movía hacia ella, prácticamente arrojando a Lady Smithe a un lado.

Rosalind levantó la mano, deteniendo sus pasos. —Mis disculpas, Su Gracia. No sabía... Es decir... —titubeó, incapaz de encontrar las palabras para describir lo que había presenciado. El nudo en su garganta dolía al hablar y tragó varias veces antes de lograr pronunciar sus siguientes palabras—. Lamento interrumpirlos, discúlpenme si me lo permiten.

—No, espera, Rosalind. —Los pasos del duque resonaron fuertes en sus oídos, pero ella no esperó para ver si realmente la estaba siguiendo. En su lugar, corrió por el vestíbulo, ciegamente hacia la sala de estar y a la terraza y jardines más allá. Necesitaba aire —hermoso, fresco y refrescante aire donde pudiera pensar y posiblemente llorar si su visión borrosa era una indicación.

¿Podría esta noche volverse peor de lo que ya era?

Corrió hasta que se encontró en el césped, sus zapatillas arruinadas por la hierba, y miró hacia el cielo estrellado. La aversión de Su Gracia hacia ella durante la última semana tenía más sentido ahora que hace una hora. Estaba cortejando a Lady Smithe. Por supuesto que lo estaba, y

ella había sido una tonta al pensar que una mujer de su limitado conocimiento sensual captaría el interés de un hombre tan viril y apuesto. Aunque no era tan amable si podía provocarla como lo hacía y luego pasar a otra mujer sin siquiera despedirse.

El canalla.

Tragó el nudo en su garganta y tomó una respiración profunda, cualquier cosa para calmar el pánico que se revolvía en su estómago. Su pecho dolía y por un momento pensó que podría desmayarse.

—Rosalind, espera —dijo él mientras caminaba con determinación hacia ella a través del patio, y ella detestó que incluso ahora él pareciera la visión de todo lo que deseaba en un esposo. Un hombre fuerte y capaz que la hacía desear cosas. Desearlo todo.

Levantó la barbilla, decidida a ser fuerte y no llorar frente a él. Podría hacerlo más tarde en su habitación. Lo que no estaba preparada para notar era el miedo y el arrepentimiento que se agitaban en su mirada verde. El hombre era un tonto si pensaba que ella creería cualquier cosa que dijera para intentar explicar lo que había visto.

—¿Esperar qué, Excelencia? —declaró con naturalidad, contenta de que su voz no temblara —. ¿Esperar a que me rechaces de nuevo, a que ni siquiera me trates como a tu amiga, para que seas libre de hacer lo que te plazca con Lady Smithe? —Hizo un gesto hacia la casa, ignorando cómo la visión del duque se difuminaba con sus lágrimas contenidas—. Debes irte y volver adentro. No hay nada para ti aquí. Ya no.

—No, no, lo has entendido todo mal. No estoy cortejando a Lady Smithe. Nunca la he visto de manera romántica. Estaba molesta por el rumor de la familia ilegítima de tu padre. Ahora es el último escándalo en Londres, y lo siento por eso, pero ella me acorraló en el estudio... estaba llorando. La consolé, y en algún momento durante ese intercambio, ella pensó que podría haber algo más entre nosotros. No lo hay. Se lo he asegurado, y se ha retirado por la noche.

—No te creo —Rosalind pasó junto a él, y en dos pasos rápidos él estaba detrás de ella, obligándola a volverse para mirarlo.

—Detente, maldita sea, y escúchame. No estaba haciendo nada con Lady Smithe. Te lo prometo.

—Mientes, eso es todo lo que sé. Mentiste sobre que éramos amigos. No lo somos. Ya no. Mentiste sobre que mi padre tenía otra familia y me mantuviste en la oscuridad. El *ton* puede saberlo abiertamente ahora, aunque otros deben haberlo sospechado antes del baile de esta noche, y me pregunto cuántos se rieron de mí cuando les di la espalda. Y en cuanto a Lady Smithe, sé lo que vi. ¿Estás tratando de decir que no os vi abrazados? ¿Que no estabas agarrando su cintura?

Rosalind tragó la bilis que subió a su garganta ante la idea de lo que podría haber sucedido entre ellos si no los hubiera interrumpido. La idea de que Nathaniel fuera íntimo con alguien le enviaba pavor por cada fibra de su ser, dejándola insegura de qué hacer consigo misma. Él la confundía, y ella no era ella misma cuando estaba cerca de él. No sabía cómo ser fuerte y proteger su corazón.

—No te conté sobre tu familia política porque no quería que tu padre te lastimara más de lo que ya lo había hecho. La señorita Helena me aseguró que no te causaría problemas, y pensé que el asunto estaba resuelto.

—¿La señorita Helena? —preguntó ella, su mente corriendo para saber qué más había hecho el duque a sus espaldas—. ¿Has hablado con las hijas ilegítimas de mi padre?

El duque se pasó una mano por el cabello, mirándola como si no supiera distinguir arriba de abajo.

—Rosalind, lo siento, pero sí hablé con ellas. No tienen ingresos, ni bienes aparte de la casa... nada para mantenerla caliente durante el invierno, o para alimentarse la mayoría de los días. Las dos más jóvenes tienen apenas catorce años, así que les ofrecí fondos a cambio de su discreción y para mantenerlas fuera de tu camino.

—¿Las sobornaste? —Aunque le complacía que no las dejaran en la indigencia, Rosalind estaba horrorizada de que Nathaniel las hubiera persuadido para que permanecieran en silencio... un sucio secretito que su padre había guardado durante años y ahora el nuevo duque quería lo mismo. Cómo detestaba a los hombres poderosos en ese momento.

—No lo vi de esa manera, y espero que la señorita Helena tampoco. Mis intenciones eran solo mantenerte a ti y a tu reputación a salvo. Asegurar un partido adecuado para tu mano.

—Sí —escupió ella, con veneno en su tono—. Para que pueda casarme con algún caballero... un hombre que me dice todas las cosas correctas durante los muchos bailes y fiestas a los que asistimos, que luego se propone, atrayéndome a una falsa sensación de seguridad, mientras todo el tiempo no sé si es sincero. No realmente. Descubriré esa verdad cuando nos casemos. Cuando esté en su lecho matrimonial y detrás de sus grandes muros, ¿no es así?

Se dirigió hacia la casa una vez más y logró entrar en el salón antes de que Nathaniel la detuviera nuevamente.

—No te enfades conmigo, por favor —suplicó el duque—. Solo pensaba en ti.

Ella apartó la mano de él de su brazo, alejándose de él.

—Eso es poco consuelo ahora mismo. Necesito ir a mi habitación a pensar... y con suerte a dormir.

—Rosalind, por favor. Debes saber que no quiero a Lady Smithe...

Rosalind se dio la vuelta y salió de la habitación. Frustradamente, una pequeña parte de ella esperaba que él confesara que la quería a ella en su lugar, que había cometido un error y no deseaba perderla, pero no lo hizo. La desesperación la inundó y llegó a su habitación antes de que las lágrimas comenzaran a caer sin control. Si esta noche había probado algo, era que no había futuro aquí. No con el Duque de Ravensmere. Quizás ni siquiera dentro del *ton*.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Para la noche siguiente, la noticia de la incapacidad del difunto duque para mantener en secreto a su amante y a sus hijos se convirtió en el chisme más candente de Londres. Y una semana después de que estallara el escándalo, Lady Smithe, aunque dispuesta a intentar besar a Nathaniel en su biblioteca, ahora lo evitaba en todos los bailes y cenas a los que asistían. Una parte cínica de él no podía evitar preguntarse si su señoría pediría marcharse pronto, para no verse manchada por la asociación con una familia que no sabía comportarse. Salvar su reputación de ser corrompida por la mera proximidad.

Rosalind estaba de pie junto a él en el baile de St. George, tan hermosa e inalcanzable como siempre, pero esta noche la idea de la sociedad sobre lo que debería ser una joya de primera agua había cambiado, y Rosalind ya no lo era. Aunque varios hombres habían bailado con ella, incluido el maldito cabeza hueca de Lord Kelter, muchos no habían vuelto a su lado ni entablado conversación con ella.

—Me temo que su esperanza de que me case esta temporada no se cumplirá ahora, Su Excelencia. Parece que me están dando el corte indirecto. Qué rápido cambia la alta sociedad. Había oído que era así, pero no pensé que sería tan apresurado —declaró Rosalind, con un tono cortante.

Sus palabras lo hirieron en lo más profundo y odiaba que la hubieran encontrado deficiente personas que no tenían derecho a juzgar. Rosalind no había hecho nada malo y era una parte inocente en todo el lío que su padre había dejado. La alta sociedad debería avergonzarse de sí misma.

Un intenso deseo de castigar a Lord Kelter por abrir su maldita boca lo abrumó. No es que ella no mereciera saber la verdad, por supuesto que sí, pero nunca deseó que Rosalind fuera herida como lo estaba ahora. No es que él pudiera salvarla del dolor que tal noticia traería. Rosalind estaba destinada a ser herida sin importar cuándo o cómo se enterara de su familia.

—Si no recibes una propuesta de matrimonio, entonces todos los hombres son unos tontos —Nathaniel se incluyó en esa afirmación, aunque no creía que Rosalind deseara escuchar tales cosas de él. Ya no.

Ella apenas le había dirigido la palabra en la última semana. Cada vez que lo miraba, él tenía una idea de lo que se sentía ser odiado. Había arruinado todo entre ellos, y no sabía cómo restaurar su amistad. Maldijo internamente ante ese pensamiento.

Al diablo con la amistad, la quería a ella, toda ella, incluyendo su corazón. La semana pasada, estando separado de ella, sintiendo que la distancia entre ellos crecía, había acabado con su determinación de mantenerla alejada. No podía hacerlo. Ni quería. Al diablo con la sociedad que le daba la espalda a una mujer maravillosa. Todos podían irse al infierno.

—No deseo quedarme. Quiero irme —declaró ella, con la voz temblando de angustia.

Él asintió e hizo un gesto para que Lady Smithe se uniera a ellos. Que su señoría, al ver su gesto, diera la espalda prontamente e ignorara su orden hizo que la sangre le hirviera. ¡Qué atrevimiento! La despediría y contrataría una nueva acompañante de inmediato. Nathaniel ofreció su brazo, y Rosalind lo tomó antes de que él la escoltara fuera del baile.

—Lady Rosalind, Su Excelencia, justo venía a buscarlos —llamó Lord Felton mientras caminaba hacia ellos.

Interiormente, Nathaniel gruñó al ver al conde. Quería irse, alejarse de esta sociedad deslumbrante cuyo honor era tan superficial como el material de un vestido. Su señoría hizo una reverencia ante Rosalind, sonriendo pícaramente. Aunque Rosalind no había disfrutado la velada hasta ahora, a Nathaniel le complació ver a uno de sus pretendientes inclinándose ante ella y feliz de estar en su presencia.

—He venido a pedir un baile, mi lady. Hay un animado conjunto a continuación, que creo será agradable, si está dispuesta —declaró.

Rosalind se mordió el labio, y la imagen que evocó en la mente de Nathaniel fue todo lo que no debería haber sido. Miró a Lord Felton, cuya atención también estaba fija en la boca de Rosalind, y se necesitó toda la fuerza de voluntad de Nathaniel para no estrangular al pícaro allí mismo en el salón de baile.

—Supongo que un baile más no hará daño, si podemos retrasar nuestra partida, Su Excelencia.

—Por supuesto —dijo él, haciéndose a un lado. Nathaniel observó cómo Rosalind era escoltada, sintiéndose completamente desolado ahora que ella ya no estaba a su lado. Era un tonto enamorado que necesitaba actuar antes de que fuera demasiado tarde, antes de que hombres como Lord Felton, que claramente no se preocupaban por los chismes ociosos, hicieran su misión reclamar a Rosalind para siempre.

Rosalind estaba agradecida por el baile con Lord Felton. Durante el primer conjunto, su compañía había sido excelente: divertida y una distracción de las preocupaciones que la atormentaban. En lo que había llegado a confiar siempre que estaban juntos. Sin embargo, durante el segundo, él la observó tan intensamente que la dejó inquieta, y no sabía si había algo mal.

—Mi querida Lady Rosalind, ¿cómo se encuentra esta noche? Ahora que estamos prácticamente solos, quería mencionar que durante la semana pasada he oído las cosas terribles que involucran a su familia y apenas podía creer que algo de eso fuera cierto —dijo su señoría, con un tono burlón, su rostro mostrando una piedad fabricada.

Ella gimió interiormente, sin querer discutir sobre su padre. El difunto duque había causado tantos problemas a ella y a sus hermanas que, incluso en la muerte, seguía siendo una carga. —El chisme no es obra mía, y sé poco de los detalles —mintió—. No creo que debamos discutir el asunto, mi lord. —Esperando que eso pusiera fin a la conversación, Rosalind se sumergió en el baile, y durante varios pasos su señoría permaneció en silencio, pero su tregua fue de corta duración.

—Lamento que la alta sociedad haya sido tan dura con usted, aunque no sea responsable de las acciones de su padre. Pero haber tenido a esos bastardos viviendo en su casa... Creo que el nuevo duque debería echarlos de Londres para que nunca puedan herir a una mujer tan pura y hermosa como usted.

Sus palabras, aunque bien intencionadas, despertaron una molestia en ella. Despreciaba la palabra bastardo cuando se refería a niños incapaces de elegir cómo y cuándo vinieron al mundo.

Posiblemente odiaba esa palabra tanto como odiaba a los chismosos que no sabían cuándo detener una conversación, incluso cuando se les decía.

—Mis medio hermanos, porque eso es lo que son, mi lord, son inocentes en esta situación al igual que yo. No les guardo ningún rencor —dijo ella.

—¿No lo hace? —El conde alzó una ceja—. Son hijos de una cortesana. Estoy seguro de que usted no comparte tales valores morales, a menos que...

—¿A menos que qué, mi lord? —interrumpió Rosalind mientras se apartaba de los brazos de Lord Felton, desafiándolo a decir lo que ella temía. ¿Cómo se atrevía a ser tan grosero y cruel, especialmente cuando habían sido amigos hasta esta noche?

—Bueno, si simpatiza con la clase de gente que son los hijos ilegítimos del duque, tal vez no sea la joya que todos creían que era —escupió, gruñendo como un perro rabioso.

¿Quién era este hombre?

Antes de que pudiera pensar en responder o reaccionar, un puño conectó con la nariz del conde, haciendo que su señoría echara la cabeza hacia atrás. La escena no era una que Rosalind pensara alguna vez ver con alegría, pero, después de las crueles palabras de su señoría, lo hizo.

Lord Felton se tambaleó hacia atrás, chillando mientras lo hacía antes de caer pesadamente sobre su trasero. Se agarró la nariz, sus ojos llenándose de lágrimas por la fuerza del asalto. —¿Cómo se atreve, Su Gracia? Debería retarlo a duelo —jadeó Felton.

—¿Que cómo me atrevo? ¿Cómo se atreve usted a hablarle así a Lady Rosalind? Agradezca que no le ensangriente más partes del cuerpo o lo rete a duelo también. No es digno ni de lamer sus zapatillas, mucho menos de cortejarla —replicó Nathaniel.

—No la cortejería por nada ahora.

—Bien, porque no querría que lo hiciera —espetó Nathaniel—. No es digno de su mano.

Atónita, Rosalind no dijo nada mientras Nathaniel tomaba su mano y la sacaba de la habitación. El baile, que antes era un hervidero de actividad, quedó mortalmente silencioso mientras llamaban al carruaje.

—Lamento que Felton se atreviera a hablarte de esa manera. Arreglaré tu Temporada, Rosalind. No permitiré que te arruinen todos estos chismes —declaró Nathaniel.

Rosalind lo observó, incapaz de creer que hubiera defendido su honor tan públicamente. El duque abrió de golpe la puerta del carruaje cuando este se detuvo frente a ellos, y ella notó que sus nudillos estaban un poco rojos y uno estaba cortado.

Subió al carruaje y se sentó, esperando a que él se uniera a ella. No pasó mucho tiempo antes de que el vehículo arrancara y estuvieran de camino a casa.

—¿Estás herido? —preguntó, moviéndose para sentarse a su lado y tomando su mano para inspeccionarla.

—Parece que Lord Felton tiene una nariz huesuda —dijo—. Pero creo que él está peor que yo —respondió el duque, con una pequeña sonrisa levantando sus labios.

Ella se mordió el labio para contener una risita ante la locura que se había apoderado de todos. —Gracias por defender mi honor. Él se pasó de la raya y fue bastante cruel. No pensé que la gente pudiera ser tan falsa, pero me equivoqué.

—El *ton* está lleno de víboras. Uno siempre debe estar en guardia. —Sus dedos se entrelazaron con los de ella, y un poco de su molestia hacia él por guardar secretos —y por alejarse de lo que fuera que estaba sucediendo entre ellos— se disipó. En cuanto a sus temores de que Lady Smithe se abriera camino en el corazón del duque, ella simplemente se había mantenido distante de ambos esta semana, y algo le decía a Rosalind que la aversión de su señoría hacia el duque se debía a su rechazo de su beso y nada más.

—No me gusta cuando no estamos juntos, cuando no somos amigos —murmuró él, jugando con sus dedos, manteniendo su mano en su regazo.

—¿Es eso lo que somos, Su Gracia? ¿Amigos? —preguntó ella suavemente.

—¿Hay otro término para esto? —inquirió él.

Ella encontró sus ojos y vio la pregunta ardiendo en su oscura mirada. —Esperaba que nos estuviéramos convirtiendo en amantes. —Ahí estaba, lo había dicho: lo que más anhelaba. Aún lo anhelaba sin importar cuán enojada hubiera estado con él. El hombre era un tonto, pero esperaba que se convirtiera en su tonto.

Él cerró los ojos por un momento, una expresión de dolor cruzando sus hermosas facciones. —Soy tu tutor. Está mal de mi parte, y sin embargo... —La alcanzó, tomó su rostro entre sus manos y encontró su mirada—. Quiero que seas mía, Rosalind.

—¿De verdad? —preguntó ella, con incertidumbre sombreando su voz—. ¿Te refieres solo aquí y ahora, o para siempre? —Necesitaba claridad, perfecta transparencia antes de poder darle su respuesta.

Rosalind no escuchó su respuesta a su pregunta antes de que él tomara sus labios en un beso abrasador, borrando todo pensamiento por completo. Pero entonces, era una dicha estar en sus brazos, así que podía perdonarle su lapso de concentración.

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Nathaniel ya no podía permanecer distante, frío y alejado de Rosalind. Tan seguro como que uno no puede respirar bajo el agua, él no podía soportar otro día separado de su lado. La adoraba. Aunque apenas se conocían, ella se había convertido en su hogar, en la otra mitad de su alma.

—Lo siento, Rosalind. Por favor, dime que me perdonarás por haber sido un canalla —suplicó.

Los dedos de ella se aferraron a las solapas de su abrigo mientras él luchaba por sofocar la ardiente necesidad en su interior, una necesidad que dudaba que se apagara alguna vez, incluso si ella consintiera en ser suya para siempre.

—No quieres esto —murmuró ella, intentando alejarse, pero él la acercó más, sin querer dejarla escapar de su abrazo.

—Sí quiero. Sí quiero esto —insistió él, con voz sincera—. Estaba preocupado, no solo por lo que la sociedad pudiera decir sobre un tutor casándose con su pupila, pues soy nuevo en el ducado, sino por la notoria reputación de tu padre. Hemos aprendido demasiado bien de la vida que una vez llevó en la ciudad, una vida de la que solo se habla en susurros. Temía que su nombre estuviera para siempre ligado a la imprudencia y al desprecio por nuestras estrictas costumbres. No deseaba que tú o tus hermanas sufrierais más, y en mi equivocada cautela, te alejaba cada vez que nos acercábamos. No lo haré —declaró, presionando su frente contra la de ella—. Nunca más lo haré.

Los ojos de ella escudriñaron los suyos, buscando la verdad en su mirada. Y él era sincero; nunca había estado más seguro de nada en su vida. La crueldad de Lord Felton había sido el catalizador, y no podía tolerar ningún insulto contra ella. Era demasiado buena para sufrir maltrato.

La amaba...

—Necesito saber —dijo ella, retrocediendo lo suficiente para crear un espacio que él a la vez aborrecía y toleraba—. ¿Besaste a Lady Smithe? ¿Ha estado ocurriendo algo entre ustedes durante mi estancia en Londres?

—No. En absoluto. —Tomó sus manos, apretándolas mientras maldecía el frío de sus guantes de seda—. Ella lo intentó, lo admito, y rechacé su avance, por lo que ha estado malhumorada desde entonces. Pero juro por mi vida que no he tocado a ninguna otra mujer desde que te conocí. Solo existes tú.

—¿De verdad? —Una pequeña sonrisa jugó en sus labios, y él exhaló un suspiro de alivio. Quizás aún podría recuperar su confianza y, si la fortuna lo favorecía, su amor.

—De verdad. Sueño y respiro nada más que tú, Rosalind. Estos últimos días separados me

han vuelto casi inútil. No puedo concentrarme, y mi trabajo se acumula mientras verte bailar y disfrutar de tus eventos, aunque me alegro por tu felicidad, es una especie de tormento para mí. —Hizo una pausa, reuniendo valor antes de añadir—: Me he enamorado de ti.

Los ojos de ella se abrieron de par en par antes de llenarse de lágrimas. La atrajo hacia sus brazos, sosteniéndola cerca mientras ella se acurrucaba contra él.

—Desde el momento en que irrumpiste en tu casa en Hampshire, quedé totalmente prendado de ti. Me cautivaste desde nuestra primera conversación, y creo que no hay nadie en el mundo tan amoroso y bondadoso como tú. Por ese tierno corazón, te ruego que perdones mi reciente insensatez. Permíteme enmendarme por el resto de nuestras vidas, como marido y mujer.

Rosalind miró fijamente a Nathaniel, apenas capaz de comprender cómo una noche podía transformarse de desastre en pura dicha. ¿La amaba? ¿Deseaba casarse con ella? Se apartó, recobrando la compostura para no actuar precipitadamente. Sin embargo, el miedo que leyó en sus ojos —que pudiera ser rechazado, que ella pudiera decir que no— disolvió los últimos vestigios de su enojo.

Aunque aborrecía los secretos, podía entender su reticencia a mencionar a sus hermanas ilegítimas o a revelar que Lady Smithe había intentado besarlo. Y si bien no le sorprendía que cualquier mujer pudiera sentirse atraída por un hombre como Nathaniel, creía que su rechazo era su manera de proteger su honor.

—Me casaré contigo, Nathaniel, porque yo también te amo, muchísimo —declaró, sintiendo un alivio inmenso por haber sido lo suficientemente valiente para decirlo.

Él sonrió y rio, sacudiendo suavemente sus hombros. —¿No bromeas? —exclamó, y luego le dio un rápido beso en los labios—. Dime que hablas en serio, porque no podría soportarlo si no fuera así.

—Lo digo en serio —respondió ella con una suave risa, acercándose a él.

Él reclamó sus labios en un beso que le robó el aliento y barrió todos los pensamientos sobre su entorno y su futuro incierto. En ese momento, todas las preocupaciones se desvanecieron.

Lo empujó hacia atrás en el sofá y se sentó a horcajadas sobre su regazo, anhelando estar cerca, besarlo y sentir el calor de su tacto. Él no la decepcionó. Abrazándola con fuerza, sus dedos se deslizaron por la espalda de su vestido, enviando escalofríos por su piel.

—Te deseo tanto —murmuró él.

—Y yo a ti —respondió ella, con la voz ronca de deseo, aunque la distancia hasta Grosvenor Square pesaba en su mente. Las manos de él sujetaron las suyas cuando ella desabrochó el primer botón de sus pantalones.

—Rosalind, no podemos hacerlo aquí. Corremos el riesgo de que nos vean —advirtió.

Ella puso un dedo sobre sus labios, silenciando su protesta. —No quiero volver a oír que debemos abstenernos de lo que deseamos. Que no deberíamos, que está mal. —Mientras continuaba desabrochando sus pantalones, las manos de él se movieron a su cintura y la sostuvieron cerca—. Todo lo que deseo oír de ti, Su Gracia, son tres simples palabras: sí, podemos.

Él se rio, un sonido profundo cargado de maliciosa necesidad, y ella lo besó una vez más. Atrayéndola hacia sí, su lengua jugueteó con la de ella, su boca devorándola mientras le quitaba el vestido con deliberado cuidado. Sus dedos se deslizaron por debajo, despertando su carne ardiente, y ella gimió, presionándose contra su abrazo mientras el deseo abrumaba su razón.

—Estás tan húmeda —susurró él, con la voz entrecortada.

Ella asintió, gimiendo suavemente mientras él trazaba un dedo a lo largo de su centro. —Te deseo —murmuró.

Rosalind sintió su excitación surgir entre ellos, erecto y ansioso, reflejando su propio deseo. Él la tomó en sus brazos, levantándola suavemente, e intentó bajarla.

—Joder, Rosalind —murmuró, con la voz espesa de pasión.

Ella gimoteó, aferrándose a sus hombros mientras trataba de recibirlo. Era grande, firme, y quizás incluso más grande de lo que había supuesto al principio.

El carruaje se detuvo bruscamente, y ella trastabilló contra él. Los ojos del duque se abrieron alarmados antes de que rápidamente la recogiera y la depositara en el asiento opuesto, bajándose la camisa para cubrirse justo cuando el lacayo abrió la puerta.

Rosalind se levantó tambaleante, con las piernas temblorosas, y se detuvo en la puerta para darle tiempo a Nathaniel de recuperar la compostura y arreglar su atuendo. Cuando la mano de él rozó suavemente su espalda, ella descendió los escalones y entró en la casa, más consciente del calor de su presencia que de su propia forma siguiendo sus pasos.

Dentro de la mansión, subieron las escaleras juntos. Sin embargo, cuando llegó el momento de separarse, Rosalind se demoró frente a su puerta, esperando que ningún sirviente fuera testigo de lo que estaba decidida a hacer.

—Mis aposentos están más adelante en el pasillo —anunció el duque, caminando hacia atrás y alejándose de ella.

Rosalind sonrió y lo siguió, sin querer dejarlo escapar una vez más... nunca más.

—Nunca he visto tu habitación, Excelencia. ¿Es tan grandiosa como la mía? —preguntó.

—Más grandiosa... —respondió él, deteniéndose ante su puerta antes de abrirla de par en par —. ¿Te gustaría verla?

Por supuesto que quería. Anhelaba contemplarla con desesperada anticipación. Deslizándose junto a él, pasó su mano por su pecho, provocando un suave gemido mientras la seguía de cerca, sus labios rozando la nuca de ella.

En ese momento cargado de tensión —una vez que la puerta se cerró— él fue por ella, la reclamó y la hizo suya para siempre.

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

Nathaniel intentó controlar su deseo, su necesidad de Rosalind que estaba fuera de control.

Ella pasó junto a él con aire despreocupado, el aroma a jazmín tentando sus sentidos, antes de girarse y sentarse en el borde de la cama. Él cerró la puerta y se apoyó contra ella, echando el cerrojo para asegurarse de que nadie los interrumpiera de nuevo.

Nathaniel se quitó el abrigo y el chaleco, y se sacó la camisa por la cabeza mientras observaba, fascinado, cómo Rosalind se libraba de sus zapatillas antes de subirse el vestido hasta los muslos y desatar sus medias de seda, quitándoselas de sus largas y esbeltas piernas.

Cielos, ella lo tendría de rodillas antes de que terminara la noche, suplicando piedad si no se mantenía alerta.

Ella sonrió, como si supiera lo que le estaba haciendo, y él negó con la cabeza, desabrochándose los pantalones y quitándoselos junto con las botas sin gracia alguna.

Los ojos de ella se agrandaron al contemplar su forma desnuda, aún de pie contra la puerta. A él le gustó el ardor que llenó sus ojos.

—Eres maravilloso —jadeó ella, poniéndose de pie y alcanzando la parte trasera de su vestido, intentando desabrochar los cierres.

Nathaniel fue hacia ella, la giró y prácticamente le arrancó el vestido del cuerpo. La liberó de su vestido, sus corsé y camisola, dejándola sin nada más que lo que había deseado desde el primer momento.

Piel contra piel, sus cuerpos entrelazados, y cada uno dio tanto como recibió.

La levantó y la recostó en la cama. Ella se movió hasta las almohadas, su cabello cayendo en cascada sobre sus hombros. Demonios, nunca había lucido más hermosa, y era suya. Suya desde este día en adelante. Su esposa. Su futura duquesa. Apenas podía esperar hasta el día siguiente.

Se arrodilló entre sus piernas y, mirándola a los ojos, le separó las rodillas.

—¿Qué estás haciendo, Nathaniel? Ven a mí —dijo ella, extendiéndole los brazos.

Él negó con la cabeza, sonriendo. —Todo a su tiempo, mi amor. Recuéstate y disfrútame. Es todo lo que te pido.

Ella hizo lo que le dijo y lo observó, con un leve rubor en sus mejillas. Él sonrió, esperando que su rubor fuera mucho más intenso cuando terminara con ella.

—Nathaniel, cielos —gimió ella, arqueando la espalda mientras él introducía un dedo en su calor, llevándola al frenesí mientras su boca la succionaba hasta el orgasmo.

Sintió la oleada de su liberación, las convulsiones de su carne contra su mano y boca, y no se detuvo hasta que hubo extraído cada pizca de placer de su núcleo.

Ella se relajó debajo de él, y él se arrastró para arrodillarse entre sus piernas.

—Voy a hacerte el amor ahora.

Ella asintió, con emoción brillando en sus ojos. —Quiero que lo hagas. —Se presionó contra él. —Me hiciste sentir tan bien, Nathaniel.

—Voy a hacerte sentir aún mejor.

Él la guió dentro de ella, observando cómo su carne se abría y se estiraba para recibirlo por completo. Ella gimió, alzándose para tomarlo más profundamente. Él gruñó cuando estuvo completamente envainado. Ella era tan estrecha y cálida, lo ajustaba perfectamente, y él se contuvo, tomando un respiro calmante para detener su necesidad de culminar.

No era un muchacho inexperto en la cama. Sabía lo que estaba haciendo, y sin embargo, con Rosalind, sentía como si todo esto fuera nuevo, como si sus emociones, siendo lo que eran por ella, hicieran que todo se sintiera mucho más vigorizante y real. Asombroso.

Embistió dentro de ella, hundiéndose hasta la empuñadura. Gimió, su cuerpo luchando por el control. —Se siente tan bien. —Bombeó dentro de ella, trabajó su carne, y observó cómo el placer se dibujaba en su rostro. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura y lo atrajo más profundamente, sacudiendo su mundo y desviando su control de su eje.

—Voy a culminar si continúas haciendo eso —logró jadear, ralentizando sus embestidas para prolongar el placer.

Ella deslizó una mano sobre uno de sus senos y pellizcó su pezón. —Bésame aquí —le suplicó.

Él gimió y se liberó, moviéndose para succionar ambos senos, acariciando su pezón con la lengua antes de retorcer el otro entre su pulgar e índice. Ella onduló debajo de él, claramente disfrutando de su toque.

—Sí, Nathaniel. Oh, se siente tan bien.

Demonios, sí que lo hacía. Él se echó hacia atrás y la volteó sobre su estómago, levantando sus caderas hacia él. Su trasero respingón se exhibía ante él, y él la tentó con su miembro antes de deslizarlo entre sus piernas y empujar la punta en su núcleo.

—No me provoques —murmuró ella contra las almohadas, girando la cabeza para tratar de ver lo que él estaba haciendo.

Ella era una visión para contemplar, y él sabía lo que estaba haciendo. Estaba retrasando, intentando prolongar el placer, pero no podía durar para siempre, sin importar cuánto lo deseara. La deseaba demasiado como para extender la noche.

—Me gusta provocar. —Se deslizó dentro de ella, y ella lo recibió fácilmente ahora, su humedad suavizando su camino.

La agarró por las caderas y embistió dentro de ella, más profundo de esta manera, y ella gimió, llamándolo por su nombre mientras él la llevaba al clímax. Extendió la mano para juguetear con su botón, meciéndose contra ella mientras deslizaba sus dedos sobre su carne. Ella se sacudió contra él, y él la sujetó con firmeza, sin dejarla escapar, manteniéndola tomándolo, trabajándolo mientras ambos rugían hacia el clímax.

Su orgasmo, cuando llegó, lo tomó por sorpresa con su intensidad. Estrujó su miembro, convulsionó a lo largo de su virilidad y lo ordeñó hasta la última gota.

—Rosalind —rugió, liberando semanas de necesidad contenida en ese momento.

—Nathaniel —gimió ella, aferrándose a las sábanas como si fuera lo único que la mantenía anclada.

Dejó que su sexo lo drenara hasta la última gota de su liberación, deslizando sus dedos contra su carne hasta que ella tembló en la estela de su orgasmo.

Salió de ella, y se desplomaron juntos en la cama, uno al lado del otro. La atrajo hacia sí, acurrucándola en el hueco de su brazo, contento y feliz por primera vez en meses.

La mano de ella se deslizó sobre su pecho antes de posarse alrededor de su miembro, acariciando su falo flácido.

—Creo que me gustará estar casada contigo —levantó la mirada para encontrarse con sus ojos—. ¿Qué más puedes enseñarme? ¿Qué más hay para hacer juntos?

Él gimió, sabiendo que el tiempo que tendrían juntos nunca sería suficiente. —Hay mucho que aprender —gruñó al ver cómo los ojos de ella se iluminaban de curiosidad.

—¿Me enseñarás más esta noche? Debo saberlo.

Él asintió, sabiendo que no había nada que le negaría. La idea de que ella pudiera tomarlo en su boca antes del final de la noche hizo que su miembro se estremeciera. —¿Tienes alguna idea de lo que podríamos hacer? —preguntó, curioso por saber cuánto podría ella conocer.

Los dedos de ella se envolvieron alrededor de su miembro, y él jadeó. —Dejaré esa decisión en tus manos —dijo, inclinándose para besar su pezón—. Pero aprendo rápido, solo para que lo sepas.

Nathaniel maldijo internamente y agradeció su suerte al mismo tiempo. —Bien, porque hay mucho que estudiar.

Ella sonrió, moviéndose para acostarse sobre él. —Bueno, entonces será mejor que empecemos a aprender. Quiero saberlo todo.

Él apostaba a que sí.

EPÍLOGO

Doce meses después, Londres

Rosalind estaba de pie a un lado de la pista de baile de su salón en Grosvenor Square, observando con orgullo —y no sin una lágrima en el ojo— cómo su hermana, Lady Evangeline, comenzaba su baile de presentación con Nathaniel.

Como duquesa de Ravensmere y patrocinadora de su hermana menor, los meses de preparación —y el disfrute que ambas experimentaron antes del debut de su hermana— habían sido muy diferentes a los suyos, pero había sufrido cada tribulación para darle a su hermana este maravilloso día.

Evangeline estaba deslumbrante esa noche, y no había caballero presente que no la mirara con interés.

Tendrían que esperar su turno, pues ahora Evangeline estaba ocupada, disfrutando de su primer baile de la temporada con alguien que la amaba tanto como Rosalind.

Durante varios minutos, observó, embelesada, hasta que terminó el set y Lord Wilkes relevó a Nathaniel de su deber para el siguiente baile.

Nathaniel se acercó a ella, su sonrisa pícara haciendo que su estómago revoloteara y su pulso se acelerara. El hombre había embriagado su mente y su alma, y ella era suya, completamente a su disposición cuando él lo deseara.

No es que ella no ejerciera poder sobre él también. Había aprendido muchas cosas en el último año, tanto que él estaba más bajo su poder que al revés.

—Gracias, mi amor —dijo ella, mientras él tomaba su mano y besaba la parte superior de sus dedos enguantados.

Él se colocó a su lado y entrelazó el brazo de ella con el suyo. —Lo hará bien, estoy seguro. Es hermosa y amable, igual que tú, y creo que será muy cortejada.

Rosalind miró a Nathaniel, y él la besó rápidamente, sin importarle quién estuviera alrededor. —¿Estás tratando de meterme en problemas de nuevo con el *ton*? —Ella rio, sin importarle si fueran ostracizados por completo, sabiendo que eso nunca ocurriría.

Después de casarse con el duque, el hecho de que Nathaniel fuera o no su tutor no había levantado muchas cejas, ciertamente no cuando había una nueva duquesa en la sociedad, rica y poderosa, a quien la sociedad quería impresionar.

Había sido bienvenida de nuevo en su mundo opulento, no es que a Rosalind le importara lo que pensaran. Ni a Nathaniel, afortunadamente.

—Siempre, porque entonces podemos pasar más tiempo en casa... a solas —dijo él,

moviendo las cejas. —Oh, y antes de que se me olvide mencionarlo, mi buen amigo de Eton ha regresado de Roma. Se unirá a nosotros para cenar esta noche. Se ha retrasado pero llegará a cenar con nosotros antes de disfrutar el resto de la velada en el baile.

Rosalind alzó una ceja, sin haber oído hablar de este amigo antes. —¿De quién hablas, mi amor? ¿Lo he conocido antes? —Se volvió hacia Evangeline y observó para asegurarse de que estuviera a salvo y feliz.

—No, pero conoces a su madre, la condesa viuda de St. George. Su hijo heredó el título hace algunos años. Creo que te agradará. Es un buen hombre.

—Oh, ¿quizás le guste Evangeline y la corteje? —bromeó ella, sin tener idea de si el caballero estaba buscando esposa o no.

—No menciones tal cosa a tu hermana. No me gustaría ilusionarla, pero estoy deseando que lo conozcas. Es todo un encantador.

—¿Y de buen carácter, espero?

—Por supuesto. —El duque hizo un gesto hacia su hermana. —Lord Felton parece pensar que puede bailar con nuestra chica. Tendré que hablar con él más tarde esta noche. Decirle que se vaya al diablo.

Rosalind sonrió, divertida de que Nathaniel guardara rencor mucho más tiempo que ella. En cuanto a rencores, él se había asegurado de que tampoco invitara a Lord Kelter o Lady Smithe esta noche.

—Déjalo estar. A Evangeline no le interesa de todos modos. Se los presentaron hace unas semanas en el parque, ¿recuerdas?, y ella pensó que parecía un sapo.

—Lo parece. Ella no se equivoca. —Nathaniel sonrió con suficiencia, y luego sus ojos se oscurecieron con deseo. —Estás hermosa esta noche. ¿Te lo he dicho ya?

Ella sintió que un rubor besaba sus mejillas y lo empujó suavemente con el hombro. —Lo has hecho. Pero siempre estoy dispuesta a escuchar tus cumplidos de nuevo. Los adoro tanto.

—Mmmm, como yo te adoro a ti. —Miró alrededor antes de inclinarse cerca para asegurar la privacidad. —¿Deberíamos excusarnos por una hora más o menos? Creo que el baile se desarrollará sin problemas sin nosotros, ¿no crees?

Rosalind rio y le dio un golpecito en el pecho con su abanico. —No lo creo, no, Su Gracia. Ahora, vete y sé un buen cuñado y anfitrión. Asegúrate de que los hombres se comporten lo mejor posible con mi hermana. Los Ravensmere tenemos un estándar que mantener.

Él le guiñó un ojo y le besó la mejilla antes de alejarse. —Estoy a su servicio, Su Gracia.

Ella sonrió, bebiendo la visión de él mientras se paseaba de vuelta entre la multitud de invitados. —Como yo estoy al tuyo, Duque.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Heredera

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se orginó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

